

EL DUELO Y LA FIESTA

Jenn Díaz



Lectulandia

Interno en un seminario desde que su madre lo abandonara, el preadolescente Elías recibe un raro encargo del padre Damián: que vaya a casa de Blanca Valente, una poetisa enferma, para acompañarla en sus últimos momentos y darle confesión. Sin saber muy bien qué se hace en esos casos ni por qué no ha ido el propio padre Damián, Elías acude, temeroso, a casa de la poetisa, un lugar extraño y silencioso en el que irán confluyendo una serie de personas tan desorientadas y perdidas como el mismo Elías: la criada de la casa, una mujer marcada por la huida de un hijo al que tal vez nunca quiso; un joven profesor que escribe un trabajo sobre la obra de Blanca Valente; una chica rebelde que huye de una madre a la que odia; los hijos ignorados de la propia poetisa...

Mientras Blanca Valente, encerrada en su dormitorio, avanza en soledad hacia el final del camino, al otro lado de la puerta todos irán tomando conciencia del desasosiego de sus propias vidas, lastradas por diversos modos de abandono, por demasiadas ausencias, por demasiados silencios...

Como ya hiciera en Belfondo, su primera novela, Jenn Díaz construye con una prosa de apariencia ingenua, un edificio literario de enorme poder simbólico y ahonda sin miedo en la cara más perturbadora de los sentimientos humanos, y en especial, del amor vinculado a la maternidad y sus contradicciones. Sus personajes, unos seres tan comunes como universales, se debaten —acaso como todos hemos hecho alguna vez— entre el miedo a preguntar y la certeza de obtener una respuesta dolorosa.

Lectulandia

Jenn Díaz

El duelo y la fiesta

ePub r1.0

Titivillus 23.11.16

Título original: *El duelo y la fiesta*
Jenn Díaz, 2012
Diseño de cubierta: Aideé Morales Garnica

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

acepto el duelo y la fiesta
no he llegado
no llegaré jamás
en el centro de todo
está el poema intacto

A media voz

Y voy hacia la muerte que no existe,
que se llama horizonte en mi pecho.
Siempre la eternidad a destiempo.

El amor es como la música

BLANCA VARELA

PRIMERA PARTE

1

—Que dice el padre Damián que vayas tú a ver a esa mujer que se está muriendo, que vayas a su casa porque no puede moverse, que así vas aprendiendo, que será un avance muy importante para ti, que seguro que te sirve, que él está enfermo, que no sabe qué le pasa, que no se puede mover, que no puede ir, que le gustaría acompañarte, que se le hace imposible, que, cuando vuelvas, pidas hablar con él, que está muy enferma, que hay prisa. Que dice que es poeta.

Elías no entiende por qué Antón, cuando tiene que darle un recado, precede todas las frases con un *que*. Alguna vez ha querido decirle que con que lo ponga en la primera es suficiente, después puede comunicarle el resto del mensaje como si fuera él quien hablara de primera mano, de primera boca. Pero Elías está tan asustado siempre (como el padre Damián, también, que está asustado, que se muere una... poeta, esa poeta, y que no se puede mover, dice), vive con tanto miedo inexplicable, que prefiere no contarle a Antón lo que piensa de su manera de hablar: ni siquiera sabría defender su impostura, justificar por qué (y de qué manera, Dios santo) le molesta cómo habla. Asiente con la cabeza y se marcha a su cuarto para vestirse de calle y salir a ver a esa mujer (nunca ha conocido a nadie que sea poeta, mucho menos una mujer) que está muriéndose y que ya no puede —o no quiere— moverse de la cama. Pero antes ha decidido ir clandestinamente al cuarto del hermano Eduardo para ver si, en la biblioteca prohibida y secreta que hay debajo de su cama, enterrada en un agujero que han hecho en el suelo, y con una alfombra que tapa la puertecilla, tiene algún libro de esa mujer.

Antón le ha seguido hasta su habitación, el cuarto que comparten, y le espera ansioso a que termine de vestirse para preguntarle qué, qué, qué. Como si, de alguna manera, Antón pudiera desdoblarse y no ser él mismo quien le ha dado la noticia, el recado, y ahora sintiera una curiosidad terrible por saber qué dijo el padre Damián (que dice cosas que no se le entienden, a veces). Cuando Elías sale de la habitación y se encuentra con los ojos de Antón, como verdes, asquerosos por completo, siempre tan abiertos buscando quién sabe qué, sólo siente unas ganas horribles de desaparecer. Añora todos los días la primera vez que vio a Antón, porque lo trató como si fuera un desconocido. Y eso a Elías le gusta. Sentir que nadie repara en él, que los ojos de Antón no le siguen curiosos por donde va, sentir que nadie le persigue. Y Antón, sin duda, le va persiguiendo desde que, al asignar las habitaciones en el colegio interno, le pidió por favor que fueran juntos.

Que por favor, por favor, por favor fueran juntos.

Los padres de Antón vivían ajenos a la infancia de su hijo. Cuando Elías quería hacerle daño, provocarle, sacar ese lado suyo que seguro tenía y ocultaba a base de palabras amables y gestos tiernos e inseguros, le hablaba de sus padres. Antón gime

como un animalillo cuando Elías pretende herirle y él, que no se espera de sí mismo todo lo que es capaz de entender, cómo, dónde nace toda su maldad, no puede dejar de usar ese poder que ejerce sin querer sobre su compañero de habitación. Así que, cuando sale y se lo encuentra con la pregunta en la punta de la boca, esa boca sucia suya, enseguida quiere hablarle de sus padres y hacerle tanto daño que se le seque la garganta y le deje así ir en paz a ver a la mujer poeta; pero de pronto siente lástima y cree que la confianza que ha depositado en él el padre Damián al encargarle lo de la moribunda ya está haciendo un gran efecto en él (que cómo conoce el padre Damián a la moribunda, que si él no puede ir, pues que se muera en paz y ya está, a ver, qué quién debe de ser). Antón le pregunta si tiene miedo y Elías finge: hay muchas cosas que Elías podría reconocer ante otro, pero nunca será el miedo. Por otra parte, es algo más alegre lo que siente, una zozobra que lo inquieta y lo alimenta durante los minutos que lleva con esa responsabilidad.

—Aparta —le dice a Antón, que se coloca delante de él para no dejarle pasar, para que se vea obligado a mirarle y dirigirle una palabra de verdad, de las que uno mira y sabe que se están dirigiendo a él, que no hay confusión.

Antón parece que resbala por encima de todos, se escurre su palabra como el aire y no llega nunca a tocarse con nadie. No consigue un amigo de verdad que le cuente sus dudas, sus miedos, pero con Elías no deja de intentarlo. Quizá porque sabe que, de todos, de todos los que ha conocido nunca en su vida (que no es demasiada, pero es la suya), es el que más cosas tiene que esconder; el que, si finalmente le confiara algún secreto, merecería la pena. Pero Elías ahora ya no puede verle, le esquiva con una indiferencia nueva que va sujeta a una compasión que Antón, en su cansino plan, no puede adivinar. Le aparta y sigue su camino.

—Nunca cambiará este Elías —piensa Antón y parece una mujer dolida que observa a su hombre marcharse de nuevo; parece, incluso, la madre misteriosa de Elías.

Se dirige casi sin voluntad al cuarto de Eduardo, y aunque toca tres veces la puerta, como acordaron para las ocasiones en que va a la biblioteca, nadie contesta. Elías recuerda las palabras en boca de Antón, en boca del padre Damián, y sabe que no tiene tiempo para detenerse cada vez que surge un imprevisto. Entra en la habitación de Eduardo, se agacha, mira debajo de la cama, levanta la alfombra, levanta la pequeña puerta y palpa sin ver las primeras hojas del primer libro que hay. Hay mujeres desnudas, es una revista donde hay mujeres desnudas. Elías nunca ha visto a una mujer desnuda. Ha visto a decenas de muchachos desnudos, pero nunca a una mujer desnuda. Y no sabía si podrían gustarle. Ahora ya sabe que sí. Pero también sabe que hay una poeta que está muriéndose, que tiene un encargo. Y deja a esas mujeres hermosamente desnudas donde las ha encontrado y sale acalorado a la calle. No tiene todavía claro qué es lo que hace Eduardo con esas revistas, con esas mujeres, cuántos muchachos lo han visto, de qué les servirá si no pueden tocarlas, si no pueden olerlas, y la muerta cada vez está más lejos, cada vez más y más, aunque

siga andando hacia su casa, aunque cada vez sea más próximo el momento de encontrarse con ella.

Delante ya de la puerta intenta alejar de su mente los pechos de la mujer de la revista, intenta con toda su fe, con todo su esfuerzo, olvidar ese momento. El pobre Elías, el inocente pero astuto Elías, tan encerrado en ese miedo que le aprieta la sotanita con la que le amenazan si no cumple con su deber, el hermano que todos quieren tener cerca; Elías, el querido de los chicos, el olvidado de sus padres. Ahora, frente a un rostro desconocido que abre la puerta y pregunta:

—¿Viene usted a ver a la señora Blanca Valente? Creí que vendría el padre Damián, por la cara que puso parecía que... a saber; pero bien está cualquiera, mientras traiga la palabra de Dios, mientras le sirva a Blanquita en sus últimos suspiros, que parece que se oyen desde aquí, atienda...

Y la mujer, que tendrá alrededor de cincuenta años y arrugas de mucho más anciana, aunque la agilidad casi intacta, agudiza con un gesto el oído y, con cara ingenua, simula escuchar el suspiro de Blanca Valente, que guarda (el) silencio en su lecho de muerte.

Elías piensa desesperadamente en el padre Damián (qué quiere decir, qué cara puso) y lo intenta invocar para que aparezca y le salve de ese momento, para no estar solo; desearía incluso que estuviera el hermano Antón con su cara de estúpido, con su piel leve, con su palabra constante, repetitiva, cansina. Pero está solo, Elías siempre se da cuenta de que está solo cuando, de pronto, comprende que necesita de la gente, que está vinculado a la opinión de los demás, a la aprobación de todos. La mujer sigue intentando oír y a Elías se le congela el cuello y pide un vaso, por favor, de agua bien fresca. La mujer le hace pasar y, una vez dentro, Elías se da cuenta de cómo la muerte tiene paralizada toda una parte de la casa. Sabe, de pronto, que no confía en Dios, pero no se atreve a decírselo ni a creérselo, así que anda con pasos que casi son saltos detrás de la sirvienta, y la quiere como si pudiera ser su madre o su abuela, la quiere puramente y necesita que le proteja.

—Aquí tiene su vaso, señor; ahora ande a ver a la señora Valente.

Elías no está preparado. Le dice: no creo estar preparado. Pero la criada le pellizca las mejillas y le sonrío, campesina, esperando la confirmación de la broma. No llega. Elías está aterrado y tiene tanto miedo de morir, de la muerte, de la poesía. Pero la mujer (¿no tendrá marido, esta mujer, dónde dormirá, a quién sirve, cuál es su voluntad, a qué Dios reza?) ya lo está empujando y conduciendo por un pasillo de cal blanca que se cae a trozos. De vez en cuando, la presión en la espalda de Elías desaparece y, cuando se gira, la sirvienta está recogiendo un desconchón de pared que ha caído al suelo, o una pelusa, o una pizca de algo. Cuando se incorpora, sigue empujándolo como si fuera el carrito de un niño pequeño.

Ya están frente a la puerta de Blanca Valente, completamente cerrada. Detrás, los

hijos en silencio, apenados antes de tiempo. Elías agacha un poco la cabeza como saludo y ambos le miran extrañados, sin saber de dónde diablos (con perdón) han traído a un sacerdote prepúber. La sirvienta les sonríe complacida y con su gesto les dice que no hace falta que nadie le dé las gracias, que lo hace por la señora, que no se merecen; que, bueno, qué menos, con todo lo que hizo ella por mí. Todo es tan hermético, ahí, tan cerrado e imposible. Cualquiera sabe que algo no anda bien, aparte de que Blanca Valente va a morir y, con ella, tantas voces. Pero Elías es ajeno a ese mundo trasero y, en un momento de arrojo heroico, toca la puerta tres o cuatro veces para que le den permiso para entrar. Poco a poco la sirvienta y él se van animando el uno al otro, como si en ellos hubiera algo glorioso y secreto. Se miran y se van asintiendo, expectantes, deseosos de entrar en el cuarto de (piensan para adentro) esa *pobre* mujer. Nadie contesta.

—Debe de estar la señora dormida, ¿no es así? —dice la sirvienta, mirando a los hijos.

—Hace un momento se la estuvo oyendo, no creo que haya podido dormirse en tan poco rato. O quizá sí. ¿Como cuánto sueño se tiene en estas ocasiones?

—No sea usted insolente. Debe de estar muy cansada.

—¿Y si ha muerto ya? —dice el otro hijo, acongojado, creyendo que tardaría mucho más en pronunciar esas palabras, creyendo que la propia pregunta ya está encendiendo su chispa de verdad en el ambiente.

—¡Voy a entrar! —dice Elías, del todo envalentonado.

Pero se queda parado y cierra los ojos y se siente tan mareado. Se gira y los ve a todos atentos a sus movimientos. Pide, por favor, otro vaso de agua, y sin esperar a nadie deshace el camino que acaba de hacer y se frena al llegar a la puerta por la que hace apenas unos minutos ha entrado. Siente unas terribles ganas de llorar y piensa en su madre y la maldice porque en el fondo la acaba culpando de todo lo que le ocurre, y cuando algo hermoso le pasa, se acuerda también de ella, pero cuando se siente desamparado y como frente a esa puerta, la querría sacudir y preguntarle por qué no pudo quererle a él también como todas las madres aman a sus hijos, con esa ternura incondicional, con respeto y prudencia, sin brusquedades, sin dientes en la boca. En ese momento la criada aparece y está tras él, en silencio, como si adivinara. Elías da un medio giro para volverse a decirle a la mujer que lo siente de veras, que nunca antes había sido tan maleducado, pero en su camino se cruza una puertecita abierta que da a un despacho lleno de libros (oh, por qué tiene que pensar ahora en las mujeres desnudas).

—Ahí es donde pasa todas las horas la señora Valente; puede pasar, si quiere. Al fin y al cabo, ya nadie podrá reprimirle. Porque estando ella en vida..., Dios mío, qué acabo de decir, a lo que me refiero es a cuando Blanca se *sentía* viva —eso está mejor —, no dejaba a nadie entrar aquí, pero yo por las noches, alguna que me he quedado, o alguna mañana que ella falta, mire, curiosa que es una, me venía todo a oscuras y me ponía a leer lo que había encima de la mesa y tocaba los libros. También limpiaba

un poco, porque fíjese el desorden. Bueno, pase, es usted un privilegiado de poder entrar a plena luz del día, sin ninguna amenaza de ser descubierto, en verdad se lo digo.

Elías entra y no ha escuchado nada en absoluto de lo que ha dicho la criada. Coge un libro y lo acaricia y piensa en la mujer desnuda de la revista. Nunca dará placer a una mujer. Lo sabe. Pero sí puede desearla. Puede hacerlo en secreto, se lo dijo el padre Damián una vez que llovía mucho y le decía *chiquito*, muchas veces, con cariño (pero no desear como se desea que tu madre te dé un abrazo; sino *desear*), y Elías casi se vuelve loco de nostalgia y el padre Damián lo acompañó en un paseo por los espacios comunes que tiene la residencia donde viven todos juntos. Elías preguntó si no echaba de menos a su madre.

—Aquí se aprende a vivir sin mujeres, querido. Mujeres, como yo digo, prohibidas, y mujeres permitidas. Uno olvida a su madre y también intenta olvidarse de las esposas. Quiero decir, de la esposa, de una sola, de la que nunca se ha tenido. Créeme que se consigue, sobre todo, pensando en ellas de manera secreta. Yo pienso en muchas. En algunas más que en otras (y un rubor, o algo así que se le parece; pero, padre Damián, pero...).

Elías no consigue olvidar a su madre y se avergüenza de ella, pero la extraña tanto y le gustaría tanto que pudiera abrazarle una mujer. Detrás está la sirvienta y sigue hablando. Le pregunta cuántos años tiene y Elías dice que diecisiete, que dentro de dos días diecisiete.

2

Candela se acuerda perfectamente del día en que conoció a su profesor particular, el que le da clases por las tardes (un día sí, un día no, un día sí, un día no y un día sí). Fue a devolver un libro a la biblioteca del colegio y se lo encontró allí. Se sintió avergonzada. Se había acostumbrado a la mujer que estaba en su lugar y venía a decirle que no le había dado tiempo de terminar el libro que le había recomendado hacía unas semanas y que si podía prorrogarle la fecha. Cuando vio al que sería su profesor particular enrojeció y dejó el libro encima de la mesa sin decir absolutamente nada, con la cabeza inclinada al máximo mirando al suelo. Él dijo:

—Te quedan todavía más días, por si quieres aprovecharlos.

Pero Candela no contestó, no quería que él volviera a dirigirle la palabra nunca más porque nunca en su vida había oído una voz tan grave y provocadora como la suya y hasta podría asegurar que se había asustado al oírla. Se acordaba tanto de ese día que podría decirse que fue en ese momento cuando dejó de ser una niña, cuando abandonó su infancia —si es que alguna vez se llega a abandonar del todo—. Pasó algunas noches recreando aquel encuentro y se estremecía en la cama y se apretaba las sábanas al cuerpo y cerraba los ojos muy fuerte y las piernas también hasta que le entraban calambres y entonces dejaba de apretar y la sangre volvía a correr por sus muslos, que se desentumecían tan acalorados y se hacía una y otra vez la misma pregunta sin saber, sin saber por qué se la estaba haciendo: ¿es que iba a volver a verlo?

Una compañera de clase le dijo que el bibliotecario se tendría que haber ido a la guerra (¿pero qué guerra?) hacía unos meses, pero como tenía los ojos azules había pedido ser bibliotecario y librarse de ella. Candela se preguntaba por qué un hombre con los ojos azules está menos capacitado para luchar que uno de ojos oscuros, pero no se atrevía a decírselo a nadie porque temía que se le notara eso que le pasaba por las noches al recordarlo, eso de la pantorrilla, ese calor inhumano que la iba abrasando mientras repetía una voz de hombre muy hombre, el más hombre que jamás había conocido, aunque tuviera los ojos azules: te quedan todavía más días. Y decía la frase a diferentes velocidades, insistiendo en todavía-día, todavía-día, haciendo que casi fueran una obsesión aquellos dos golpes cortantes de acento. Candela se podía pasar horas y horas repitiendo las mismas palabras. Su madre la miraba en esos momentos y se preguntaba si su hija estaría enferma, porque la veía mover los labios con sensualidad y cuando le preguntaba qué diantres estaba haciendo, no la escuchaba, le quitaba el dedo de la boca con un manotazo, porque Candela se pasaba el dedo por la boca y se lo mordía y se lo babeaba y se olvidaba del dedo y de la boca y de la lengua, pero su madre no podía, no podía dejar de mirar su boca así, abierta, sucia, tan roja, tan de pecado.

Era un secreto que él habitara dentro de ella. Había momentos en que aquello dejaba de tener importancia y se limitaba a ser la niña que era, pero pronto volvía a

renacer esa Candela que tenía adentro y se sentía estúpida saltando a la cuerda o repasando el contorno de un país mal hecho que le había encargado la profesora para el día siguiente. Era tan poco lo que estaba aprendiendo la niña, y se volvía loca cuando el padre, un señor respetable, culto, inteligente y frío, decía alguna palabra en la mesa que ella no conocía y al preguntar su significado le miraban con ternura, como compadeciéndose de su infancia. En esos momentos también se olvidaba del hombre que iba a ser su profesor por las tardes y que iba a desvelar, con un libro que contenía todas las palabras y todos los secretos, el diccionario que papá tenía en la estantería más alta para que ella no lograra alcanzarlo, iba a desvelar todas sus incógnitas mejor guardadas. Entonces no lo sabía, cuando jugaba a la cuerda o se lastimaba a sí misma odiando con todas sus fuerzas a su padre por ser tan listo y tan idiota, que pronto se acabaría su desdicha, y por eso seguía taciturna y un poco ida.

—No me puedo explicar, hija, cómo puedes ir todo el día con cara de que se te ha muerto alguien. A tu edad yo no iba al colegio, ¡trabajaba! Y cantaba mientras hacía la tarea, cantaba y me daba tiempo para pensar en chicos y en el baile del sábado y en la comida rica de mi madre, que era poca pero era sabrosa. Y tú, fíjate, todo el día con esa cara de muerta, que, perdóname, hija, pero tienes cara de muerta todo el día, todo el día, todo el día.

Pero la voz de la madre de Candela es como un eco en la casa; por más que grite, por más veces que repita las últimas palabras de la frase, que es algo que suele hacer, no consigue hacer efecto en su hija. Candela la mira como si estuviera a punto de echarse a llorar, pero por dentro está vacía; cuando de su madre se trata, está vacía. Y el padre, que las ama y las respeta y las contempla y las tiene por dos auténticas desconocidas, el padre lo sabe. Cuando empezó a ver que entre las dos mujeres de la casa se marcaban sus propios territorios y a no dejar que la otra los ocupara, entonces creyó que debía tomar parte, que no debía, como hombre de la casa que era, consentir que eso sucediera. Pero el padre de Candela, un hombre estricto, con bigote, un poco gordo y torpe emocionalmente, no había aprendido a llevar bien ese tipo de situaciones. En su casa, cuando él era pequeño, todo se llevaba con la mayor discreción posible. Por eso, cuando se enamoró de la madre de Candela, no sabía cómo se tenía que comportar. Por suerte, ella era una mujer sencilla y algo vulgar, de modo que nunca fue demasiado exigente con él y aprendió a interpretar sus ruidos de disconformidad o aprobación. Por eso la quería, pensaba a veces, porque no tenía que intervenir en nada para lo que no estuviera preparado. Pero entonces, su única hija y su esposa se iban distanciando y llegaba el momento que él había evitado toda su vida, y ellas cada vez más lejos, cada vez más y más, y ese señor respetable que tenía una fábrica de zapatos y una zapatería, donde él trabajaba como dependiente, todo el mundo le decía, pero hombre, con el dinero que tienes, que ni tu mujer tiene necesidad de trabajar, que, por otro lado, ya trabajó suficiente, con todo lo que tienes,

contrata a alguien para que lleve la tienda, quédate en casa, pero él en casa se ahogaba porque su familia se partía en dos y, si estaba presente, se veía en la obligación de intervenir, pero cómo, cómo, y entonces se volvía el niño pequeño que vio que su madre sangraba una vez, en el baño, y se acercó, preocupado, nadie le había contado, nadie, nadie, se lo repite —nadie me lo había contado— entonces salió a la calle y se fue a buscar a su abuela, que vivía delante de ellos, de su familia, y la trajo a su casa, pero su madre había salido tras él, con las calzas por las rodillas, para decirle que no pasaba nada, y cuando llegó se la encontró así, sangrante, y la abuela soltó una risotada que le paró el corazón, no entendió nada y no se lo contaron y, a partir de aquel momento, dejó de querer a su madre, dejó de querer a su abuela, y así fue pasando su vida mediocre, hasta que se enamoró de su mujer y la miraba de reojo cuando se aseaba en el baño, porque la puerta estaba un poco abierta; la espiaba, se podía decir, pero no preguntaba, y ya, después de tanto tiempo, ya nada quería saber.

Candela no es que odiara a su madre, es que se avergonzaba de ella. Y no es que quisiera a su padre, pero le parecía un hombre respetable. Sabía que su madre era de un pueblo y que siempre había sido pobre, analfabeta, una mujer fea, como cualquier otra; pero su padre, soltero, adinerado, demasiado gordo y bajito, puso una fábrica de zapatos en el pueblo de la madre y tuvo que pasar allí algunos meses preparándolo todo... y se encontró con ella, eso se lo han contado a Candela millones de veces, orgullosos, quizá, sonrientes, pero ella no ve por dónde puede cogerse esa historia estúpida y pasada de tiempo.

—Tú siempre con esa cara —le dice la madre—, no sea que vayas a sonreír y entonces qué pensarán de ti en tu casa. Me pregunto si con tus amigos también eres así de desagradable o por lo menos mantienes un poco las formas. Por eso no te quiero dejar nunca ir a casa de ninguna amiga, a ver, dirá la madre, quién ha educado a ésta. Tu padre dice que exagero, dímelo ahora, ahora que le cuentas eso y mira qué mueca, si es que esta cara es una mueca, la mires por donde la mires, por donde la mires...

Y aunque la madre de Candela siempre tenía esos comentarios con ella, la quería. Después, a espaldas, presumía con las vecinas de que su hija era la más lista de la clase y, por las noches, antes de dormir, siempre leía alguna cosa. A excepción de los libros que su padre tenía en el altillo, como el diccionario, pero que si su padre se lo permitiera, ella devoraría todo, todas las palabras, como agua se bebe esa niña las letras. Pero la odiaba, la odiaba, también, porque ella no sabía leer bien, leía como tartamuda, una niña; tenía tanta envidia.

—Pero a estas edades una debe saber dónde están los límites, y otra cosa no, lista no seré, pero tengo una ligera idea de dónde están las fronteras, y en algunas ocasiones no me tengo ni que molestar... A estas alturas, aprender a leer resulta

ridículo. A quien se lo cuente...

Y cuanto más se esfuerza Candela por comprenderla, por acercarse a ella, pero no por iniciativa propia, ni mucho menos, sólo por no verle la cara de niño sin caramelo que se le queda a su padre cuando la mira y sabe que no les quiere (a ellos, a sus padres), que sólo siente una obligación para con ellos, un lazo de sangre que no une, que mancha, y entonces Candela se esfuerza, una y otra vez, se dice «si tampoco es tan fea, ni tan analfabeta, si podría aprender a leer bien, si quisiera, pero no quiere, porque no tiene ambición, porque es ridícula», y después le dicen por la calle lo mucho que se parecen, y siente asco de sí misma, pero se esfuerza, y piensa, convencida, que si su madre pusiera de su parte, ella podría llegar alguna vez a quererla, pero de momento es que no puede, es que su madre...

3

Luisa tenía que hacer el mismo trayecto todos los días como mínimo cuatro veces. Salía de su casa, caminaba largo rato, quizá una hora, no lo sabía porque no necesitaba saber cuánto tiempo al día desperdiciaba en hacer aquellos trayectos, de modo que salía de casa y, quizá en una hora, llegaba a casa de la señora Blanca (aunque, con el tiempo, empezó a coger, algunas veces, el autobús). Después de dejarlo todo listo allí, comida incluida, se volvía a su casa, preparaba todo lo suyo (exactamente como lo prepara en casa de la señora, igual, ni con más atención ni con menos, todo igual, igual, igual, te lo cuento para que veas que lo mismo que en mi casa, en la de los demás), comía y se lanzaba de nuevo a la calle, otra vez, quizá una hora caminando, con lo tarde que se le había hecho comiendo y haciendo sus cosas, ahora tenía que volver, con las tripas revueltas, sufriendo por si la señora Blanca estaba angustiada, si creía que le había ocurrido algo, y ocurrirle le habían ocurrido cientos de cosas, pero así, que se puedan explicar, ni una sola, y mucho menos nada malo con lo que justificar su retraso. Ésa era la tercera vez que tomaba ese camino, de su casa a la de Blanca, de la de Blanca a su casa, de su casa a la de Blanca y, para acabar, de vuelta a su casa, donde ya, por fin, se quedaba. En cuanto llegaba al mediodía se daba buena cuenta de que la señora no la había echado de menos en su retraso, pero Luisa era una criada como las de antes, de las de llamarla señora y subyugarse al poder y tiranía de su patrona. Blanca, sin embargo, no ejercía sobre ella esos supuestos poderes. No le interesaba.

—Es degradante que usted me llame señora, Luisa, cuando no es mucho menor que yo (no era cierto). ¿No le parece? Si usted me llama señora, también yo lo haré.

—Pero yo no soy su señora, señora —decía Luisa, como quejándose, como llorando un poco.

—Qué importa, señora —Blanca ya estaba al borde de la risa.

Después de algún tiempo haciendo ese pesado trayecto de quizá una hora, Blanca le ofreció a Luisa la posibilidad de hacer comida para dos personas (para tres, señora, de paso, si no le importa, que coma también mi marido, que me espera allí) y llevársela a su casa; así podría comer tranquilamente, incluso echarse una pequeña siesta antes de volver, en vez de perder tanto tiempo haciendo sus cosas exactamente como las había hecho en casa de la señora, exactamente, nada más y nada menos, ni peor ni mejor. Luisa siempre contestaba lo mismo: lo consultaré con mi marido, si no le importa. Y a Blanca, honestamente se lo tenía que reconocer, sí le importaba; esperaba de aquella criada antigua y fiel, como un ama de llaves sin llaves, que respondiera al momento. Pero jamás, en todo el tiempo que llevaban juntas, lo había conseguido. Como si fuera su hija, o su perro, Blanca planeaba sobre la vida de Luisa una trampa irresistible que la conducía sin remedio hacia la mujer libre, por la que ella misma se

tenía (sin contar aquellas veces en que la soledad se la comía y la libertad se convertía en una jaula de la que no se atrevía a salir a pesar de las puertas abiertas, como un ama de llaves con llaves, pero ciega ante la ranura pequeña del pomo).

Al día siguiente Luisa aceptó. Había sido una buena idea. Haría la comida de la señora y un poco más, para ella y su marido, que la aguardaba en casa. Ahora, el segundo y el tercer trayecto Luisa los hacía con una bolsa cargada de comida o vacía, según si era el de ida o el de vuelta. De esa manera la criada confirmaba que lo mismo que en casa de su señora, en la suya, porque, llegados a este punto, incluso comían lo mismo, exactamente lo mismo, y no había duda de que quería en su casa lo mismo que en la de los demás, y viceversa (la primera vez que le oyó decir y *viceversa* a Blanca, le gustó, le pareció culto decir y *viceversa*; tímida, le preguntó cómo podría ella usar esa expresión, porque cuando la decía la señora parecía que no había otra cosa mejor que decir para la frase, pero cuando ella lo intentaba, parecía como si no encajara... Después de mucho ensayo, prueba y error, Luisa decía y *viceversa* siempre que podía; siempre, menos en su casa).

Lo siguiente que le ofreció Blanca a Luisa fue quedarse a comer. Así reduciría el número de trayectos a la mitad: sólo tendría que venir y después irse. Además, como no perdería tanto tiempo a media tarde, podría irse pronto, si así lo deseaba. La cena también la dejaba preparada, pero a Blanca no le importaba tomarla un poco antes. Por la cara de Luisa podría saberse que la mujer no quería, o sí quería pero no podía, o sí podía pero no quería poder, así que dijo lo que había esperar de ella:

—Lo consultaré con mi marido.

Convencida de que él no estaría conforme, aquel último trayecto del día la criada lo hizo organizando las palabras que estaba dispuesta a decirle a su marido. Sabía que, cuando llegara, se lo encontraría tendido en el sillón, mirando al frente, ante una pared vacía donde antes hubo una fotografía de un niño y ahora no había absolutamente nada. Sin embargo, cuando Luisa llegó a su casa, por supuesto él estaba tendido en el sillón, pero se había quedado dormido. Lo primero que pensó fue que por las noches no dormía y que algo le estaba afligiendo y que quizá sería la proximidad que había entre Blanca y ella y que por tanto no hacía falta preguntarle qué le parecía que se quedara a comer en casa de la señora, porque estaba claro, clarísimo, que a él no le iba a parecer bien.

—De modo que me iré a casa a comer todos los días, señora. Pero le agradezco de veras su oferta. Es muy generosa conmigo —dijo Luisa a la mañana siguiente.

—¿Es por usted o por su marido? Luisa, por favor, dígame la verdad. Somos amigas, ¿no? Quiero decir que usted puede contarme cosas de este tipo porque yo la escucharé.

—Es por mí. A lo mejor también por él.

—Quizá pueda decirme cómo fue la conversación que tuvieron, así podría yo saber. Sólo si usted quiere que yo sepa, desde luego, claro que me gustaría —Blanca sabía perfectamente cómo hacer que Luisa hablara; por otra parte, aquella mujer lo

estaba pidiendo a gritos.

—Verá, señora. Estrictamente no hablamos. Bueno, que él en ningún momento se pronunció al respecto. Estrictamente... ni siquiera yo se lo comenté. Pero un matrimonio se conoce y sabe qué le ocurre a su esposo.

—¿De veras? —interrumpió Blanca.

—De veras. Al menos en nuestro caso. Llegué y, verá, señora, igual así si se lo explico le parece una tontería, pero lo cierto es que mi marido se había quedado dormido en el sofá. ¿Lo comprende? Los matrimonios se adivinan así con estas cosas. En mi casa las cosas se hablan de esta manera. Quiero decir que estaba dormido, usted sabe. No quise molestarle, estaba cansado. Y de su cansancio supe que era mejor que volviera a comer. Desde lo del chico que...

Cuando Luisa pronunciaba aquellas palabras siempre dejaba la frase inconclusa. Decía: lo del chico. Y después se callaba. Ésas eran las únicas veces que Blanca no intentaba seguir la conversación hasta encaminarla por donde quería. La dejaba que soltara aquellas palabras y quedaran suspendidas y se las ingeniaba para no hacer sentir a Luisa que se daba cuenta de la gravedad en su voz cada vez que hacía referencia a lo del chico. No podía saber todavía qué era lo del chico, pero acabaría por saberlo.

Unos meses más tarde, a su marido se le ocurrió que Luisa podría quedarse a comer en casa de la señora, porque así no tendría que dar tantos viajes. Era innecesario el esfuerzo, teniendo en cuenta que él podría cocinar para sí mismo y no causarle tanta molestia. Ella dijo: nunca has cocinado. Y tuvieron, quizá por primera vez desde lo del chico (quizá por primera vez desde siempre), una conversación. Durante algunas semanas, Luisa estuvo sin comentárselo todavía a la señora y confiando en que su marido acabaría por entrar en razón y arrepentirse de su ocurrencia; Luisa estuvo enseñándole algunas cosas que su marido debía saber si pretendía cocinar. Cuando acabó con todas sus enseñanzas, y al ver que él no recapacitaba, Luisa, abatida, le dijo que se quedaría con su señora a comer. Por supuesto, la cantidad que preparaba para ellas dos era mayor, y se guardaba un plato por si aquel día no había sido su marido capaz de hacerse nada y al llegar estuviera tan hambriento que no pudiera esperar a que ella preparara la cena. Lo hizo en varias ocasiones, hasta que esas noches tenía que comerse las sobras —habían pasado de ser un plato a ser sobras— del mediodía, porque su marido había sido capaz de cocinarse y además no tenía demasiada hambre, comería un poco de fruta y nada más. Luisa, cenando de pie en la cocina, se preguntaba si estaba haciendo algo mal. Por supuesto no se le ocurría preguntarle qué cosa horrible había hecho para merecer aquel desprecio suyo y aquel reciente abandono.

Pero al final se acostumbró a aquellos cambios. El rato que pasaba comiendo con Blanca le resultaba lo suficientemente agradable como para no pensar en su marido cocinando, como si en aquel acto existiera una infidelidad dolorosa y oculta. Mientras la criada recogía la mesa y se daba prisa como si estuviera en su casa y tuviera que

marcharse de nuevo, Blanca se fumaba un cigarro y le hablaba aspirando y soltando bocanadas de humo. Luisa se mostraba pudorosa con esa manera de fumar de su señora, porque lo cierto es que, para ella, una mujer no debería fumar nunca, y mucho menos en público (y mucho menos así). De todos modos, jamás se le ocurriría poner en duda ni en el punto de mira cualquier acto o comportamiento de Blanca. Era sólo que..., fumar..., y hacerlo así...

—¿Por qué me mira así, Luisa? ¿Es que fuma usted también y no se atreve delante de mí? Mire que me hace sentir como si fuera su madre y no me gusta nada. Y la trato de usted porque casi me lo ruega con los ojos.

—No, no. Fumar yo. A mi edad. En mi época las mujeres nunca han fumado — Luisa querría decirle que tan sólo es que las mujeres..., es que fumar..., y hacerlo así...

—En su época había mujeres que fumaban y se ponían pantalones, algunas hasta iban sin sujetador. Si tiene alguna duda al respecto, pregúnteselo a la que delante tiene.

—¿Qué quiere decirme? —algunas veces la criada no alcanzaba el ritmo de Blanca, aunque se esforzaba, se esforzaba muchísimo.

—Que soy de su misma época, más o menos, por Dios, Luisa. Algunas veces me parece usted una mujer brillante, y otras veces me resulta una abuela llena de prejuicios generacionales. Si no fuera porque tiene usted casi mi misma edad (pero no era cierto, Blanca Valente siempre mentía con respecto a la edad de ambas), pensaría que son cosas de la vejez, lo que me deprime todavía más. ¿Es usted consciente de todo esto que le estoy diciendo? Quiero decir, usted me mira y hace que sí con la cabeza, ¿pero verdaderamente cuando hago comparaciones entre usted y yo, Luisa, Luisa, usted me está comprendiendo? Ahora mismo. Usted parece que me escucha, pero quizá esté pensando en su marido.

—¿Qué ocurre con mi marido, señora, qué dice?

—De nuevo esa cara.

—¿Qué cara, señora?

Luisa se preguntaba si sería correcto ponerse a llorar en ese momento delante de su señora, o si sería ridículo, o una ofensa. A Blanca, sin embargo, le gustaría tanto verla llorar...

—Esa cara suya.

Semanas y semanas teniendo la misma conversación, le daba la sensación a Luisa de que, cada vez que se ponían a hablar, era como retomar la charla anterior, siempre era como haberla dejado sin acabar para reemprenderla al día siguiente, o más tarde, a media mañana, en el descanso. Estaba agotada, porque había veces que Luisa no necesitaba más que el silencio, y por lo general también Blanca, pero esos momentos nunca coincidían. Cada vez que la poeta necesitaba hablar con alguien, no necesitaba

hacer nada más que levantarse, ir en busca de Luisa y empezar a darle conversación. Muy probablemente en ese instante Luisa empezara, siguiera o alargara un monólogo interior que iba desde el chico hasta su marido y vuelta a empezar. Porque cuando ella necesitaba hablar con alguien, como le pasaba a su señora, siempre daba la casualidad de que estaba en su casa, con su marido, y entonces no podían compatibilizar esos momentos de silencios y de dar la palabra. Pero por qué será que siempre en casa de Blanca Valente necesitaba Luisa ponerse a pensar, si en su propia casa reinaba el silencio y era el mejor sitio para hilar mentalmente sin descanso. Apenas recibían visitas y no se molestaban los espacios el uno al otro. Su casa era el sitio perfecto para pensar en todo, pero Rosario (cuando le conocí y me dijo que se llamaba Rosario me puse a reír, loca de la gracia que me hacía, y si supieras qué cara... que mi hermana, que venía conmigo, todavía se pregunta qué pude ver en él, porque maldita la cara que me puso, que también yo, reírme) estaba ahí, sentado en ese sillón, mirando al frente, a la pared, que ya no tenía la foto del chico, y ocupaba todo, y Luisa se ahogaba, y quería llorar, y ya no le salía.

Es verdad que Julio tiene los ojos azules, pero no es cierto que esté trabajando en la biblioteca porque los que tienen los ojos claros no pueden ir a la guerra. A decir verdad, en ningún momento ha tenido que tomar tal decisión, si ir o no ir, porque ya pertenece a esa generación de hombres que no tienen la obligación de hacer el servicio militar. Si Julio pudiera elegir entre los motivos reales de su trabajo, quizá elegiría el rumor que una niña ha soltado en el colegio, como un ratón que va a comérselo todo, mordisco a mordisco. Pero lo cierto es que Julio trabaja en la biblioteca porque una amiga de su tía, que es hermana de su madre, trabaja limpiando las aulas cuando el colegio está cerrado y, al enterarse de que había quedado vacante el puesto, se puso en contacto con la tía, y ésta a su vez con la madre de Julio, y finalmente Julio se sintió otra vez extraño al no conseguir nada, nada en absoluto, por méritos propios. No tenía la menor duda de que podría hacer bien el trabajo, incluso que podría hacerlo muy bien, pero eso nadie iba a entrar a valorarlo después de que hubiera tres mujeres por en medio manejando los hilos de su futuro más inmediato.

El día que Ramón, el director del colegio, le hizo la entrevista, Julio se sentía especialmente triste. Su madre no hacía otra cosa que preguntarle por qué no estaba contento, pero sobre todo por qué no estaba agradecido, puesto que de nuevo ella volvía a ser el hilo conductor que le iba a llevar a la felicidad. La madre de Julio se parece a todas las madres, del mismo modo que todas las madres se parecen un poco a la madre de Julio: quiere, siempre, lo mejor para su hijo. La diferencia es que está equivocada con respecto a lo que es mejor para su hijo. Probablemente lo que podría hacer por él es alejarse, dejarle que se equivoque, que tropiece, que se duela una y otra vez (Julio sueña con que le rompan el corazón), que se relama las heridas. Es incapaz de abandonarlo, pero Julio no siente en absoluto que esté protegido por ella. Es verdad que el día de la entrevista estaba triste, más que de costumbre, y también era verdad que no le pasaba nada, o que al menos no era capaz de localizarlo dentro de sí mismo, ni afuera tampoco; pero hay respuestas que una madre no tolera, o al menos la madre de Julio. Como si todavía no hubiera dejado de ser el niño que va al colegio por primera vez, Carmina le acompañó hasta la puerta y le dijo adiós con la mano, esperando que, antes de subir todas las escaleras, Julio se girara por última vez y se despidiera de nuevo, como lanzándole ya el cable que no los iba a separar en el rato en que no iban a estar juntos. Pero Julio estaba derrotado, no sabía por qué lucha, y no se giró, y subió las escaleras y supo que su madre esperaba un último guiño y se sintió incapaz y de pronto, Ramón, el director del colegio, salió a su encuentro. A Julio no le gustan los tipos con bigote y, por supuesto, Ramón hacía tres semanas que había decidido tener uno: tan negro, casi como un animal sobre su labio, y estaba tan orgulloso. En la entrevista Julio no podía parar de mirarle la boca y comprobar que a Ramón le encantaba su bigote y se lo tocaba de vez en cuando, haciendo rizados con sus dedos, jugando, dejándose después despeinado e inevitablemente siendo el centro

de atención de toda su cara.

—¿Y bien? —Ninguna de las conversaciones, si así se le pueden llamar, que mantienen Julio y Carmina empiezan por voluntad de él. Siempre la madre pregunta: ¿y bien?, y siempre hay alguna cosa que Julio se ve obligado a contar, cuando en realidad querría permanecer en silencio.

—Ha quedado en que me llamará.

—¿Pero cómo crees que ha ido? Siempre que voy a una entrevista de trabajo sé si me van a coger o no, y normalmente no me equivoco. No acostumbro a equivocarme en ese tipo de cosas. Se llama intuición. Y uno sabe qué sensación causa.

—Supongo —no sabe por qué, pero se siente exhausto.

Y con el *supongo* consigue Julio disuadir a su madre y conseguir al menos algunos minutos de tregua. Desde que descubrió que con el *supongo* su madre entendía que no era capaz de seguir hablando, lo usa. Dice *supongo* y hay una resaca como de mar, como de un silencio que nadie se atrevería, ni siquiera la madre de Julio, a romper. Así que, el día que Julio hizo la entrevista con Ramón, al salir estaba, como era de esperar, ahí, y se fueron juntos para casa, pero el *supongo* de Julio había sonado a rotura en Carmina, y por primera vez la tregua de minutos fue de algunos días.

En el tiempo que duró el silencio, quebradizo por conversaciones cotidianas (no era tampoco intención de ambos alejarse del todo, ni mucho menos, o retirarse definitivamente la palabra), Julio no dejó de sentirse tan desamparado como libre. No se separaba mucho del teléfono, no salía de casa por si en aquel momento Ramón, o cualquier otra persona del colegio, quizá la mujer que llamó a su tía y ésta a su madre, intentaban localizarle para decirle qué día iba a empezar. También quedaron en que llamarían si la respuesta era negativa, pero Julio no contemplaba, necesitaba no contemplar esa opción. Así que se pasaba largas horas allí, en el sillón que hay al lado del teléfono, donde su padre se queda dormido casi todas las noches y su madre lo maldice con un odio que nadie reconocería en Carmina y que, sin embargo, está ahí, victorioso, abriéndose paso entre sus mejores galas emocionales. De vez en cuando pasaba Julio (el padre) y preguntaba si habían llamado. Era tan evidente que lo único que quería era tener un poco de conversación con su hijo, puesto que si llamaban perfectamente podría él mismo oír cómo sonaba el teléfono, que Julio se sentía complacido y un poco invadido por aquella pregunta. Movía la cabeza con desgana, y sentía que aquel trabajo de la biblioteca estaba alejándole de sus padres. Casi en la treintena, por otra parte, no era nada que no debiera ocurrir. ¿Qué le pasaba a Julio, que no le rompían el corazón, y que su madre le imponía tanto respeto, y que su padre no sabía cómo darle consejos, y que la vida estaba tan apretada en su cuerpo y no alcanzaba a distinguir unas cosas de otras? ¿Por qué no llamaba el director, por qué ese bigote, ese nombre; este, sobre todo, este silencio?

Mientras él se sentía tan así, que no merecía la libertad, que no merecía tampoco aquella cárcel maternal, en la casa de Candela se respiraba el mismo aire, pero un

poco más hostil, y todo empezaba a unirles irremediablemente, porque Ramón estaba ya marcando desde su despacho el teléfono de Julio y éste, que se había prometido a sí mismo que dejaría sonar el aparato por lo menos tres veces, descolgó inmediatamente, azorado, nervioso, muerto de risa, a punto de llorar:

—¿Diga?

—¿Podría hablar con el señor Julio?

—Un momento —sabía perfectamente que era él, que por fin Ramón le había llamado, que era él, él, él; estaba convencido de que había descolgado demasiado desesperado, así que llamó a su padre para que se pusiera.

—¿Sí? —el padre de Julio.

—¿Es usted el señor Julio?

—El mismo —con esa voz del padre, tan afable, tan carne de cañón y víctima de cualquiera; detrás estaba Julio, el hijo, esperando para que le devolviera el teléfono. No estaba muy seguro de si aquello era una estupidez o no, pero necesitaba unos minutos para serenarse. Su padre sonreía un poco y se disculpaba por el malentendido mientras le decía con la mano ven, ven, ven, ven, con mucha prisa, como si él ya supiera que, en efecto, había sido seleccionado para el puesto.

Julio estuvo hablando con Ramón más de cinco minutos, tiempo suficiente para que la madre apareciera en el salón y ambos, padres orgullosos, tan parecidos a todos los padres del mundo y también tan mediocres, miraran cómo su hijo estaba a punto de despegar. Por un momento los dos sintieron un miedo que les abrazaba las tripas y se las retorció. Se cogieron de la mano y no recordaban cuándo lo habían hecho por última vez, se quisieron y no recordaban cuándo lo habían hecho por última vez. Sabían que tarde o temprano iban a quedarse solos. Carmina quiso llorar, pero se sentía sucia cuando mostraba sus verdaderos sentimientos ante los dos hombres de su vida: sus Julios; así que se apretó fuerte a la mano de su marido y deseó, podría jurar que lo deseó muy a pesar de sí misma, que Ramón estuviera dándole una mala noticia. Julio estaba algo desconcertado con la fuerza con la que su mujer le apretaba la mano, y se dio cuenta de lo triste que podía ser mirarse de verdad y contemplar, sin filtros, los restos que quedaban de la vida que habían imaginado para ellos mismos. Julio colgó el teléfono y dijo: bueno, ya está. Y todos se sintieron un poco olvidados, unos de otros, independientes, ajenos. Muy, muy lejanos. Y era cierto.

Rosario se sienta siempre en el sillón y mira la fotografía que hay colgada de la pared en un marco de color bronce. Detrás, lo sabe porque compró él mismo el marco, hay una foto de un niño disfrazado de payaso, y está sonriendo tanto que consigue dar un poco de pena y tristeza (como él mismo ahora, después de años de ese día de la fotografía y de ese día de colgarla). Cuando lo compró con su hijo y decidió qué foto iba a ir allí, y dónde pensaba colocarla, creyó que sería mejor que la imagen del niño se quedara detrás en vez de quitarla. En la foto, que había ido a revelar en blanco y negro a la tienda no hacía tanto, aparecía su hijo cuando tenía tan sólo cinco años. La última vez que lo vio tenía dieciocho. Ahora tendría veinte. Salía en la playa, en unas vacaciones que se tomaron después de que durante ese año las cosas no salieran demasiado bien. Luisa tenía una pequeña depresión que empezó cuando el niño nació. No sabía exactamente por qué, pero siempre se encontraba triste, taciturna, y con unas leves pero constantes ganas de morir. No pensaba matarse (lo decía como consolando a los de su alrededor), no tenía el arrojo y la valentía, y a lo mejor ni siquiera tantas ganas de morirse, pero tampoco se sentía demasiado viva. Rosario no podía entender por qué su mujer se sentía así, y por qué daba la casualidad de que todo había empezado cuando dio a luz. Alguna que otra noche, hablando de por qué se sentía Luisa así, le había dicho con voz lastimosa: creía que te hacía ilusión ser madre. Y era así. Luisa sentía que había nacido para ser madre, que el día que supo que estaba embarazada había sido, sin duda, el mejor de toda su vida. Su hijo era lo más hermoso que podría haberle dado Dios y, sin embargo, no sabía por qué, desde que le vio la cara por primera vez, se siente así, como si no le valiera la pena (¿pero el qué?). No sabía nada, sólo tenía la certeza de que llevaba cinco años triste, y de que su tristeza le iba ganando terreno por dentro y se hacía tan grande, al mismo ritmo que su hijo aprendía palabras, cómo ordenar sus emociones, a atarse los cordones o a leer. Algunos días sentía que la tristeza se le estaba acabando, como la comida en el plato de un pobre, y daba el aviso a Rosario:

—Creo que esto está a punto de acabarse.

Pero entonces, ante la idea de ser feliz, de no tener motivos para no serlo, sentía un vacío terrible, como cuando dio a luz, y se revolvía en su dolor inalcanzable y no sabía, es que no podía saberlo. Aun así, el niño siempre fue querido, siempre se *sintió* querido. Y Rosario, para cubrir el lado que consideraba cojo en el amor que podía brindarle su madre, se volcaba en su paternidad como no sabía que iba a poder. A decir verdad, en un principio decidieron tener aquel niño porque él sabía que a Luisa le hacía una ilusión inmensa tener un hijo, entonces no podía entender de qué manera se habían intercambiado los papeles y ahora era él quien ejercía tan bien su papel de padre. Algunos días le pesaba esa lucha constante y en solitario, otras veces se compadecía de Luisa y se sentía infinitamente orgulloso y agradecido de poder querer a su hijo de aquella manera: alegre, sin pesar.

El día que hicieron la fotografía que colgaba de la pared habían estado tan cerca de la felicidad. Luisa se había levantado aquella mañana con bastante ánimo, salieron a dar una vuelta y se compró un vestido. Era una banalidad aquello del vestido, pero en Luisa las cosas funcionaban siempre así: cualquier estupidez podía hacerla sentir bien, del mismo modo que cualquier pequeño detalle también podría sumirla en una acongojante e incurable tristeza. Pero aquella mañana, después de desayunar y de comprar aquel vestido (floreado, malva y blanco, con un poco de vuelo y mucha vida), Luisa se sentía especialmente bien, y tan bonita. Cogía a su hijo y lo miraba, extrañada, como si fuera imposible sentirse de otra manera, y reía sin venir a cuento, y el padre y el niño se miraban asombrados y no decían nada, por si se acababa, y sabían que iba a acabar. La fotografía se la había hecho un hombre que se dedicaba a sacar instantáneas en la playa, y les daba su tarjeta para que pudieran pasar, si gustaban, a recogerlas por el puesto que tenía en medio del paseo. Estaría todas las tardes hasta que acabara el verano, y aunque en un principio ni Luisa ni Rosario tenían pensado ir a comprar aquella fotografía, cuando ella volvió a sentirse triste y Rosario se fue con el pequeño a dar una vuelta, se encontró con el hombre que vendía las fotografías. La del niño estaba expuesta en una mesa pequeña, y de pronto se sintió tan orgulloso, añoraba tanto aquel momento ya, y sólo habían pasado horas; Rosario, que estaba cogido de la mano del niño y la apretaba sin mucho sentido (pensaba el niño), no pudo resistirse y la compró. Junto con la imagen venía el fragmento de carrete que correspondía a la fotografía, repetida hasta en cuatro ocasiones, por si querían hacer más copias o, por ejemplo, se le quedó grabado a Rosario, sacarla en blanco y negro. El chico tenía cinco años y ya sabía leer y empezaba a escribir, así que por detrás puso su nombre, la fecha y la ciudad de las vacaciones y después le dio un beso que, aunque invisible, Rosario no olvidaría jamás en los años que le quedaban por delante.

La foto de Jaime estuvo colgada de esa pared desde que tuvo cinco años hasta que hizo dieciocho. Era la original, en color, y después de las vacaciones, cuando Luisa ya volvía a ser una mujer deprimida y nada aconsejable para un niño tan pequeño, fueron juntos a comprar el marco bronce y la colgaron. No había en aquel gesto ni felicidad ni convencimiento, tampoco mucha esperanza, pero salvaban los días con aquella clase de cosas. Rosario pasaba las noches planeando qué harían al día siguiente en cuanto el niño saliera del colegio, y siempre tenía algo especial, siempre algo que a Jaime le parecía único y muy emocionante. En cuanto volvió la vida y la rutina, después de aquel verano asfixiante y extraño, Rosario se llevó a Jaime a la tienda de revelado. Mientras elegían el cuadro y la dependienta hablaba con Jaime y le revolvía el pelo en un acto mecánico pero amoroso, Rosario le miraba y decía, con ese tono infantil que tienen los adultos cuando simulan hablar a través del niño:

—Algún día volveremos a revelar esta misma fotografía, pero en blanco y negro, ¿verdad que sí, Jaime?

Jaime tenía ensayadísimo el asentimiento con la cabeza, convincente pero nada

brusco, ya que su padre acababa la mayoría de sus conversaciones de ese modo, preguntándole al pequeño alguna cosa, o afirmándola. Parecía, de no saber todo el barrio que Luisa era una mujer triste y ausente, que eran el viudo y el huérfano más felices del mundo, y, sin embargo, había tanta pobreza en sus ojos, en sus manos, en su fingir.

Rosario se esforzó, nadie, excepto él, sabe de qué manera se esforzó para que el chico no sintiera nada de lo que existía en realidad en su vida, en su madre. Rosario se esforzó tanto (lloraba y lo decía: me esfuerzo tanto), pero Jaime estaba contaminado ya por la tristeza de Luisa, y la miraba sin que ella se diera cuenta y se sentía atraído por esa cara suya como de muerta, como de ausencia, como de ajena a ella misma; no sabía por qué Jaime, y mucho menos Rosario, no sabía por qué, pero le gustaba tanto cuando su madre estaba pensativa y empezaba, de pronto, sin esfuerzo, con naturalidad, como si fuera lo único en el mundo que supiera hacer, empezaba a llorar. Y, con todo, calmadamente, sosegada..., feliz.

Ya hacía cinco años que Luisa se sentía así y Rosario no dejaba de insistir en que debían ir al médico a que la vieran. Y Luisa tenía la sensación de que el médico sólo podía hacer exactamente eso, verla, y que lo que ella tenía no se podía ver, sólo sentir. No, se negaba a ir a un médico a que la revisara, que le hiciera preguntas que ella o no sabía o no quería responder. La comunicación cada vez era más escasa entre ellos. Rosario había decidido que el silencio era mejor aliado que una absurda pelea que siempre iba a acabar del mismo modo, y cuando veía que Jaime los miraba, comprendiendo, quizá, la gravedad de sus vidas, se odiaba y se prometía que nunca más discutiría con Luisa. Se arrodillaba ante ella, humillado, sumiso, dependiente de aquella tristeza de su mujer, a la que todavía amaba pero de aquella manera extraña y que lo sobrevivía a él mismo; se arrodillaba, lloraba a sus pies, le pedía, por favor, por favor, que no discutieran más. Luisa no podía llorar, tantas veces como lo hacía, no podía cuando veía a Rosario de aquel modo. Sentía por él una infinita lástima, y algunas veces planeaba abandonarlos: la idea de que sin ella iban a ser más felices, finalmente, la aterrorizaba, y aquel egoísmo (que sólo reconocía ante sí misma) era lo único que la ataba a la casa.

Trabajaba de cocinera en un colegio de monjas y también su trabajo la ataba a aquel lugar, aunque no fuera nunca feliz del todo, ni siquiera de una manera fragmentada. Se sabía el nombre de todas las chicas, sobre todo de las que lloraban más y se quedaban las últimas en la mesa, revolviendo la comida. A veces, ella misma salía de la cocina para llevar el plato a alguna de ellas. Para Luisa aquel trabajo era una especie de ejercicio maternal. Estaba en contacto con aquellas niñas; a muchas, después de tantos años, se podría decir que las quería como si fueran eternas hermanas pequeñas, y creía que aquella ternura que despertaban en su corazón se podría trasladar, al llegar a casa, a su propio hijo. Todos los días de su vida lo

intentaba, desde que hacía cinco años era madre, y resultaba un auténtico fracaso. Se sentía exactamente igual de triste en cuanto se quitaba el delantal. Al verle la cara a Jaime volvía a sentir que era una persona horrible y qué clase de madre tenía mejores cuidados con los hijos de los demás que con el suyo propio. Luisa se esforzaba tanto, también llorando, y como respuesta a la ayuda de Rosario, le decía: me esfuerzo tanto. Y era cierto. Para desgracia de Luisa, de Rosario y también de Jaime, los esfuerzos de la madre para ser mejor y menos triste eran inútiles, y sólo con un poco de confianza y amor sin reservas uno podría ser capaz de reconocérselo. Rosario, a pesar de su gran rencor y su creciente y poderoso odio hacia la tristeza y soledad de Luisa, la quería todavía, y algunas veces era capaz de hacer aquel ejercicio de compasión: el estado de ánimo de su compañera no lo elegía ella misma, sino que estaba atrapada en aquella constante y fiel pena.

Lo único que quería Rosario era no salvarse a sí mismo ni a Luisa, puesto que cada vez tenía más claro que resultaba imposible, ni siquiera pretendía que todo volviera a ser como antes de Jaime, porque amaba a Jaime y no quería plantearse una vida en la que él ya no estuviera; lo único a lo que aspiraba ya Rosario era a salvar a su hijo. Muchas veces no podía ir a recogerlo al colegio, porque trabajaba como remendero, haciendo chapuzas por la ciudad, y los horarios se adaptaban más o menos según el día. Esos días en que Rosario no podía ir a buscar a Jaime al colegio, acudía ella. Las monjas no estaban muy lejos del colegio público al que habían llevado a Jaime, así que hacía tiempo, limpiaba a fondo las ollas, las cacerolas, las sartenes, el suelo, los techos, todo, absolutamente todo, y después salía dando un paseo para ir a buscarle. Mientras se esforzaba para que todo reluciera en la cocina del colegio, Luisa se iba mentalizando de que iba a ir a buscar a su hijo, y que su hijo llevaba todo el día en el colegio, que se quedaba a comer allí y que pasaba tantas horas fuera de casa, lejos de su familia, pensaba en lo solo que a lo mejor se debía de sentir, ¡tantas horas, tan pequeño como era, sin ver a nadie de su familia!, así que se esforzaba limpiando y limpiando y se preparaba para el recibimiento del pequeño, algo en lo que el resto de madres o padres que esperaban en la salida ni se planteaban. Y Luisa, que siempre vivió la maternidad así, anticipándose a los momentos y anticipando su manera de actuar, se preguntaba si a los demás no les resultaba tan trabajoso como a ella, o si no estaban agotados, por ejemplo, los que, como Rosario, iban a la salida del colegio con más regularidad. Si hacían como ella, ¿qué clase de vidas llevaban, eran capaces de pensar en otras cosas, se habían olvidado del mundo y se dedicaban sólo a anticiparse a los momentos que iban a pasar con sus hijos? Algo la aterraba de veras: quedarse de nuevo embarazada. Todo eso lo pensaba mientras limpiaba y limpiaba y estaba ya convencida de que, cuando Jaime saliera y la alcanzara con la vista, ella se iba a agachar para recibirlo, iba a ponerse a su altura, para que no la viera alta, ni lejos, y entonces lo iba a abrazar, y ella iba también a recibir el abrazo de Jaime: sus manos

que apenas lograban abarcarla, su olor a polvos de talco, sus rizos que le harían cosquillas en la nariz (lo supo a partir del día en que fueron felices en la playa, el día de la foto del salón, Jaime la abrazó y se dio cuenta de que, si lo hacía, los rizos de su pelo le hacían cosquillas del mismo modo que lo hacían los rizos de Rosario cuando eran jóvenes). Se estremecía pensando en que sólo quedaban horas, minutos, para que aquello ocurriera. ¿Quería que fuera así? Quería que fuera así.

Una tarde que Luisa fue a buscar a Jaime, y Rosario prometió que intentaría llegar a tiempo, pero que, por si acaso, acudieran los dos al colegio. Jaime llevaba toda la tarde excitadísimo en la escuela, desobediente (raro en él), alborotado, y todo se debía a lo mismo: sus padres iban a ir, juntos, ¡juntos!, a buscarlo. En cuanto salió y pudo ver que ya estaba mamá, salió corriendo, sin darle tiempo a Luisa de agacharse (lo hacía lento, lentísimo, y como en equilibrio), y tropezó con el cuerpo erguido de Luisa, torpe, y cayó al suelo. Aquel gesto le pareció a su madre lo más hermoso que le había pasado desde que él había nacido (siempre que Luisa se decía cosas así, exceptuaba el día de la playa, el momento, el único momento). Fue a recogerlo del suelo, medio lloriqueando como estaba, pero hacía tantísimo tiempo que no lo cogía que, sin calcular su peso, se cayeron ambos al suelo. Luisa se rió. Luisa, en el suelo, con el niño enredado en las piernas, se rió con tantas ganas. Jaime estaba todavía llorando un poco, pero se iba calmando con la risa de su madre. Rosario venía por el paseo largo que había antes de llegar al colegio, y vio cómo un pequeño corrillo se había formado alrededor de alguien. Supo que era Luisa (podría no haberlo sido, pero él siempre creía que estaba en cualquier lugar, acechante su tristeza, envolviéndolo todo). Echó a correr hasta alcanzarlos. Cuando deshizo el montón de gente que observaba a la madre e hijo felices en el suelo, se los encontró: Jaime lloraba como si tuviera hipo, sin darse cuenta, y en realidad estaba tan contento, y Luisa reía, pero hacía tanto tiempo que Luisa no reía que Rosario no la podía reconocer, no sabía cómo debía mirarlo, y no supo cómo entender aquella escena, y veía en los dientes una amenaza terrible, una maldad como no había visto antes.

—¡Déjale, déjale, por el amor de Dios, déjale!

Se apartó de la gente, recogió a Jaime del suelo, dejándola allí, cortando su risa en seco (tan doloroso, el momento). Nadie entendió nada, excepto Luisa (quizá un poco Jaime, pero era tan pequeño, y pasaba tanto tiempo sin su madre), que comprendió perfectamente que aquel momento que acababa de vivir no lo había merecido.

Al cumplir nueve años empezó a interesarse por el dibujo y la pintura. Su padre, que estaba tan atento a todas sus necesidades, comprendiendo que había algunas que no podía cubrir, se volcaba en las que sí, y le daba todo cuanto estuviera en su mano, todo cuanto deseara su hijo; le compró un estuche lleno de acuarelas, tizas, papeles de diferentes clases, un atril. Al principio todo lo que dibujaba Jaime eran mujeres. Algunas veces desnudas (para rubor de los mayores que lo rodeaban), otras veces

vestidas, pero siempre, siempre, se parecían tanto a Luisa. Dejaba Jaime los dibujos por todas partes de la casa, y su madre se movía con sigilo, miedo, intentando evitar la mirada de su hijo, que estaba atento a si los había visto, a si le gustaban. Pero Jaime, que despertaba de la infancia, sabía las cosas que podía hacer y las que no: nunca preguntaba, se limitaba a perseguirla y a leerle las arrugas de la frente. Rosario, a su vez, también los perseguía e intentaba evitar que llegara el momento en que se encontraran de verdad. Luisa estaba trastornada con aquellos dibujos, con verse una y otra vez, una y otra vez, en aquellas imágenes que ella encontraba desfiguradas, con tanta desproporción, casi como una caricatura seria de sí misma. Por las noches, cuando Jaime ya se había ido a dormir, Rosario le pedía por favor que cogiera alguno de aquellos dibujos.

—Pero, mujer, mira éste. En éste no estás mal. Además llevas el vestido blanco y malva, el de la playa. Te ha pintado con ese vestido, eso es bueno, ¿no? Claro que sí, eso es bueno. ¿Esto? Pues no sé. Tiene nueve años, que te haga un brazo más largo que el otro tampoco tiene mayor misterio. Es un niño todavía. Qué me dices. Pero no llores. Luisa, por favor, por favor, Luisa, por favor...

Era en aquel dolor intenso que le provocaban los dibujos de Jaime donde Luisa encontraba el mejor y el peor consuelo. Era verdad que lloraba, que se sentía lastimada por la visión que tenía su hijo de nueve años de ella. Y cómo la miraba cuando se sentaba delante de la ventana de la cocina y miraba y miraba; por qué se sentía tan atraído por ella, y por qué esos dibujos. Por qué, sobre todo, tanto protagonismo para ella, si, al fin y al cabo, era Rosario quien más se ocupaba de él. Entonces se daba cuenta de lo doloroso que debía de resultarle también a su marido comprobar que todos sus esfuerzos eran inútiles. Era todo tan injusto, y ella lo sabía tan bien. Pero era en los dibujos donde Luisa sentía que era una madre, porque su hijo le dolía, y entendía, por lo que veía en los demás, que los hijos llegan a ser eso y nada más, un dolor constante que te tiene atrapado pero que no te impide seguir adelante. El dolor que tenía Luisa, su tristeza, era más leve y también más destructivo. Sin embargo, cuando de los dibujos se trataba, se convertía en eso de los hijos, en sufrir con todo el cuerpo, con todo entero, pero seguir, llorar pero seguir, secar las lágrimas y seguir. Aquello era ser madre, sentirse como una madre. Mirar los dibujos de su hijo y estar sufriendo. No porque se va a caer, no porque se ha portado mal, no porque no sabes cómo tratarlo: porque te dibuja los labios y los pinta de negro, porque un brazo te llega al suelo y el otro apenas consigue despertarse en la axila, porque a veces no tienes ojos, porque tu pelo es de color grana. Jaime conseguía desadormilar a su madre con sus dibujos, con sus pinturas, y lo podía saber porque eran muchas las cosas que Jaime empezaba a saber, a querer saber. Por eso, y porque era el único vínculo que tenía con ella, seguía dibujándola, ignorando casi a su padre, al que adoraba de una manera mucho más terrenal, más un amor de todos los días, de todas las noches. Sin agotamientos, un amor sencillo.

Para Rosario todos los dibujos eran un nuevo golpe, una sacudida terrible. Sentía,

como si Jaime le perteneciera sólo a él, que estaba siendo arrinconado, que entre madre e hijo había un nuevo hilo que los conducía por esos raíles, y que era un camino sin accesos posibles para incorporarse. Durante casi diez años fue así. Rosario empezó a tomar por costumbre, mientras Jaime pintaba o mientras observaba cómo su madre estaba a punto de ponerse a llorar mirando por una ventana, como quien mira un atardecer, con tanta atención, o mientras Jaime hacía los deberes; mientras no lo necesitaba, a fin de cuentas, él se sentaba en el sillón que quedaba delante de la fotografía de aquel verano, aquel único momento en que habían parecido, o se habían acercado a ser felices. Observaba aquel cuadro, se acordaba de la mujer que les había vendido el marco y había acariciado el pelo de su hijo y había puesto una voz dulce; se lo sabía todo de memoria, pero no podía cansarse. Sentía que la tristeza de su mujer se le contagiaba y se lo comía por dentro. Temió que Jaime liberara a Luisa de su pesadez, que con aquellos dibujos consiguiera salvarla, y entonces empezara él mismo a hundirse. Supo entonces que Jaime nunca sería feliz con sus padres, y la certeza le hacía amargo, le agriaba el carácter, y cuando Luisa lo veía sentado ahí, mirando tan fijamente la fotografía, le pasaba una mano por el hombro, le hacía una pequeña sacudida, y en realidad lo que quería era pedirle por favor que no se volviera como ella, que Jaime estaba en sus manos, que sólo le quedaba él. Pero Jaime había soltado las riendas y se dejaba ir salvaje hacia la melancolía y la grisura de su madre, y Rosario lo sabía.

Delante de aquella imagen, al cabo de los años ya en blanco y negro, no se podía perdonar haber previsto todo lo que después ocurrió y no haber hecho nada. En eso consistía mirar aquella nueva fotografía, en barajar las posibilidades que habría tenido Rosario de salvar a su hijo. Sin habérselo propuesto nunca, salvó a Luisa, que andaba arriba y abajo siendo otra mujer: una a la que él, sin remedio, detestaba.

El padre Damián recibió a Elías el día que empezó en la escuela. En ningún momento su madre entendió que debía dar explicaciones de aquella decisión, de modo que tuvo con el padre Damián la única conversación que ella quiso tener: de alguna manera para contárselo a sí misma, y también porque debía dejar ese legado emocional para cuando su hijo se preguntara por qué lo había *abandonado* (supo desde el principio que así era). Lo que fascinó en un primer momento al padre Damián, y después, con los años, comprendió que aquél era el peor de sus defectos, fue la seguridad con que dejaba a su hijo a cargo de otras personas. No había fe en sus gestos, en sus ademanes, no había un discurso claro ni mucho menos convincente, pero había algo que el padre Damián añoraba desde siempre, y era la seguridad de que quería hacerlo, y la certeza de que era lo correcto, cuanto menos, para ella misma. No necesitaba a nadie más para saberlo ni a nadie más para llevarlo a cabo. Simplemente había llegado el momento de dejar a Elías en un colegio interno, y actuaba en consecuencia. Acostumbrado como estaba el padre Damián a tratar con muchachos que dudaban, a dudar él mismo, a cuestionarse constantemente cuál era su papel en todo aquel colegio, la seguridad de Elisa, la madre de Elías, le fascinó y le tuvo durante toda la conversación en desventaja: admiraba la entereza, la seguridad, las palabras elegidas. Sabía que no era una mujer rica ni tampoco culta; sin embargo, dominaba la situación por una especie de instinto animal, sabía qué debía hacer y cómo comportarse de una manera natural, pero detrás de todo aquello había una mujer de campo que se había arreglado con sus mejores galas y se había presentado en el colegio de curas de la ciudad para abandonar (sí) a su hijo. Por otra parte, pensaba el padre Damián mientras intentaba alcanzar el olor del carmín de aquella mujer que, probablemente, se pintaba los labios por tercera o cuarta vez, dejar a su hijo en el colegio interno le suponía una cantidad elevada de dinero, de modo que era una nueva rica, una mujer de campo venida a más que había decidido vivir como había visto que vivían en las películas.

Elisa no podía ir nunca al cine porque estaba sola con el niño y las películas no eran aptas para él. Había una vecina que todos los lunes se pasaba por su casa y, a cambio de algo, huevos, patatas, tomates, le contaba lo que había visto en la película del domingo. Elisa abría bien los ojos, con una curiosidad salvaje, y escuchaba, mientras hacía cualquier otra cosa, a la vecina. Se enamoraba cada vez, no podía evitarlo, y después por la noche se sentía una mala esposa por tener aquellos pensamientos, pero es que la vecina lo contaba tan bien, y se veía que se lo había pasado de maravilla, que Elisa no podía evitar querer ir al cine. Alguna vez le había ofrecido el doble de lo que le daba por quedarse un domingo con Elías para que ella pudiera ir al cine a ver la película, pero la vecina se negaba siempre. Imagínate —le decía Elisa a su hijo—, imagínate...

Por eso sabía bien cómo era una buena chica, por todos los detalles que le pedía

(y qué más, qué más) que le contara, por todos los teatrillos que le obligaba a hacer a la vecina para que representara la escena tal cual (esto te va a costar una gallina entera, mona), por todas las veces que había soñado con ser la protagonista de aquellas escenas. Elías algunas veces espiaba cómo la vecina contaba la película, y se sentía extraño, como si lo que estuviera contando no pudiera pasar nunca en realidad, y quería decírselo a su madre, avisarla, quizá, pero no sabía explicar bien lo que él sentía mientras veía a la vecina. Por otra parte, le gustaba mirarla y ver cómo se reía y cómo hacía unas veces la tonta y otras veces la lista, y se preguntaba cómo sería ella en realidad, si tonta o lista, si un personaje u otro, y quería saberlo todo. Si le decía a su madre que lo había visto y que aquello que le contaban no podía ser nunca verdad, que no se engañara, corría el riesgo de que ya no viniera más la vecina, si conseguía convencer a su madre, o de que nunca pudiera espiar porque su madre lo tuviera castigado. Así que se quedaba detrás de la puerta y miraba, y se decía que su madre estaría tan hermosa con uno de los vestidos que la vecina describía, y se la imaginaba bailando. Con el tiempo, tanta era la confianza que Elisa le ofrecía a la vecina, algunas veces se ponían a bailar en medio del salón, y la vecina hacía de hombre, que era más alta, y Elisa hacía de mujer bajo las órdenes de ella: no te tienes que poner así, así nos ponemos las de pueblo, tienes que, eso es, así, justo así estaba la protagonista de ayer. Y Elías se reía con todo el gusto del mundo viéndolas danzar por el salón, tropezándose con alguna silla, con el cesto que traía la vecina para llevárselo lleno, y en la cabeza de Elías sonaba una melodía que él mismo se había inventado, y la aceleraba o no, según bailaran las dos mujeres en su salón. Cuanto más riesen, cuanto mejor se lo pasaran aquel lunes, peor iba a ser el resto de la semana. Cuando la vecina se marchaba con su cesto lleno, Elisa se quedaba inmóvil unos minutos, recordando, y después volvía a ser la mujer que había sido hasta ahora, y se daba cuenta. La cotidianeidad volvía a la casa, y en aquel salón no había lugar para ningún baile. Pero a Elías no le preocupaba, porque aparecía por su lado y conseguía robarle alguna sonrisa, o que le pellizcara una mejilla, o que le dijera *te quiero, ¿lo sabes?* Porque aquélla era la manera de su madre de volver al mundo, hablándole a su hijo, sabiendo que existía una vida para que ella la viviera, y que le había tocado ésa, la de querer a su hijo, la de protegerlo, y se entregaba con placer. Sin embargo, la resaca del baile, la representación, la historia que contaba la vecina seguía resonando por dentro de Elisa. Y Elías tarareaba, antes de dormirse, siempre aquella canción.

Pero el padre Damián no sabía nada de aquellas escenitas (como las habría llamado el padre de Elías si hubiera visto a su mujer bailando con la vecina), ni tampoco conocía la vida que habían llevado fuera del colegio; lo único que le llegaba era aquel ademán a medias entre de instinto y forzado, aquel carmín y aquella manera tan natural de abandonar a su hijo. Sentados ambos en la mesa, uno a cada lado, el padre Damián no podía dejar de pensar con certeza que, bajo la madera, estaban las piernas de aquella mujer y también las suyas, y que su hijo, que esperaba fuera, no

iba a entrar en ningún momento. Era tanto lo que el padre Damián echaba de menos a las mujeres ahí adentro (a una más que a otras), y cuando una madre venía a dejar a su hijo (unas veces abandono, otras veces pura convicción cristiana), la miraba y sabía que la deseaba (pero... *desear*), y no sabía muy bien si como se desea a una hermana, o a una madre, con ese desconsuelo infantil que te impulsa a refugiarte en su cuerpo, o como a una mujer, a una amante. No había estado nunca con ninguna de ellas, aunque había tenido serias dudas al conocer a una (y si había *renunciado* se debía sólo a la cobardía), por eso le costaba tantísimo diferenciar entre una cosa y otra. Pensaba, en las noches de mayor tristeza, que debería vivir alguna experiencia con alguna mujer (si accediera, a lo mejor ya no encontraba aquella mujer razón para intentarlo de veras, y la duda...), que así su renuncia a ellas serviría de más, que no aquel desconocimiento, y que su entrega a Dios sería absoluta si no tuviera tanta, pero tanta, curiosidad por cómo es un cuerpo de mujer desnudo. Y sabía que el hermano Eduardo guardaba en algún sitio revistas pornográficas, que no se atrevía y se ruborizaba sólo con imaginarse que los chicos lo vieran.

Con todo —sus dudas, sus perversiones secretas—, era el preferido de los alumnos, o quizá por todo lo anterior, y el padre Damián estaba contento de ser quien recibiera a Elías, porque enseguida había detectado que era uno de esos niños despreciados, con mayor o menor dignidad, por sus madres. Ahí delante, siendo consciente más de la cuenta de que las piernas de Elisa estaban cerquísima de las suyas, no le parecía que pudiera abandonar a su hijo, y sin embargo eso era lo que estaba haciendo. El padre Damián confiaba ciegamente en el criterio de una mujer (excepto en aquella que le había, de algún modo, elegido), y aunque a lo largo de su vida había conocido a muchas (todas madres, todas trayendo a sus hijos a la escuela, a excepción de...), lo desconocía todo de ellas: por eso se las creía, porque no podía olerlas. Y por eso era capaz de escuchar con atención lo que la madre de Elías le estaba contando, el discurso torpe pero feliz que justificaba el porqué de su renuncia a su hijo; si el padre Damián hubiera podido ver, por unos segundos, cómo Elisa bailaba con la vecina, habría sido incapaz de prestar atención en aquel momento.

Candela perdió el interés. Un día se despertó y supo que ya no tenía curiosidad por lo que nadie pudiera contarle. Sabía que no era así, en realidad, pero también sabía que de ese modo se sentía y, ante eso, no había nada que pudiera hacerla cambiar de opinión. Iba a la escuela y todo lo que le contaban le parecía para otros. No entendía nada, como si de pronto el idioma fuera distinto y ya no supiera reconocer nada de aquél nuevo. Era imposible, le parecía algunos días, sentada en el pupitre, rodeada de tantos niños igual que ella pero diferentes, que alguna vez se hubiera sentido a salvo allí, entre mapas, números y letras. Todas las mañanas le parecía que la vida estaba imposible, que no iba a ser capaz, como si el simple hecho de sobrevivir a un día fuera una tarea para valientes. Sentía como si todo le pesara gravemente encima y tuviera que cargar con eso invisible por todos los sitios a los que fuera. En el colegio, por primera vez, no era de las mejores de la clase, y apenas participaba, y se aislaba, y todos los profesores llamaban a sus padres para concertar visitas, advirtiéndoles de que el curso estaba a punto de terminarse y, si Candela seguía así, tendría que repetir un año. Ante aquel, en principio, fracaso escolar, su madre no hacía otra cosa que alarmarse, como si todas sus frustraciones recayeran sobre su hija y ésta se negara, quizá porque lo sabía, a contentarla. Veía en Candela un punto de rebeldía que iba acorde con su personalidad y su actitud, pero no se esperaba que en ningún momento aquella especie de rencor con el que había prácticamente nacido fuera a perjudicarla directamente a ella, que era su madre. Por las noches se acercaba a su cama y, procurando acariciarle la cabeza y comportarse como la madre que le hubiera gustado ser para su hija, le preguntaba si había algo que le preocupaba.

—Es evidente que sí, mamá.

—¿Y no quieres contármelo?

—No voy a saber —decía Candela, dando por finiquitada la conversación más verdadera que habían tenido nunca y que, durante algunas semanas, se repitió hasta convertirse en una más, en una cualquiera, carente de sentido.

Y era verdad. Candela no iba a saber cómo contarle a su madre que se sentía vacía por dentro, que nada le interesaba, que todo le resultaba indiferente. Llegó a pensar que si su padre le dejaba coger el diccionario de la parte más alta de su despacho, se le pasaría todo... pero ni siquiera ya eso la consolaba. Fue precisamente aquella apatía suya la que la condujo irremediablemente a su profesor particular, aquel bibliotecario que la había tenido avergonzada de sí misma durante días.

Julio, por su parte, seguía igual de perdido que su próxima y única discípula, pero para su desgracia él era una persona adulta y se esperaba que actuara como tal: no podía dejar de ir a la escuela a hacer su trabajo, ni mantenerse al margen de sus responsabilidades. Candela, sin embargo, sí podía hacerlo, quizá porque nadie esperaba demasiado de ella, quizá porque, en el fondo, aunque nadie lo creyera y ni siquiera ella pudiera hacerlo, seguía siendo una niña.

El día que Julio apareció en su casa, Candela pensó que algo malo iba a ocurrirle. Algo relacionado con los ojos azules del bibliotecario, algo de la guerra, algo de todo el sufrimiento del mundo. Llegó a su habitación y se encontró a Julio con el diccionario de su padre en las manos, mirando su habitación, las cosas que ella misma había colgado en su pared. Al lado estaba su madre, recitándole qué significaba cada cosa (como si pudiera saberlo, pensaba Candela desde la puerta). Cuando se dieron cuenta de su presencia, se ruborizaron como si estuvieran haciendo algo secreto y dudosamente correcto. Julio levantó el diccionario para saludarla, que tenía la otra mano libre, como quien levanta una bandera blanca de rendición.

—Hemos pensado —empezó su madre— que te vendrían bien unas clases particulares. Entiéndeme, no porque tú no seas capaz, que ya sabemos que sí, sino para que te concentres un poco. Hemos pensado que te irían bien, y entonces Julio, éste es Julio —hola, dice él—, vino recomendado por el colegio, porque justo también buscaba un trabajo extra, en fin, habíamos pensado que...

—¿Quiénes lo habéis pensado? —dijo Candela, cortante, y Julio entendió que su presencia en aquella familia no sería la de un simple maestro particular, sino que tendría algún tipo de responsabilidad para con la niña (¿es una niña o una muchacha, o casi una mujer?).

—Candela, hija... Tu padre y yo, quiénes si no.

Se acercó a Julio, que contenía la respiración, y le dio la mano. Se sintió avergonzada de tener todavía muñecos sobre la cama, y echó un vistazo rápido a la habitación como si fuera una extraña, para hacerse una idea de lo que Julio podría pensar de ella habiendo visto su cuarto. Odió profundamente a su madre por haber tenido aquel gesto con el bibliotecario, pero su madre no podía saber eso de las sábanas y el rubor, eso de las piernas, la voz de Julio detrás del mostrador de la biblioteca, tan grave y tan impresionable como era Candela. Todavía no se podía creer cómo había sido capaz de arrimarse a él y darle la mano.

—Le he dicho a tus padres que no es malo que tengas el diccionario cerca para cuando necesites usarlo.

Y aquélla era la manera de Julio de acercarse a la niña (muchacha, jovencita, casi mujer).

Candela quiso decir: está bien. Pero fue incapaz. Así que se marchó al salón, se sentó delante del televisor y tuvo todo el miedo del mundo. ¿Qué significaría que el bibliotecario fuera su profesor particular? ¿Qué era lo que tenían que hacer juntos, y por qué? ¿Qué había pasado consigo misma para que llegaran a aquel extremo? Mientras, la madre de Candela se venía disculpando en nombre de su hija por aquel recibimiento, y empezó a sugerir que, si ninguno de los dos tenía inconveniente, podrían empezar aquella misma tarde.

Sentados ambos frente al escritorio que había en la habitación de Candela, la niña se

iba guardando estupideces infantiles en los bolsillos a medida que las iba viendo. Mientras, Julio intentaba ponerse al día de qué estaba dando en la escuela. Pensó que no debería sentirse tan ridícula, que él mismo tenía todavía algunos muñecos en su casa, pero no se lo dijo porque creyó que la violentaría (Candela ya se sentía violenta en aquella situación). La madre interrumpió en más de una ocasión: para ofrecer merienda, un vaso de agua, ¿todo va bien, chicos?, antes de irte pasa a despedirte, Julio. Él, que podía ser el más amable del mundo si así lo quería —y así lo quería—, se sentía perfectamente. Tenía un empleo fijo como bibliotecario en la escuela y ahora, además, iba a dar clases particulares a una niña (¿chica?); en unos meses tendría ahorros suficientes para irse de casa, o así lo creía él, y pensaba que las cosas no podrían irle mejor. En cuanto volvía a casa, el mundo de nuevo, el mundo todo se le caía encima, pero mientras, allí, rechazando con mucha cordialidad un vaso de agua y la merienda, creía que las cosas, por fin, empezaban a dirigirse hacia una especie de libertad que, finalmente, tampoco le iba a servir de tanto como él sospechaba en un principio.

Candela estaba demasiado ocupada consigo misma, con la imagen que debía mostrarle a Julio sobre la Candela que desearía ser, para darse cuenta de que su profesor particular a veces se quedaba mirando por la ventana que tenían delante y se perdía en su propio mundo. De modo que las interrupciones de la madre eran necesarias, los sacudía, los devolvía al ahora, los despertaba y sacaba de un tirón de sus propias vidas paralelas, ajenas a la que compartían en aquella habitación de, digamos, una jovencita muy especial.

—Lo que de verdad creo, Luisa, si me lo permite, si no le parece una osadía que yo opine sobre lo que no debería opinar (venga ya, mujer, tenemos confianza, ¿no?, y además yo la considero una amiga..., dígame), es que su marido no la necesita en absoluto. No, al menos, más de lo que se necesita usted a sí misma.

Luisa quería preguntar a qué se refería exactamente, pero, quizá por primera vez, pura desgracia la suya, lo había entendido a la primera, sin necesidad de que Blanca, la señora Blanca Valente, le contara «con palabras de verdad», como a ella le gustaba decir, lo que quería decirle. Ya lo sabía, que su marido no la necesitaba, y no le importaba en absoluto que así fuera. Ella prefería creer que sí, y así actuaba, en consecuencia con su propia creencia, alimentada, por supuesto, por ella misma, por nadie más que ella. Así había formado, desde lo del chico, toda su vida, todo su mundo: alrededor de él. Y sabía perfectamente, cuando llegaba y lo veía sentado donde siempre, mirando donde siempre, en el hueco de siempre, sabía que podrían vivir el uno sin el otro, y lejos de dañarla, lo que hacía era reconfortarle. Podrían vivir separados, era cierto, pero elegían quedarse. O eso pensaba Luisa: que lo pensaban los dos. Pero lo cierto es que su marido no pensaba en nada de eso (¿afortunadamente?). No se había planteado, ni una sola vez, qué pasaba con Luisa. En él sólo existía una pregunta y retumbaba en su cabeza de una manera obsesiva y bastante enfermiza: por qué. Pero esa pregunta ya nadie podría contestarla, excepto Jaime, su hijo, que no sabía dónde estaba y, si lo encontrara, a lo mejor tampoco querría contestársela, o a lo mejor, en el peor de los casos, tampoco tendría él la respuesta.

Blanca desconocía partes importantes de la historia y memoria del corazón de Luisa, su criada, pero no tenía prisa. La observaba algunas mañanas, cuando se ponía a fumar de aquella manera obscena, y se decía que era una gran mujer, una valiente, y que no sabía qué era lo que había pasado con el chico, pero desde luego ella se había sobrepuesto al asunto y ahí estaba, trabajando por ella y por su marido, dando más viajes de los necesarios a una casa que ya no le pertenecía; y la veía así, tozuda, volver y revolver sobre unas cenizas que ya nada provocaban en ellos. Se preguntaba, mientras Luisa le decía que dejara de mirarla de aquella manera, cómo habría sido siempre, ella, antes de lo del chico, después, incluso cómo sería cuando dejara de ir a su casa, porque estaba convencida de que eso ocurriría, y se decía que no tenía prisa, y que ella se sentía sola sin Luisa, y que la casa era tan grande. Pero el discurso se lo reservaba para cuando tuviera oportunidad, para cuando fuera el momento: y sabía que, cuando eso ocurriera, ella lo notaría. Por lo pronto, se contentaba con que Luisa se quedara a comer algunos días, algunas veces se quedara a cenar y pareciera tonta pero no lo fuera. Algunas noches le leía poemas que Luisa parecía no atender, pero Blanca sabía perfectamente que, algunas veces, si ella se despistaba, si se quedaba sola en casa, acudía a su despacho y leía ella misma algunos de los libros que tenía

por allí, en desorden. Muchas veces hacía el ejercicio de coger uno de aquellos poemarios, tan amados, y leerlos como si no entendiera nada, como si fuera ajena a los versos, y así intentaba ser Luisa, o cualquier persona como ella, y se decía que, aun así, cuánta belleza. Después, cuando Luisa ponía cara de no entender nada al leérselos ella, se desesperanzaba un poco, pero sabía que todo era un burdo disimulo de la criada.

—Usted sabe que yo vivo sola, ¿cierto?

Cuando Blanca le hacía esas preguntas a Luisa, la criada se quedaba sin saber qué responder. Decía: no me embauque, señora. Y se reía un poco, porque estaba nerviosa y en realidad querría llorar, pero le daba vergüenza, tanto como quería a su señora, llorar delante de ella, o precisamente porque la quería y la respetaba le parecía que no tenía perdón ponerse sentimental y cursi. Pero cuando le hacía aquellas preguntas que escondían cientos detrás, Luisa la miraba y temblaba como un cachorro, y se preguntaba cómo una mujer como Blanca podría prestarle tanta atención a alguien como ella, y por qué se tomaba tantas molestias con ella, y qué quería decir que si sabía que vivía sola, por supuesto que lo sabía, cómo no iba a saber semejante cosa. Pero en la mente de la señora Valente ya rondaba la idea de que, si así lo deseaba, o sólo algunos días, cuando quisiera, en fin, podía quedarse a dormir también, en vez de dar tantos viajes. Una vez le había propuesto que se sacara el carné de coche y que ella misma le prestaría el suyo para que hiciera todos los viajes cómodamente, pero Luisa se había alarmado: primero por la idea (descabellada, cuanto menos) y después porque no tenía el suficiente dinero para sacarse el carné de coche (lo tenía, por supuesto, pero no quería emplearlo en una cosa tan tonta, bajo su punto de vista; no sabía en qué quería emplearlo, pero desde luego no en todo ese tema horrible del coche). Cuando Luisa preguntó qué pensaría la gente de ella si la vieran por ahí con un coche y, además, con uno que no fuera suyo, la respuesta de Blanca fue tajante y con un rencor inédito:

—Que es usted una mujer inteligente.

Quizá era verdad que pensarían eso, que era una mujer inteligente, pero también cabía la posibilidad, y era más acertada, de que pensarán que era una fresca, o cualquier otra cosa terrible; y sobre todo, qué pensaría su marido de ella si la viera estudiando en los libros todo ese tema del coche. Él hacía mucho tiempo que había decidido vender el coche que tenían, el que se habían comprado cuando eran más jóvenes, porque decía que ya no lo necesitaba, que a todos los sitios iba andando, y que si algún día tenía que coger un coche, ya pediría el favor a algún amigo o cogería un autobús o un tren o lo que hiciera falta. Luisa pensó que le iría muy bien que la llevara y trajera todos los días, pero pensó que así él se sentiría mejor, que si se iba desprendiendo de las cosas del chico, aunque el coche no fuera excepcionalmente una cosa que hubiera disfrutado demasiado Jaime, se sentiría más aliviado y, en fin, más

feliz. Así que se sacrificó (y en su sacrificio encontraba ella el mejor amor que podría ofrecerle) y ahora sentía que cometería una especie de adulterio emocional si se sacaba el carné de coche. Todas esas cosas no se las contaba a Blanca, porque pensaba que no se la tomaría en serio, o que, si es que ella lo pensaba, dejaría de tenerla por una mujer inteligente. Cuando Luisa le recitaba de carrerilla todos los comentarios posibles que podrían hacer sus vecinas o las mujeres del barrio, Blanca se alarmaba y decía que vivían en mundos diferentes, y que eso explicaría algunas cosas (aunque dichas cosas no las nombrara, dejando en fuera de juego a la criada, que la miraba suplicante y aliviada).

—Usted es que no conoce a la gente, señora. A la gente de verdad —decía Luisa, contenta de poder mostrarle algo a Blanca que ella desconociera.

—Afortunadamente, querida.

Eran dos mujeres muy diferentes y, sin embargo, se entendían. Los hijos de Blanca, cuando iban algunos domingos a ver a su madre, se preguntaban lo mismo que la criada: cómo una mujer como ella se tomaba tantas molestias con Luisa. Ella, por supuesto, trataba a los chicos como si fueran familiares suyos, y no les faltaba de nada, los perseguía casi por la casa para preguntarles si estaban bien, si necesitaban algo. Pero nunca nadie, allí, necesitaba nada, excepto Blanca, que de vez en cuando decía que tenía hambre, que comieran un poco antes, o que cerrara las ventanas porque en el despacho se le estaban volando todas las hojas. Luisa había estado en otras casas sirviendo, y desde luego sus señoras habían sido mucho más exigentes, mucho más déspotas. Por las noches se sentía estúpida por atender a aquellas familias desagradecidas y maleducadas, pero en casa de Blanca se sentía de igual manera estúpida, porque sabía que allí nadie la necesitaba del todo. O que la parte que necesitaban de ella, y vete tú a saber por qué, no era capaz de ofrecerla; porque Blanca sí parecía que la necesitara, pero la señora era, la mayoría de veces, confusa. No se entendía nunca del todo cuáles eran sus intenciones, sus necesidades, qué buscaba en ella. Y se decía que las mujeres cultas eran todas así, porque alguna vez, en alguna película que había ido a ver con Rosario en el cine del pueblo, en verano, cuando —después del chico, siempre después de lo del chico— iban de vacaciones, las mujeres que representaban a ese estilo de Blanca Valente, eran así, eran que no se las entendía del todo, y se movían diferente, y fumaban, y se ponían unos pantalones la mar de masculinos, y siempre se rodeaban de hombres y hablaban incluso más en clave que ellos. Rosario decía que la mujer culta tiene que aparentar que es culta, tiene que dejarlo ver, porque, si no, no se la diferencia de la otra mujer. Decía: imagínatelas, que fueran bien vestidas, pero bien vestidas me refiero como puedes ir tú un domingo, con los labios pintados, con pendientes de perlas, con algún collar bonito, y que pasaran por los escaparates y se pararan a mirar cuáles son las novedades, imagínate que van a comprar con un cesto y les suenan los mocos a sus

hijos con un pañuelo viejo o con la mano misma... Entonces, ¿qué diferencia habría?, aunque fueran cultas, nadie lo sabría, y las tratarían igual.

—¿Igual que a quiénes?

—Pues igual que al resto de mujeres —decía Rosario, intentando no contestar honestamente: igual que a ti.

Pero Luisa no era tonta, por más que lo pareciera muchas veces, y sabía que ella no era una mujer culta, y que ella pasaba por los escaparates y lloraba porque no se podía comprar el último collar que se había puesto de moda, sabía que nadie la tomaba en serio. No le importaba. Entonces no sabía que, con los años, acabaría fijándose en ella, por alguna razón que desconocía, una mujer de ésas, de las que sí eran cultas y además tenían que demostrarlo para diferenciarse.

Trabajando en la biblioteca y dándole clases particulares a Candela, Julio había decidido alquilar un pequeño despacho para dar allí las clases y también para tener algún lugar propio, un refugio al que volver siempre que se tiene un poco de miedo, o de pereza, o de ganas de no estar muerto. No le había dicho a su madre que pensaba hacerlo, ni tampoco que finalmente lo había hecho. Sentía que eso le daba un poder sobre sí mismo que le resultaba irresistible, así que le pidió a Candela y a su madre que por favor no le contaran a la mujer que le había puesto en contacto con ellas lo del nuevo despacho, porque su madre estaba en contra de ese tipo de cosas.

—¿Qué tipo de cosas? —preguntó la madre de Candela.

Y en realidad el tipo de cosas que no le gustaban a la madre de Julio eran el tipo de cosas que tiene la libertad. No le gustaba la idea de que su hijo durmiera alguna noche fuera de casa, a pesar de que entendía que, con cierta edad, y Julio ya tenía cierta edad, era lo normal. Tampoco le gustaba pensar que algún día se marcharía de casa, y alquilar un despacho, por pequeño que fuera, por temporal, sólo para algunos ratos, venía a ser como una pequeña huida, un ensayo de lo que acabaría pasando. Candela estaba emocionada con la idea de dar las clases en otro sitio que no fuera su casa, y que su madre no interrumpiera los momentos más interesantes con una merienda o con alguna intervención estúpida y tan de su madre; la madre confiaba plenamente en Julio, y no de forma arbitraria, sino que el bibliotecario se había ganado aquella especie de amistad con la mujer. Había notado los cambios en Candela, que ya no era tan rebelde, que no era tan maleducada, que estaba más *formalita*. Y seguro que Julio sabía qué era lo mejor para su hija, para la niña, como a ella le gustaba llamarla, y si iban a estar más concentrados en aquel despacho, adelante.

En cuanto Julio tuvo las llaves, fue a casa de Candela para enseñárselo. Por un momento parecían un par de enamorados a los que les habían dado las llaves de su primera casa. Iban por la calle excitados, Julio contándole cómo era, cómo pensaba decorarlo, qué pondría en las paredes. Le había dado a Candela una de las llaves, por si alguna vez a él se le olvidaban; por si se le perdían, que alguien de confianza tuviera otro juego. Y, al fin y al cabo, ella y su madre eran las únicas que podían tener ese privilegio. Candela se sintió feliz de que, de las dos, fuera ella finalmente la que tuviera las llaves, la que guardara mejor el secreto.

—Puedes venir cuando quieras —dijo Julio—. Lo único, cuando subas, toca la puerta; si no te contesto, entra sin problemas. Si estoy, yo mismo te abriré la puerta.

Aquella era la primera complicidad que tenían, el mismo secreto, un lugar al que volver siempre que se tiene un poco de miedo, o de pereza, o de ganas de no estar muertos.

El despacho era pequeño: un escritorio, una lámpara de pie, un pequeño sofá, un cuarto de baño diminuto, unas cortinas moradas casi transparentes, un cuadro

imitación de Van Gogh en la pared. Es precioso, es precioso, es precioso, repetía Candela. Y se imaginaba allí, todo en silencio, lejos de su madre, los dos solos..., y en su pensamiento, a pesar de las primeras veces que vio a Julio y le tuvo miedo y también le tuvo deseo, ahora ya era como un amigo, o casi, y en su mente ya no había ninguna connotación sexual si se imaginaba a solas con él... o casi. Aquel día no tenían clase, y cuando estuvieron allí, en el despacho nuevo, se quedaron por primera vez uno frente a otro, sin más preámbulos que ése, estar uno frente a otro, y verse un poco, y también espiarse los movimientos. Julio le sugirió a Candela ir a alguna tienda de viejo a comprar una estantería para poner los libros. De esa manera, todos los que comprara a partir de ahora no pasarían por la supervisión de su madre, sino que los traería directamente ahí, a su refugio; y si Candela quería comprar algún libro que sus padres no consideraran apropiado, también podría traerlo allí. Si quería, podía tener una estantería que fuera solamente suya.

—¿Cuánto vale un diccionario? —preguntó la niña.

Julio pensó que, si fuera un poco mayor, no le costaría nada amarla. Y el pensamiento lo estremeció, porque no había pensado nunca en ninguna mujer de ese modo. Seguramente era la primera chica con la que se encontraba de verdad, con la que compartía algo más que una vieja amistad de su madre con la madre de la chica, o una relación puramente cordial. Candela era la primera que tenía tanto miedo como él, y Julio podía verlo. Los lazos, sin embargo, se desestrechaban con facilidad, porque la alegría que le aportaba tener aquel despacho estaba por encima de muchas cosas, incluso de sentirse sólo un hombre.

Se fueron a una tienda de segunda mano y compraron una estantería con cinco baldas bien anchas. Se sentían extrañamente unidos, riendo y comportándose como dos adolescentes (ella lo era de veras) que encuentran por primera vez el amor, o lo que ellos creen que está cerca del amor. Iban por la calle con la estantería, llevándola entre los dos, y caminaban emocionados con todo aquel asunto de tener un despacho propio. Se encontraron con la madre de Julio, que venía de la pescadería y no había encontrado nada fresco, porque ya estaba bien que en un barrio como el suyo no hubiera nada para comprar de calidad, pero mejor dejar de hablar, dónde iban ellos, y qué era esa estantería tan vieja, o a lo mejor era de Candela, pero que se lo cuenten. Julio estaba aterrado. Ella, Candela, dijo que la madre le había pedido a Julio que la ayudara a tirar la vieja estantería de su padre, que tenían pensado comprar otra y hasta que el padre no se viera sin la estantería, no se animaría a comprarla (de pronto, Candela hablaba como una mujer antigua y vieja, acorde con la madre de Julio), así que habían decidido ir a tirar la estantería sin avisar al padre, para que de una vez por todas se diera cuenta de que era necesario comprar una nueva, una en condiciones.

—Y tiene razón tu madre. No quería yo decir nada, porque me parecía un atrevimiento, pero fíjate por este lado, qué mal está..., y después que muy bonita no es. Anda, anda, tirad la estantería, y después a descansar, que mira qué cara me traes, hijo, toda roja y sudada. Quien os vea, qué pensará, con esta escenita.

Le dio un beso en la punta de la nariz mientras Julio cerraba los ojos asustado, como si estuviera dispuesto a recibir una buena bofetada (y en el fondo, no había tanta diferencia). Anduvieron un buen rato sin decir nada, los dos callados, hasta que Candela le pidió perdón por haberse comportado así. Julio estaba silencioso, sabiendo que, sin aquella fuerza que le nació a Candela de la boca, ahora mismo, el único motivo por el que se sentía plenamente feliz, sería un castillo de arena más, soplado con fuerza por la mediocridad de su madre. No dijo nada, absolutamente nada, ni siquiera gracias, y siguió andando con la estantería a cuestas, oyendo cómo sonaban las llaves del despacho en su bolsillo trasero.

Cuando llegaron al despacho, dejaron la estantería en el único espacio libre que había y se limitaron a observarla. No tenían nada que poner, sólo podían estarse así, quietos, mirando los estantes, imaginando que pronto empezaría a llenarse. Julio sacó de la mochila que llevaba un libro y lo dejó allí. Era un libro de Blanca Valente, una antología de poemas que ella misma había prologado. La cubierta era negra, el título color ocre, y tenía unos rectángulos granates, del mismo color que la imagen abstracta que había en el centro de la portada. Dejó el libro y Candela se acercó un poco para hojearlo. Sintió una especie de vértigo ante tanta novedad, pensó en sus padres, que no le dejarían probablemente estar tan cerca de un libro que ellos mismos no hubieran supervisado. Julio lo dejó en la estantería pero no quitaba la mano de él. Desde que se había encontrado a su madre se sentía estúpido. No entendía por qué tenía que mentirle, por qué su madre, siendo como era, le obligaba a comportarse así, a no ser él, a ocultarle algo tan sencillo como que había alquilado un despacho para trabajar tranquilo. Sabía que si su madre no fuera su madre, tampoco él sería él, muy probablemente no tendría necesidad de alquilar un despacho, ni a escondidas ni anunciándolo, porque quizá ya viviría solo, o a lo mejor estaría en su casa y no se ahogaría. Y miraba a Candela, que también se sentía en cierto modo prisionera de los lazos familiares, y sabía que era mucho más valiente que él. Quería pensar que todo era fruto de su juventud, de su inocencia, o tal vez de su temprana rebeldía y su atrevimiento casi infantil. Pero sabía que no tenía nada que ver, que él mismo años atrás no tenía esa actitud, que siempre había sido cobarde, que se había dejado arrastrar. Y ahora estaba ahí, con el único libro que no había leído de todos los que tenía, que se estaba reservando para empezarlo ahí, en el despacho, sintiéndose la persona más desafortunada del mundo, queriendo volver a empezar, sin saber cuándo fue que todo se torció.

Candela se fue para casa y lo dejó allí solo. Sabía que Julio por las noches no iría al despacho, porque no se atrevía a inventarse una buena mentira para su madre, y sabía que tenía las llaves, y sabía que aquel libro tenía que leerlo, y sabía que en aquel

despacho siempre se iba a sentir a salvo. *Aunque pese la noche*. Se repetía aquellas cuatro palabras una y otra vez, una y otra vez. Desde el momento en que Julio le había puesto un juego de llaves en las manos, había decidido que se escaparía alguna noche para quedarse allí. Sabiendo que aquel libro de Blanca Valente reposaba en la estantería nueva, era casi una provocación lo que sentía. Estaba tan excitada pensando en su propia aventura, imaginando que por fin podría leer un libro de verdad, fuera como fuese, sin que sus padres arrancaran algunas hojas obscenas, que cuando llegó a casa ni siquiera puso resistencia a algunas caricias torpes de su madre, a los halagos de su padre por las buenas notas que estaba sacando últimamente. Julio está haciendo maravillas con esta niña, decía la madre. Y el padre sufría, porque era verdad, y se sentía inútil porque él mismo no había sido capaz de encontrar la verdadera esencia de su hija y un desconocido se había adueñado de todos sus méritos, de todos sus trofeos.

Por la noche, claro, Candela se escapa, se escurre sábanas abajo, está ya vestida, se pone los zapatos, sale sin hacer ruido, coge las llaves de la casita estúpida de madera donde están las de su padre y de su madre, bajas las escaleras, las cuenta, hay ochenta y ocho, sale a la calle y se pone a correr como si alguien la persiguiera, y en realidad tiene miedo, o a lo mejor sólo son ganas, nervios, pero se parece mucho al miedo, lo piensa, eso, y se da cuenta de que en realidad pocas veces ha sentido miedo, y que a lo mejor lo que siente es otra cosa, pero se parece, al menos, a lo que ella cree que se siente con el miedo, corre, corre, corre más deprisa, y llega a la calle del despacho y por un momento se imagina que arriba está Julio, y se imagina que si está, va a abrazarse a él, porque, sí, definitivamente, siente miedo, y casi ganas de llorar, eso sí, tiene muchas ganas de llorar y apenas es capaz de atinar con las llaves, sube las escaleras deprisa, hay ascensor, pero siente claustrofobia, sube las escaleras y hay cuarenta y siete, sube, sube, sube, llega a la puerta, toca, no hay nadie, no podrá abrazar a Julio, abrazar a Julio también le da miedo y además no sabe por qué se le ha ocurrido eso de abrazarle, de pronto querría estar en su casa y no haber salido aquella noche, no sabe por qué siempre tiene que desobedecer y comportarse de esa manera que avergüenza a su madre, pero también su madre le provoca vergüenza, y todo es tan complicado de entender, entra al despacho y enciende la luz, coge el libro y se sienta en la taza del váter. Lee. Ya no tiene miedo.

Se llama Luisa, la sirvienta de Blanca Valente, y Elías lo sabe porque de vez en cuando ella misma reproduce conversaciones que tuvo con la casi difunta señora y se refiere a sí como si fuera otra, como si la tal Luisa, incluso como si la tal Blanca Valente, no fueran ellas. Elías está sentado en el despacho de una poeta y tiene un vaso de agua en la mano. No puede dejar de pensar en el padre Damián (¿pero qué cara puso?, ¿y por qué?), y tampoco, de eso hace tiempo que se viene dando cuenta, tampoco puede dejar de pensar en su madre. Se pregunta qué estaría haciendo en ese momento, en vez de intentar velar a una mujer que no quiere ser velada, si el padre Damián no estuviera enfermo (pero decía Antón que no es que estuviera enfermo, aunque eso fue lo que dijo, sino que estaba... *diferente*) y hubiera decidido que es él quien debe darle la extremaunción a una moribunda poeta, si no hubiera ido al colegio interno, si se hubiera quedado en casa con sus padres. Si su madre no le hubiera echado de su vida. Mientras Luisa se pone a ordenar un poco el despacho y le dice que se tome su tiempo y que por lo visto Blanca no tiene la menor intención de abrir la puerta enseguida, y que si no tiene prisa se puede quedar en la casa hasta que pueda *hacer lo que ha venido a hacer*, Elías está pensando en las cosas importantes que le han llevado hasta ese momento. No sabe si sería mejor la otra vida que jamás ha vivido, no sabe si le habría valido la pena. Y además, lo piensa con amargura, tiene la casi certeza de que está donde debería estar, o por lo menos en un sitio donde es aceptado y, aunque de forma rara y no como él esperaba que sería el amor, querido, muy querido. Antón le quiere, por ejemplo (piensa y es lo más cerca que ha estado de él en mucho tiempo, desde que se conocen). Ahora Antón, ahí sentado, ahí solo Elías, no le parece tan repetitivo y pesado. Sólo le da un poco de lástima, sólo se siente desamparado, como él, y ésa es su manera de gestionar su soledad: buscando, buscando, buscando. Pero Elías, oh, Dios, qué podría hacer para no morirse todos los días un poco, para no ser así como es, para aceptar la vida y quedarse ¡sólo algunas veces! sin tanto dolor. Sólo quiere estar un poco en paz, quedarse conforme con algunas cosas que le han tocado y moverse por el mundo con una cierta habilidad. Una y otra vez cae en la única conversación que recuerda haber tenido con su madre. Tuvo más, pero no las tiene en la memoria. Como si la importancia de aquella eliminara por completo cualquier otro discurso que tuviera su madre hacia él. Queda anulada cualquier imagen que pueda tener de su madre, que pudiera haber tenido con anterioridad, porque lo que prevalece a fin de cuentas era aquello: que estaba abandonado, que su madre renunciaba a él.

Elías y su madre vivían solos. El padre era comerciante y apenas estaba en casa. Hasta aquel momento todo iba bien (todo iba mal, pero era tal como Elías imaginaba que debía de ser que las cosas fueran bien, dado que ahora lo añora). Nunca echó de menos una figura paterna en su vida, porque nunca la había tenido y al fin y al cabo sólo se puede echar en falta lo que alguna vez se ha tenido. Él nunca había tenido

padre, nunca había querido tenerlo. Sabía que lo comúnmente establecido era que hubiera un padre, que lo llevara al río, que le diera palmadas en la espalda y le dijera lo mucho que había crecido, que le hablara a su vez de su padre y que hablara con nostalgia de cuando tenía su misma edad. Lo sabía porque había visto otros padres, sabía cómo eran los demás padres. No. Sinceramente, no lo echaba de menos. También su madre hacía ese ejercicio con él, y con mucha más ternura, con mucha más delicadeza y paciencia. Elías sentía un amor por su madre que no podía ser comparado con nada más. También su madre lo amaba de una manera incondicional, casi a la desesperada. Estaban solos, era cierto, pero les bastaba para seguir.

Pero el padre de Elías era mucho mayor que su madre y enseguida (a juzgar por la poca edad del muchacho) tendría ahorrado lo suficiente para quedarse en casa y dejar su vida de comerciante. Se trasladaron a la ciudad, donde vivieron sus abuelos, ya muertos, y se instalaron en la casa de los padres de su padre. Con lo que tenían había suficiente. Todo apuntaba a que la vida empezaba en aquel mismo momento y no antes, que el tiempo que habían pasado Elías y su madre solos en el campo había valido la pena si ahora les esperaba lo que les estaba esperando. En cierto modo, era así. Su madre decidió tirar adelante, años atrás, con el embarazo porque soñaba con que algún día la vida le brindaría esa oportunidad que, tenía entendido, siempre se tiene. Por fin, después de haber estado tan sola, tenía una familia: vivía en la ciudad, tenía a su marido consigo, tenía a su hijo a su lado. Aun así, eran unos desconocidos. El padre era un desconocido para todos. Tanto tiempo en soledad lo había convertido en un ser huraño y algo arisco. Pronto se dio cuenta Elías de que aunque la figura de los padres se parecía mucho entre ellos, a él le había tocado una que no se ajustaba con naturalidad a las palmaditas en la espalda y a decir cuantísimo había crecido de unos meses a esta parte. Nunca su padre le dirigió la palabra directamente. Utilizaba a la madre, que parecía que no le resultaba tan ajena y extraña, para dirigirse a él. Elías se preguntaba si no lo haría a propósito, si no sería aquélla una broma macabra. No lo era. El padre de Elías no sabía cómo era ser su padre, y así actuaba. Las conversaciones siempre tenían como hilo a la madre, y ésta, aunque en un principio no se sentía amenazada por una vida que estaba a punto de morderla, acabó por sentirse agotada. Finalmente, nadie iba a darle esa oportunidad que, sin duda, ella creía merecer.

En una sobremesa en la que parecía más bien que nadie se atrevía a levantarse por miedo, la madre de Elías le dio la noticia: hemos pensado, dijo. Pero no sabía muy bien a qué se refería, si a que el padre lo había pensado y ella lo había aceptado, si ella lo había pensado y él estaba de acuerdo, si él no tenía nada que ver, si de veras los dos lo habían pensado.

—Hemos pensado que lo mejor para tu formación es ingresar en un colegio interno, para que no te distraigas, para que aprendas bien todo. Hemos consultado algunos colegios de aquí y, por contactos de papá (quedaba tan postiza, aquella expresión), nos han aceptado en uno de los mejores de la ciudad. Es católico, como

nosotros (lo decía y parecía que en ese preciso instante se estaba convenciendo), y allí sabrán bien cómo educarte (como si ella no pudiera, como si todo lo que hubiera estado haciendo hasta el momento, allí, en el campo, no hubiera valido para nada, como si acabara de nacer, él —y en cierto modo—).

—¿Quién lo ha pensado? —preguntó Elías, secamente.

—Lo hemos pensado nosotros —dijo la madre, mirándolo.

—¿Pero quién primero? —insistía. No se podía creer que aquella idea se le hubiera ocurrido a su madre. Necesitaba escuchar que él lo había sugerido y a ella le había parecido buena idea. Algo así.

—Nosotros, cariño —lo miraba a él, miraba al padre.

—Has sido tú —y por primera vez, Elías no utilizaba a su madre para dirigirse a su padre. Hasta el momento no había tenido necesidad, pero entonces sí. Has sido tú —dijo—, y le quemaba la lengua dentro de la boca.

Se levantó de la mesa para irse a su habitación, y cuando se giró se dio cuenta de que aquella casa le parecía un fastidio, con tanto pasillo, con tanta habitación vacía. Dio unos cuantos pasos para irse, pero volvió a la mesa. Los miró a los dos, la lengua le ardía, la boca entera. Quería hablar, pero no sabía qué decir. Escupió en el suelo. Sí, escupió en el suelo varias veces. Nunca había escupido, no lo hacía muy bien, la saliva le salió como un chorro, sin control, y después le costó un poco que no se le quedara baba colgando. Se sentía estúpido, pero no supo qué otra cosa podía hacer. Escupió cuatro veces seguidas. Después le entró un poco de tos, de provocarse la salivación y dejarse la garganta un poco reseca. Se marchó y, antes de salir del todo del salón, dijo él, *papá*:

—Ya te lo he dicho.

Se refería justo a eso, a que necesitaba una buena educación, que no dudaba de que en el campo ella lo había hecho lo mejor posible, que incluso el colegio modesto al que iba, el único que había en el pueblo, resultaría encantador, pero encantador no significaba bueno, y que Elías, con los años, cuando se relacionara con gente de ciudad, agradecería aquella formación que ellos, como buenos padres, le iban a ofrecer.

—Pero él..., él nunca —la madre hablaba como con hipo—, en fin, él nunca había hecho nada parecido, allí...

Allí y aquí se habían convertido en palabras muy usadas en aquella casa. Desde que había llegado el padre de Elías, constantemente se hacían referencias a la vida que llevaban ellos dos solos, siempre para compararla (y quedar por debajo) con la actual, los tres. La primera vez que el padre habló del nuevo colegio, dijo, acercándose a ella obscenamente, acercando sus cuerpos hasta quedar muy juntos: también así tendremos más tiempo para nosotros. Lo que la horrorizó no fue el gesto, la sensualidad de los cuerpos, el egoísmo, lo que la horrorizó fue que, durante unos segundos, pocos, pero segundos, suyos, que le pertenecían, durante unos instantes la idea le pareció maravillosa: más tiempo para estar juntos.

Era tan injusto, todo aquel asunto, pensaba la madre. Y sin embargo también era injusto haber pasado tanto tiempo sola, bailando sin música en el salón con la vecina, cambiando comida que necesitaba por no poder ir al cine. En fin, todo aquello, lo de antes, era también tan injusto. Nadie la había tenido en cuenta, nadie se había preocupado mucho por ella, excepto Elías, pero Elías era sólo un niño y de qué manera puede ocuparse un hijo de su madre sino a través de ella, del amor que se tienen, y al final eso, qué, eso no es suficiente, a lo mejor, o a lo mejor sí. Hasta entonces sí, ahora ya no. Y después estaba el marido, como si hubiera venido de la guerra, y ella lo había echado tanto de menos, tantas noches, tantos días. Ahora estaba allí, con ellos. O con ella solamente. La cuestión era que estaba. Y decía, algunas veces en la cama: ahora ya soy tuyo. Y no sabía muy bien a qué se refería, su marido, incluso cuando pensaba eso, *mi marido*, no tenía demasiado claro si eso era cierto, si le pertenecía de veras. No sabía nada. Sabía apenas que aquella oportunidad que esperaba por ella se estaba volviendo extraña y confusa, que, fuera cual fuera la combinación, al final nunca resultaba tres. Y todo aquello de no dirigirse unos a otros de forma natural, directa, y ella en el medio, como un nexo un poco inútil, porque en cierto modo ella unía, pero tampoco creía que hubiera unión. Podría esforzarse, trabajar para que aquella nueva vida funcionara: pero estaba tan cansada. Tanto tiempo luchando aquella soledad... los bailes, las gallinas, las noches durmiendo con Elías porque estaba triste. Todo aquello ya formaba parte del pasado, aunque fuera tan reciente, y quería olvidarlo, quería sólo ser feliz. Estar en la ciudad, salir a hacer algunas compras, llevar a Elías al colegio, volver a casa... que él estuviera. Él, de pronto, su marido.

De nuevo era la madre de Julio quien le conseguía todo cuanto deseaba tener. Hacía algunos meses que llevaba en secreto el pequeño despacho que compartía con Candela, pero, aun así, había una parte de él que nunca, nunca del todo, se independizaba por completo. Había empezado un pequeño estudio (así lo llamaba él: un pequeño estudio) sobre la poesía de Blanca Valente. Desde que había comprado aquel primer libro de poesía, el primero que tuvo la estantería de segunda mano, se había ido interesando cada vez más por ella. Sólo una vez se despistó un poco con respecto a su secreto, y se dejó uno de los libros (que su madre no sabía que leía) encima de la cama. Cuando volvió para cogerlo, ella ya lo tenía en las manos e intentaba recordar algo:

—¿De qué me sonará tantísimo este nombre, Julio? No lo sé, te lo digo de verdad, no consigo dar con ello, pero te juro que me suena Blanca Valente.

—Bueno, mamá —dijo él, tímido—, la verdad, no creo que te suene... es... bueno... quiero decir que es una poeta.

Eso ya lo sabía, la madre de Julio, porque tenía el libro entre las manos y aunque no había leído nada, había visto que eran poesías lo que había dentro. Pero Blanca Valente le sonaba a ella de otra cosa, de otra cosa bien distinta. Ya lo creía que sí, que le sonaba de verdad, y no por sus libros, ni muchísimo menos.

Ya estaba. Lo tenía. Le sonaba porque conocía un poco a Luisa, de algunas veces que se habían cruzado por el mercado, un poco por el barrio, pero tampoco mucho; la cuestión, que el otro día se la encontró llorando en la calle, no muy lejos de su casa, que no le pasaba nada, que se había caído, y era verdad porque tenía toda la compra tirada por el suelo, y ella que no se levantaba, que no recogía nada, y además que le dolía un poco la espalda. En realidad nada, que iba despistada y no había visto el bordillo, y se había tropezado y caído, un dolor de nada en la espalda, pero se había sentido un poco triste y torpe, y por eso lloraba, más que de dolor. La madre de Julio aquel día se sentía también un poco triste y torpe, aunque no se hubiera caído, así que no la había ayudado a levantarse, sino que se había sentado a su lado y le había dicho que podría hacerle compañía un rato, hasta que se fuera a su casa. Que a lo mejor la podría acompañar incluso a su casa, si le dolía mucho la espalda. Y la espalda la verdad es que no mucho, o al menos no tanto como para que la acompañara, pero a lo mejor le iba bien dar ese paseo acompañada. Corto, porque estaba cerca de casa, pero un paseíto. Así se habían puesto a hablar, un poco de todo, y ella sabía, porque se contaba en el barrio, que su hijo se había *escapado*. No se sabía demasiado acerca de eso, pero habían dejado de ver a Jaime, que así se llamaba. La madre de Julio pensaba que a lo mejor se había caído pensando en su hijo, pero no quiso preguntar nada. Hablando, porque si algo hicieron fue hablar, supo que Luisa trabajaba desde hacía algún tiempo para una mujer, que le limpiaba la casa, pero que era más que eso, aunque fuera difícil de explicar. Y la mujer era Blanca Valente. Sí, sin duda, era

Blanca Valente la señora de Luisa, y por eso, no por los poemas, le sonaba tantísimo (y en realidad la había visto alguna vez, en misa, y se había fijado en ella porque no movía la boca, porque no rezaba ni decía *te lo pedimos, señor*; pero entonces no sabía que se trataba de Blanca Valente, ni mucho menos).

—Fíjate qué casualidad.

Y Julio le dijo que había empezado un pequeño estudio sobre la poesía de Blanca Valente, porque le interesaba. Su madre no entendía qué tipo de pequeño estudio se puede hacer acerca de unos poemas, pero pensó que, por primera vez, daba igual no saberlo. Que no se iba a molestar en entenderlo. Le preguntó si quería entrevistarse con Blanca Valente. Que no podía asegurárselo, pero que casi se consideraba amiga, después de lo del otro día, de Luisa, y que a lo mejor no le importaba hacerle el favor. Al fin y al cabo, el otro día finalmente la había acompañado a casa, incluso hasta la puerta de arriba para asegurarse de que llegaba bien, y eso bien se merece un favor. Porque conseguir una entrevista de su señora con un chico que está haciendo un pequeño estudio sobre su obra, ¿qué era? Apenas nada.

Apenas nada, le dijo Julio a Candela. Y ésta lo miraba como si estuviera compartiendo el secreto de la inmortalidad humana. No podía creerse que su madre le pudiera conseguir semejante cosa. Todavía no, de acuerdo, pero era posible.

—Pero no es apenas nada —decía Julio, devolviendo la razón a todo aquel asunto de la entrevista. No confiaba en que pudiera ser, y tampoco quería creer que, de nuevo, su madre se interpusiera (positivamente, y eso era lo más patético) entre él mismo y sus intereses.

Días más tarde, cuando Candela llegó al despacho y tocó la puerta como tenían acordado, Julio no estaba. Sacó la llave y entró. Había una nota:

Mi madre ha conseguido, si no una entrevista, la dirección de Blanca Valente. No he podido esperar y me he ido ahora mismo. Disculpa, hoy no tendremos clase. Si quieres, puedes quedarte.

Julio

Antes de llegar al final de la nota Candela ya tenía decidido que se iba a quedar allí, leyendo. Por supuesto, cogió uno de los libros que había de Blanca Valente y se puso a leer. Eran los segundos poemas que leía sin ayuda de ningún profesor, sin que hubiera colegio de por medio ni ganas de tener un aprobado justito pero correcto. Y no entendía nada. Absolutamente nada. Y se imaginaba a Julio en ese momento conversando con Blanca Valente, hablando de aquellos poemas, ambos, sabiendo, y ella allí, aislada y presa de su propia incompreensión. ¿Cómo podía ser? Que todas

aquellas palabras por separado tuvieran un significado para ella, pero, juntas, lo perdieran y no le vinieran a decir nada. Envidiaba a Julio, allí, con Blanca Valente, hablando de algo que para ella era, todavía, inalcanzable. Íntimamente le echó la culpa a sus padres: si le hubieran dejado leer todo cuanto ella quería, probablemente ya sería capaz de comprender lo que Blanca Valente abandonaba en su poesía.

Pero Julio no estaba con Blanca Valente, sino que su madre le había conseguido la dirección sin avisar a Luisa, sin decirle nada. Le pidió el favor y Luisa se puso colorada, diciéndole que no podía hacer algo así, a pesar de que la ayudara aquel día y la acompañara a casa, que lo sentía mucho, que no podía, que la señora era muy, pero que muy celosa de su intimidad. Si muchas veces ni siquiera podía entrar en el despacho para arreglárselo. Y la madre de Julio había dicho que lo entendía, pero la había seguido hasta anotar la dirección donde Luisa entraba. La siguió más de dos y tres días, por si daba la casualidad de que aquel día visitaba a algún familiar y no era la casa de Blanca Valente, pero siempre (se dio cuenta entonces de lo poco que se permitía Luisa) se dirigía al mismo lugar. Así que cuando llegó Julio y explicó a qué venía, Luisa se sintió entre muy avergonzada y traicionada por una mujer en la que, por unas horas, había cometido el error de confiar.

—Buenas tardes, señora. Supongo que es usted Luisa. Había venido para entrevistarme con Blanca Valente. Verá, estoy haciendo un pequeño estudio, supongo que se lo ha contado mi madre, y...

—Muchacho, nadie le ha dado permiso para venir. Lárguese. Márchese de aquí. Y dígame a su madre que es una entrometida —Luisa no podía entender cómo aquella mujer había sido capaz de mentirle a ella misma y, mucho más lamentable, a su hijo.

Julio ni siquiera dijo adiós. Simplemente enrojeció, como cuando su madre le propuso a Luisa la entrevista con su señora, y se fue a paso ligero. ¿Cómo había sido capaz? Se lo preguntaba también. Y cuando llegó a casa, decidió que no pasaría por el despacho, no fuera que todavía estuviera Candela y tuviera que contar, antes de haberlo asumido él, aquel fracaso, así que se dirigió directamente a la cocina, donde se oía canturrear a su madre. Cuando lo vio aparecer, sonrió, satisfecha.

—¿Y?

Esperaba un beso fuerte, un abrazo, quizá que le diera las gracias. ¿Pero cómo era posible que ella misma no se diera cuenta de que había sido humillante tanto para Luisa como para Julio? ¿Cómo?

En cuanto entendió que había sido frustrante para su hijo, no se disculpó, sino que le exigió que volviera de nuevo a casa de Blanca Valente, ahora que ya conocía la dirección, y que concertara la entrevista que tenía pensada. Que Luisa se lo debía. ¿Pero era verdad que Luisa se lo debía? Julio lo pensaba, intentaba serenarse y saber si verdaderamente él estaba en su pleno derecho de pedir aquella cita con Blanca Valente, si verdaderamente Luisa estaba en deuda con su madre: si les debían una.

Aquella noche Julio no era capaz de dormirse, no podía dejar de pensar en la cara que había puesto Luisa al verle frente a la puerta, y después no podía dejar de

imaginársela tirada en el suelo, con la compra esparcida, y su madre al lado, quizá realmente ayudándola, quizá haciendo algo que no resultara patético para él. Pero después, ¿en qué momento se había creído que podía ser todo tan sencillo, por qué había confiado en su madre una sola vez y le había resultado tan inútil? Antes de irse a la cama a leer (una de sus novelas rosas que regalaban una vez al mes con la revista que compraba todos los martes), su madre pasó por su habitación y le besó en la frente.

—Se lo he contado a tu padre, y él también cree que deberías volver a casa de Blanca Valente y exigir que te concierten una cita. No es nada grave, hayamos conseguido de la manera que sea su dirección. La tarde que acompañé a Luisa a su casa, ¿sabes lo tarde que llegué? Y tu padre estuvo preocupado. Me lo ha dicho hoy. Bien vale este asunto acabar como merecemos todos.

Después se marchó, dejando en Julio un poso de duda. ¿Tenía razón su madre o sólo era una de sus manipulaciones? Candela iba a ser definitiva en todo aquel asunto, porque hacía ya algunas semanas que sólo se la creía a ella. Al día siguiente, cuando se vieron en el despacho, ella estaba un poco ofendida. No sabía bien si porque la había dejado plantada el día anterior o porque no había conseguido entender los poemas que había leído de Blanca Valente. Cuando Julio le contó que no sólo no había visto a la poeta, sino que su madre le había tendido una especie de trampa, la niña creyó que no era momento de comportarse como una adolescente estúpida. Le pasó la mano por el pelo y al momento se sintió incómoda con lo que acababa de hacer.

—A lo mejor no te habría caído bien —dijo.

Se oyó decir eso y al momento pidió perdón, porque no tenía ningún sentido y, sobre todo, no conseguía consolar a Julio. Candela no creía que Julio tuviera derecho a volver a casa de Blanca Valente a exigir una cita, sin embargo, estaba convencida de que sería peor, mucho peor, no intentarlo: su madre estaría acosándolo con todo aquel tema, y acabaría, de todas formas, yendo en busca de Luisa, pero mucho más humillado y cansado. Se ofreció para acompañarlo, si le resultaba más cómodo.

—¿Y las clases? —preguntó Julio.

—De sobra sabes que no las necesito, que sólo estaba un poco vaga. A ti te va bien el dinero, a mí me va bien salir un poco de mi casa. Te juro que me esforzaré con los estudios.

Cuando estuvieron delante de la casa de Blanca Valente, Candela estaba temblando de emoción. ¿Y si no había acompañado a Julio para ayudarle, sino por pura curiosidad? ¿Y si sí necesitaba las clases y ella creía que no? ¿Y si esforzándose no iba a ser suficiente? Cuando asomó Luisa por detrás de la puerta y reconoció a Julio, enrojeció como Candela imaginaba que lo había hecho la primera vez. Julio empezó a suplicar como un niño pequeño, decía cosas muy rápido y ponía las manos como si

estuviera rezando. A Candela le dio vergüenza. Echó a correr. Se marchó, no podía soportar aquel numerito. Quizá porque le pareció que Julio era una persona adulta y aquella escenita, como lo habría llamado la madre de él, le pertenecía a ella. Si ya no podía suplicar, si Julio se comportaba de ese modo, sólo le quedaba correr, correr, correr, correr hasta quedar exhausta.

Cuando Luisa llega a casa, Rosario está siempre del mismo modo: sentado en el sillón, mirando hacia el hueco que queda en la pared por haber quitado la foto que ya no está.

—¿De verdad vas a quitarla? —había preguntado Rosario cuando Luisa, ya con el marco en la mano, le amenazó con tirarla incluso.

Y de verdad iba a quitarla, y de verdad la quitó. Y si no llega a ir Rosario a quitársela de las manos, la habría tirado a la basura. Luisa se puso a llorar, pero no se acercaba su marido a consolarla, y lloraba porque no sentía lástima de que el chico se hubiera marchado, se sentía tan aliviada, sin tener la obligación de quererle, de cuidar de él. Ahora estaba contenta, volvía a casa, después de trabajar para la señora Valente, y cuidaba de Rosario, que buena falta le hacía. Pero Rosario siempre estaba así, mirando la foto, y cuando dejó de estar la foto, mirando el hueco. No había un lugar, ahí, para ella. Algunas noches, después de cenar, Rosario decía:

—¿Por qué crees tú que se marchó?

Y Luisa sentía que en realidad le preguntaba si era consciente de que ella era la culpable de que el hijo que compartían se hubiera *escapado* de casa. Y también se daba cuenta entonces, al escucharle la voz, de que era lo primero que le decía en todo el día. A lo mejor incluso en más de un día. Luisa no contestaba, hacía como si aquella pregunta no fuera con ella, y Rosario se hacía pequeño en el sillón y no volvía a decir nada en horas. Él de veras se hacía esa pregunta. Realmente no creía que sólo Luisa fuera la causante de la huida de Jaime, pero como ella nunca contestaba, no había tenido ocasión de decírselo. Estaba convencido de que había algo más, y que ese algo más le pertenecía. De algún modo, necesitaba que en aquella escapada también hubiera un poco de él, algo detestable, para hacerlo más llevadero. Para cualquier otra persona sería mucho más sencillo culpar a Luisa (y, de hecho, no sería descabellado), pero él necesitaba sentirse vinculado a Jaime incluso en eso, en la huida. Si no tenía nada que ver, ¿qué clase de padre era? ¿Quién era, que no había conseguido que su hijo contara con él para huir pero tampoco tenía nada que ver con el hecho de que lo hubiera hecho solo? Entonces, ¿no había dejado huella en su vida, a pesar de haber estado dedicado a ello todo el tiempo que pasaron juntos, que fue tanto, que fue tan poco? Rosario... no es que no quisiera seguir viviendo, es que estaba cansado. Y no es que quisiera morir, era un sentimiento mucho más ambiguo. Simplemente no quería nada. Eso era. En una ocasión fue a la tienda de marcos donde aquella vez había comprado el de la foto de Jaime, la foto que con el tiempo Luisa había quitado de la pared, obligándolo a un vacío más ligero que la imagen, y le había dicho que hacía años había estado allí, que cuando era joven, que cuando estaba el chico. La dependienta lo recordaba, y era muy agradable por su parte decírselo, porque normalmente la gente no tiene tiempo para ese tipo de conversaciones con un desconocido. Y Rosario, de pronto, se vio contándole a aquella extraña que le había

removido el pelo cariñosamente a su hijo, contándole que Jaime había desaparecido. Bueno, que en realidad había escapado, que había dejado una carta. Y se vio citando las palabras exactas de la carta, porque se las sabía. Y la mujer tenía un poco ganas de llorar, y decía que ella no tenía hijos, pero que se podía imaginar por lo que estaba pasando, porque tenía sobrinos. Rosario dijo, serio:

—Entonces no, entonces no puede saberlo. Ni siquiera puede imaginarlo, señorita. Se lo aseguro.

Y ella se puso la mano en el pecho, porque en realidad tenía razón, no se podía hacer una idea. ¡Pero estaba tan consternada! ¡Y quería decir algo! Se le ocurrió preguntar si, para superarlo, si es que se llega siquiera a superar con sólo una vida, había acudido a la ayuda de algún profesional. Rosario no entendía.

—¿Un profesional?

—Un psicólogo. O un psiquiatra. Quizá alguna terapia de grupo, de gente que está en su misma situación.

Rosario ni siquiera se había planteado la posibilidad de que otros padres estuvieran, como él, sin sus hijos. La única persona que estaba viviendo, no ya algo parecido, sino lo mismo que él, era Luisa, pero estaba así, como aliviada, y le parecía que el mundo era ajeno a esa asfixia suya. De pronto, la dependienta de la vieja tienda de marcos y revelado, le abrió una puerta que él quería creer cerrada. Por una extraña razón que no estaba dispuesto a desvelar, el hecho de que hubiera otras personas con un dolor parecido al suyo le parecía obsceno: como si el suyo no fuera verdadero, único. No podía creer que hubiera alguien sintiendo algo tan sucio como lo que él sentía, y en el caso de que existiera tal persona, tal suciedad, no quería conocerla. Compartir un dolor. Mirarlo con distancia. Poder observarlo sin morir casi físicamente. Eso iba a ocurrir si veía su mismo caso pero desde fuera, que lo iba a humanizar, que lo iba a hacer, quizá, tolerante. Se sentía un mal padre, pensando que los demás podían entender qué le ocurría. Rosario prefería las personas como la dependienta, que sólo se lo pudieran imaginar, para que él supiera a ciencia cierta que no era así, que imposible, que es algo más de lo que uno cabe esperar del dolor. Pensar en la pérdida de un hijo sin ser el padre, qué cosa tan terrible. Tener que comparar dolor hasta que se haga más pequeño. ¿Y si algún día llegara a su casa y no tuviera ganas de morirse, o eso más abstracto y casi de abandono? Imaginaba un mundo en el que la huida de Jaime no era del todo un drama, sino un hecho. En el que la frase *Jaime se ha marchado, probablemente para siempre*, que a veces Luisa decía, con cierta venganza (y no sabía de qué), no fuera motivo suficiente para retirarle la palabra (pero jura que no es conscientemente, que no es a propósito, que sólo «se me olvida hablarte»), sino sólo como una información. Una información, imagina, vacía. O que Jaime sea sólo un recuerdo, como ya es un recuerdo solamente su padre, que está muerto, su madre, que está muerta. A lo mejor Jaime llegaría un momento en el que doliera como duelen los muertos, y entonces ya no cabría la esperanza de que volviera. Eso se traduciría en un lamento constante pero soportable. Eso le hacía

sentirse tan asqueroso consigo mismo. Estaba dispuesto a pensar en Jaime como en un difunto pariente cuando así sucediera (¿se enteraría de su muerte, alguien le avisaría, y si fuera que no y Jaime ya estuviera muerto?), mientras, quería seguir así, sufriendo, porque eso era lo único que lo hacía sentirse cierto, una persona real. La dependienta lo miraba consternada, y le volvió a sugerir lo de la terapia, o un psicólogo. Le preguntó si dormía bien. Pero Rosario dormía bien, y se preguntó si eso era un mal síntoma, si se suponía que debería dormir mal. Era cierto que dormía menos que antes, pero se podía decir que dormía *bien*. Su madre siempre decía que cuando uno iba creciendo, dormía menos. Y que cuando empezaba a dormir más era porque ya era demasiado viejo para estar tantas horas activo. Pero que mientras se iba durmiendo menos, todo estaba bien. Así que Rosario dormía menos, pero dormía profundamente. Eran los únicos momentos del día en que conseguía desconectar, aunque algunas veces soñaba con Jaime y se levantaba como un muerto viviente.

—¿Usted cree que otros padres que han perdido a sus hijos no duermen bien? Dígame la verdad. Pero no me refiero a si están muertos, sino a si se han escapado, como Jaime. Mi hijo está vivo, todavía. Eso hace las cosas diferentes, como usted comprende.

En la tienda había una mujer al lado, esperando por sus fotos, y no podía evitar oír la conversación. Pensaba que los que han perdido a un ser querido, sea como sea, perdido, en fin, que ya no se tiene, para siempre o para no se sabe cuánto, efectivamente duermen peor. Pero por supuesto que no pensaba decir nada, porque se notaba que aquel hombre, aparte de cómo estuviera durmiendo por las noches, incluso por los días, lo estaba pasando francamente mal. Pero a lo mejor la dependienta sí debería contestarle con honestidad. La dependienta dijo que cuando murió su hermano pequeño estuvo muchísimo tiempo sin poder dormir.

—Pero tiene usted toda la razón, señor. Su hijo está vivo. Y eso hace las cosas diferentes. Uno no sabe como cuánto de diferentes, pero algo.

Aquella noche Rosario no pudo dormir. Tenía sueño, pero no podía dormir. Se preguntaba si estaría durmiendo, como cualquier otra noche, si no hubiera hablado con la dependienta. A lo mejor era un mal padre. Le preguntaría por la mañana a Luisa si ella dormía bien desde que se había ido el chico. Esperaba que durmiera perfectamente.

—¿Pero desde cuándo no duermes bien, Luisa? No me lo habías dicho nunca, que duermes mal.

—Ya, bueno. Tú tampoco me lo habías preguntado. De todas formas, qué importancia tiene. Me estoy haciendo mayor, y las mujeres con las hormonas ya nos ponemos así, medio calurosas. Y ahora que viene el verano, más. Pero por qué me lo

preguntas, ¿no duermes bien, tú?

Y el problema es que sólo esa misma noche Rosario había dormido mal, y no entendía por qué Luisa lo hacía, si ella no quería a Jaime. ¿Ella quería a Jaime? ¿Había alguien en el mundo que quisiera más a Jaime que él mismo? Por entonces la foto todavía estaba en la pared y se quedaba mirándola sin descanso. Últimamente no trabajaba mucho. Decía que había bajado la faena, que ya no había tanta gente que quisiera remiendos. Decía que ahora todo el mundo prefiere comprar algo nuevo que reparar lo que ya tenía, y que por eso había menos clientes. Pero lo cierto era que Rosario no atendía las llamadas, no contestaba, no las devolvía. Hacía tiempo que se le habían acabado las tarjetas de visita y no había hecho más. No tenía ganas, dentro de su apatía, dentro de la pérdida de Jaime. De todas formas, con lo que ganaba Luisa en casa de su señora tenían de sobra. El piso estaba ya pagado y no tenían demasiados gastos. Sabía que podía permitírselo. Sabía, incluso, que Luisa conocía esta información, y también la de que no trabajaba porque se había descuidado un poco. Luisa, por supuesto, no decía nada al respecto. Bastante tiene Luisa, pensaba Rosario. Pero Luisa en realidad no dedicaba demasiado tiempo a pensar en nada que la pusiera triste. Había pasado tantos años sintiéndose vacía que ahora estaba vacía de verdad, o se lo provocaba ella misma. Cuando Blanca Valente (aquella extraña manía de Luisa de llamarla siempre con el apellido, como respetándola más) le hacía preguntas o le sugería cosas que la devolvían a una realidad dolorosa, una realidad de verdad, Luisa empezaba a sentir pinchazos como de dolor en sitios que tenía prácticamente olvidados. En su memoria había decidido tener poco espacio, y aquella mujer conseguía sacarla de un tirón de su propio letargo autoimpuesto. A veces Luisa pensaba que a Rosario le vendría muy bien conocer a la señora, pero alguna vez que había intentado que se conocieran había sido un fracaso. Una vez, hacía algún tiempo, Luisa había dicho que tenía miedo de ir sola a casa de Blanca Valente. Algo le había pasado que no quería contar y que era su secreto, la cuestión era que no quería ir sola a casa de la señora y Rosario se vio obligado, durante algunas mañanas, a acompañarla en el autobús (se negaba a hacer el trayecto andando, y de esa manera Luisa empezó también a ir en autobús más a menudo). Al principio intentaba que le contara qué le había pasado para que tuviera miedo.

—A veces uno tiene miedo sin que le haya pasado nada, ¿no? ¿O es que tú nunca tienes miedo? Porque yo tengo miedo casi siempre, cuando voy sola. Y voy hablándome. Bueno, está bien, si no quieres acompañarme, no tienes más que decirlo, pero no me hagas más preguntas.

Y así se había zanjado el tema, se había zanjado para siempre. Pues aquellas mañanas que Rosario la había acompañado, Luisa había intentado que lo hiciera hasta la puerta, y después que pasara para que desayunara con Blanca y con ella, pero él se había negado. Hasta que un día se negó incluso a acompañarla más en autobús, porque le parecía *que en realidad no tenía miedo*. Tanto insistir para que conociera a la señora, a Rosario le había parecido que era toda una estrategia para que Blanca le

hiciera un lavado de cerebro como a ella. Ésa era la versión de Rosario, que Luisa había sido completamente absorbida por su señora, y que además no tenía ningún interés en hacérselo ver, en decirle cómo él lo veía. Pensaba que a Luisa le hacía bien una mujer como Blanca en su vida, y también pensaba que le hacía bien que un hombre como él no interfiriera.

—De verdad se lo digo, padre. ¿Echa de menos a las mujeres? A las guapas, a las feas, a las más gordas, a las flacas, a todas, en general, de su familia o no. Quiero decir...

El padre Damián sabía perfectamente qué quería decir Elías. Se acuerda el padre Damián de la primera noche que pasó en el colegio, porque él, antes de ser el padre Damián, había sido solamente Damián, el chico con la voz un poco aguda, de niña; el chico que llevaba unas gafas azules, redondas, bien grandes; el chico que por las noches se ponía tapones para poder dormir, el chico... que no tenía padres. Y los niños le decían: pero padres todos tenemos. Pero él no los había conocido, y entonces había sido como si no los hubiera tenido nunca, como si hubiera aparecido, de pronto, un día en el mundo. En el pueblo le preguntaron: ¿tú crees en Dios? Y él dijo: sí. Y entonces lo llevaron a aquel colegio, que entonces era más pequeño, era menos importante, era para... niños sin padres. Y sin dinero. Sin familia. Sin nada. O al menos eso recordaba él, y era todo cuanto tenía, aquel recuerdo confuso.

El padre Damián había crecido ahí, había echado de menos a todas las mujeres del mundo, y después había luchado para que aquel colegio fuera el que ahora estaba siendo. Donde Elías tenía un aspecto mucho más respetable y además era mucho más alto y guapo que el niño Damián; donde, a pesar de ser ambiguo y algo huidizo del resto de niños, era bastante respetado... o temido; donde Elías se sentía muchas veces igual que el padre Damián, que ya había superado todos aquellos miedos pero de vez en cuando le volvían, violentos y con sed de venganza, como si todavía no hubieran tenido suficiente. Cuando le dijeron que debía elegir uno de sus profesores para que fuera su consejero espiritual, porque había bajado el rendimiento y creían que necesitaba un poco de disciplina, Elías no se lo pensó. Así que habían pasado tantas horas juntos, tantas tardes, y Elías había podido comprobar que el padre Damián era exactamente el hombre que él esperaba que fuera. Lo que no sabía Elías era que había una mujer que ambos echaban de menos allí, encerrados, sin llave posible, encerrados en su corazón, y era su madre. Desde aquel día que había venido a dejar a Elías había estado pensando en ella. No mucho, no *todas* las noches, pero sí las suficientes como para haber coincidido con Elías en algún momento (y cuando aquella mujer le preguntaba si pensaba en otras como pensaba en ella, lo negaba... Y en parte era verdad, porque a ella siempre se la imaginaba desnuda, aunque nunca la hubiera visto de ese modo). En aquellas sesiones espirituales, el padre Damián hacía más de padre que de consejero, y así era como Elías estaba creciendo, digamos, hacia dentro (si su padre le hubiera llamado, por ejemplo, chiquito, como el padre Damián... aunque fuera una vez, no sé). Cada vez se relacionaba menos con los demás, y cada vez se sentía más lejos de, por ejemplo, Antón. Su compañero de habitación se podía decir que compartía con el padre Damián y Elías su desamparo, pero él lo había gestionado de otra manera: buscaba desesperadamente; buscaba en los demás, necesitaba sentir

la aprobación de los demás, necesitaba saber que era uno más, que contaban con él, que lo querían. Su padres venían a verlo todos los domingos, y él corría hacia ellos y, un metro antes de llegar a su madre, frenaba en seco, como cortando de raíz aquella emoción que había nacido desde el momento en que la había visto entrar por el patio de atrás, donde se recibían las visitas los domingos. La madre de Antón no soportaba los abrazos bruscos, y la primera vez que su hijo casi la tira de pura alegría, se enfadó de tal manera que todo el tiempo que tuvieron para estar juntos aquel domingo lo desperdiciaron. Así que Antón había aprendido la lección y, un metro antes, frenaba en seco y le daba un beso en la mano a su madre, que ya la tenía preparada. Elías odiaba con todas sus fuerzas a la madre de Antón, y en esos momentos que observaba cómo Antón frenaba en seco, odiaba también a su propia madre, porque sabía que, de haber sido así como ella, ahora no la estaría echando de menos de una manera tan horrible. Elías ya sabía que su madre no iría a visitarlo, porque le dijo que lo haría pero nunca lo había hecho y no sabía por qué, pero aun así salía al patio, por si acaso. Alguna vez recibía una carta suya, diciendo que no podía ir a verlo porque habían tenido que mudarse y ahora vivían en Europa (en general, sin concretar), pero Elías ya sabía que era el padre Damián quien escribía aquellas cartas; orden de su madre o no, eso ya no lo sabía.

—Entonces, te digo que sí, sinceramente —decía el padre Damián, una noche que estaba más vulnerable a las palabras de Elías—, que echo de menos a las mujeres, chiquito mío. Que las echo de menos a todas: a una más que a las demás. La verdad es que no recuerdo a mi madre, todo lo contrario que tú, y eso hace que todas las mujeres se conviertan, tarde o temprano, en ella. Todas las mujeres que he visto han tenido algo de mi madre, y de todas ellas he conseguido formar una que me viniera bien. Pero la cuestión es que ninguna era mi madre de verdad, ¿lo entiendes? No sé si me parezco a ella. O si, por el contrario, me parezco a mi padre. Tú ya lo sé que te pareces a ella —así era como hacía referencia a la madre de Elías, nunca por su nombre—, aunque a tu padre no lo he visto, pero no me hace falta, como tampoco me hace falta haberla visto mucho para saber que tenéis gestos idénticos. A veces te miro y me acuerdo de la reunión que tuve con ella, el día que vino a hablarme de ti para que ingresaras en el colegio. Entonces no lo sabía, pero aquella manera de hablar y de moverse la iba a ver en ti, y las iba a poder recordar con mucha facilidad. Pero la cuestión es que echamos de menos a las mujeres. Aprenderás a hacerlo sin que te duela. No hablo sólo de tu madre, aunque de tu madre en concreto aprenderás en más tiempo, pero las mujeres en general, todas las mujeres convivirán contigo sin que te quieras morir un poco cada vez. Cada vez te morirás menos aquí, en el colegio, Elías, hasta que llegue un día en que, de pronto, vivas.

Parecía lejano el día en el que Elías iba a empezar a vivir dentro del colegio. La última vez que habían tenido una sesión de las suyas, antes de que el padre Damián cayera un poco enfermo (o triste, o raro, o como estuviera) y lo mandara a casa de Blanca Valente (¿con qué cara?), habían estado paseando por el patio de atrás, donde las visitas, pero como era martes estaba vacío. Habían estado hablando del amor, y Elías preguntaba cómo se podían saber las cosas ahí adentro (en el colegio, en las habitaciones, en las aulas), si no las habían visto, tocado (y pensaba en un cuerpo). El padre Damián preguntaba si él había visto a Dios, para demostrarle que algunas cosas no hace falta verlas, sino sentir las. Elías decía que, de alguna manera, sí había visto a Dios. Que al amor no. Y que una mujer desnuda tampoco. Le preguntó al padre Damián si él había visto alguna vez a una mujer desnuda (*verla*, pensaba el padre Damián: quizá sí, porque a aquella mujer se podía decir que la había visto, porque cuando la extrañaba y la invocaba de noche, nunca iba con ropa, y le besaba la boca, los ojos, y después en la boca otra vez, y...). Le dijo que algunas veces venía una monja a traer dulces, y que aquel día de verano hacía mucho calor, ¡tanto!, y que se había desmayado, y que él, para que volviera en sí, le había desabrochado un poco los botones de la chaqueta de hilo que traía (una chaqueta fina, de primavera, roja, con los botones dorados en forma de rosa...; una chaqueta preciosa, absolutamente preciosa, muy suave, y con un olor exquisito), y que le estuvo soplando un poco, él mismo, con los labios como si fuera a darle un beso, pero sólo le estaba soplando en la frente. Podría haber ido a buscar un poco de agua, pero la tendría que haber dejado sola. Así que puso los labios como si fuera a darle un beso, pero jura por Dios que no iba a dárselo, y ahí, un poco que se le veía el pecho, pero llevaba ropa interior, por supuesto, un poco que se le veía, un poco su boca soplando pero casi dando un beso, tan cerca... y de pronto vino uno de los chicos y no quiso decir el nombre, pero se había quedado ahí, delante de él, y se había llevado la mano a la boca y después a la entrepierna, no porque estuviera excitado ni mucho menos, sino porque le vinieron unas ganas terribles de orinarse encima, pero no lo hizo, porque se cogió fuerte, y dijo: pa... pa... padr... e... ¡Damián! En ese momento la monja se despertó, y se tapó rápidamente el pecho, pero, entiéndeme (el padre Damián cada vez más acalorado contando la historia... Elías sólo quería saber de amor, de echar de menos a la mujer, del calor de un cuerpo desnudo, y femenino), llevaba ropa interior, con lo cual no había nada de obsceno; bueno, era una monja, y él es cura, es verdad que la escena desde fuera sí podía resultar algo... digamos... comprometida... ¡Eso nadie lo había puesto en duda! Pero lo único que quería el padre Damián era que se confiara en él, que nunca había dado muestras de que no se pudiera hacer, y de pronto, desde entonces, había sido siempre puesto en duda, porque siempre se recurría a aquel momento. Y los padres del chico lo sacaron de la escuela, porque el domingo vinieron a verlo y el chico se lo contó a sus padres, pero aquella vez no se había

cogido la entrepierna, por no resultar un maleducado, y se había hecho pis encima (entonces Elías recordó a Gerardo, recordó que se había ido, recordó que se había meado encima, recordó que su madre lloraba en el patio, el domingo, mientras él seguía esperando por su madre que no llegaba, que no iba a llegar nunca). El padre Damián se había desajustado un poco el alzacuellos, aunque sin mucho éxito, y empezaba a tener un poco de calor. Lo cierto era que ya empezaba a sentirse un poco mal, tenía un poco de fiebre y llevaba algunas noches sin poder dormir. Contarle toda aquella historia a Elías, el dulce Elías, el pequeño Elías, el indefenso Elías, le hacía sentirse un poco sucio, a pesar de que contó la historia tal como había pasado... pero aun así. Eso es lo que decían los del consejo del colegio después de que él se defendiera, después de que él explicara paso a paso lo que había ocurrido, después de dar detalle del porqué de la boca para un beso, del porqué de la chaquetita desabrochada. Cuando acababa, todos se quedaban en silencio, todos consternados. Y alguno decía: pero aun así, padre. El padre Damián pensaba, entonces, en esa mujer de la que se podía decir que estaba enamorado, o parecido, y se quedaba en silencio.

—Tú confías en mí, chiquito querido, ¿no es cierto?

Oh. Elías había dejado de confiar (por unos momentos) en el padre Damián. Incluso antes de descubrir su mejor —o peor— secreto. Su mejor —o peor— cobardía.

Cuando Julio se echó a llorar delante de la puerta de Blanca Valente, finalmente Luisa accedió a que pasara. Tenía pensado darle un vaso de agua, esperar a que se tranquilizara y luego decirle que, lo sentía, era imposible concertar una cita con la señora y que, por favor, se marchara. Pensó que a lo mejor se podía negar o poner agresivo, aunque estuviera llorando; pensó que el hecho de llorar no le garantizaba que no fuera a negarse o ponerse agresivo, pensó, incluso, que quizá no estaba llorando de verdad..., pero ya estaban dentro de la casa. Había decidido que no le diría que estaba sola. Blanca se había ido por la mañana muy temprano y le había dejado una nota a Luisa (qué raro, que esas cosas no las hacía, eso de salir así con una nota, sin haberlo planeado antes... qué raro y en fin):

No volveré a comer. Como si estuvieras en tu casa.

Luisa había aprovechado para limpiar por su despacho, donde casi siempre estaba ella y no la dejaba entrar. Había visto por encima de la mesa, desordenados, libros, cuadernos, hojas, (eso que se ve un poco en el cajón abierto parece un rosario... pero no creo). Se había sentado Luisa a mirar, a leer. No se acababa de creer que la señora se hubiera ido, y de vez en cuando miraba hacia la puerta para comprobar que seguía sola, que nadie la estaba observando. ¿Por qué se sentía así, un poco paranoica? De pronto pensaba que Blanca Valente estaba escondida y había dejado aquella nota para ver cómo se comportaba (por eso no comprobaba si era un rosario... no creo). Y ella, tan estúpida, le estaba dejando ver un lado que no era el habitual. Aun así, no podía evitar sentarse a la mesa y husmear en asuntos ajenos. Con un plumero en la mano (que no soltaba con la idea de fingir que estaba limpiando si finalmente aparecía Blanca Valente por allí), con la otra iba seleccionando hojas y papeles que parecían viejos. Iba leyendo en voz baja, hasta que se vio recitando un poco más en alto algunos de los poemas que tenía escritos a mano. Intentaba imitar la voz y la entonación de la señora. Alguna noche que se había quedado a dormir la había escuchado, desde la habitación de invitados, aunque nunca hubiera invitados, y sabía perfectamente cómo hacerlo. Era como rezar, o era, exactamente, rezar. Así que como ella de recitar poemas no sabía pero de rezar sí, había cogido aquellos poemas y los había, digamos, *religiosizado*. Se había puesto a leer como si estuviera en misa, como si estuviera pidiéndole algo a Dios. Y es que Luisa no dejaba nunca de pedirle a Dios. Lo que fuera. Por lo que fuera. Pero ahora tenía que dejar de pensar en aquellos poemas, tenía que olvidarse de Blanca Valente, incluso de la idea de que ella no estaba, por si acaso Julio podía intuirlo, por si Julio olía, como los animales, el miedo. Resultaba que sí, que tenía miedo. Un miedo tonto, sin explicación alguna. Quizá era ver a un chico llorar. Se acordaba del chico. Era horrible aquella sensación de que todos los hombres fueran al final el mismo hombre; no importaba ni su edad ni su condición, ni siquiera su aspecto físico, siempre eran, todos, Jaime. Y Julio además tendría más o menos la misma edad, o la misma *pinta*. Así, de joven desaliñado. De

pronto Luisa, que estaba llenando un vaso de agua bien fresca, le dijo que tenía un hijo de más o menos su edad, y que se parecía a él, que eran los dos muy guapos, pero que hacía tiempo que no lo veía. Se había olvidado de que Julio era el hijo de aquella mujer atrevida y maleducada que una vez le pareció una señora servicial y muy amable. Se había olvidado de que Julio era del barrio y muy probablemente conocía, quizá alterada, la historia de Jaime. Se había olvidado por completo de todo y hablaba como si ella pudiera hablar de una vida que no le pertenecía, o que no le pertenecía del todo. Julio no conocía la historia de Jaime, la historia de Luisa, la historia de Rosario, la historia de Blanca Valente. Por eso mismo estaba allí. Pero ahora estaba temblando y se sentía desprotegido, solo, pero de una soledad que era terrible, más solo de lo que acostumbra a sentirse. En casa de Blanca (estaba dentro, por fin, pero no era capaz de valorar aquel paso) hacía un poco de frío y otro poco de sombra. No es que en la calle hiciera calor, pero lo normal para aquella época era que todavía se arrastrara un poco del verano y no hiciera aquella humedad, mucho menos dentro de una casa. Pero estaba en un lugar un poco apartado, y además parecía aislado del resto del mundo, como si hubiera otro mundo allí nuevo, y no por ello mejor. Julio empezó a beber agua en el vaso que le había ofrecido Luisa. No dejaba de hablar de Jaime (nunca antes había hablado de Jaime). Hablaba de cómo creía ella, por cómo había sido hasta el día que se fue, que estaría siendo en aquellos momentos. Se daba perfecta cuenta de que estaba mintiendo, y era la primera vez que lo hacía de una manera tan natural, y pasándose tan bien, y además en algunos momentos ella misma se creía todo aquello de que su hijo, aunque no lo viera, era así, se parecía a él, un joven desaliñado, seguramente vista un poco así como tú. Dijo: me gustaría verlo. Era la primera vez que pronunciaba aquellas palabras y, mucho más importante, era la primera vez que las sentía. De pronto Julio le parecía su hijo, aquella confusión extraña, y lo veía llorando, bebiendo aquel vaso de agua fría despacio para que no se le helaran los dientes. Los ojos un poco caídos, no tristes, sino ya así, pero al mismo tiempo un poco tristes. Los hombros caídos, las piernas muy delgadas. Sentía una profunda ternura por Julio, o por Jaime, o por ambos. En cualquier caso, le servía. Me habré curado, pensaba, y tampoco tenía demasiado claro qué significaba eso, ni de qué tenía que curarse, ni si le servía ya de algo.

—No me lo tengas en cuenta, que te he hecho pasar y la señora no está, y de sobra sé que lo que quieres (le hablaba de tú, era como su hijo, o era su hijo... poca diferencia podía haber, al fin) es hablar con ella, pero te he visto que no estabas bien, y te he hecho pasar. No me lo tengas en cuenta. Verás, Blanca Valente me ha dejado una nota y me ha dicho que no va a comer en casa, y yo de todas formas me he puesto a hacer la comida y me he pasado con la cantidad; en realidad no es que me haya pasado, es que simplemente estoy acostumbrada a cocinar para dos, a veces incluso para tres porque después me llevo un poco para mi marido, aunque la verdad es que últimamente no prueba bocado de lo que le llevo porque está aprendiendo a cocinar y, yo lo entiendo, prefiere experimentar y comer lo que él mismo ha preparado. Que si

quieres te puedes quedar a comer, que ya es la hora de tener hambre. Como te veo mal. Y después, tu madre...

Ya sí se acordaba de la madre, sabía que él lloraba en parte por la vergüenza que sintió aquel día y que ella misma había sentido por culpa de aquella mujer. ¿Era una mujer servicial y muy amable o entrometida y maleducada? Y aquel chico, el pobre, llorando en su cocina, o ni siquiera en su cocina, en la cocina de la señora, bebiendo en un vaso de la señora, el agua de la señora. Entendía que ella misma no fuera a servirle de gran ayuda, puesto que estaba interesado en la obra de Blanca Valente, y ella no dejaba de ser una analfabeta, pero no quería que se fuera todavía. Julio dijo que no tenía hambre, pero que podía quedarse con ella hasta que volviera la señora (no sabía por qué Julio también la llamaba señora, pero lo hacía). De todas formas, Luisa preparó una mesa para dos y colocó dos platos llenos hasta arriba de un arroz con verduras, y había puesto el vaso de agua *de Julio* en un lado y el suyo en otro, y se había sentado a la mesa, y había esperado que él, ni que fuera por educación, accediera a sentarse con ella y probara un poco de la comida que había preparado.

—¿Cuánto tiempo hace que trabaja aquí? —Julio, aunque notaba cómo Luisa lo trataba de una manera tan maternal, tan de tú, seguía manteniendo las distancias, aunque procuraba ser amable.

—Muchacho, no se te ocurra tratarme de usted. Dice la señora que siempre parezco más mayor de lo que soy en realidad, y que tratándola de usted lo que hago es ponerla en esa vejez que me rodea (la señora es que habla así... «la vejez que me rodea»), y ahora bien que entiendo lo que me quiere decir, que si me tratas de usted me siento... no tu madre, sino tu abuela (Luisa hablaba muy rápido y en realidad se arrepentía de muchas de las cosas que estaba diciendo, como reconocer de una manera indirecta que sí podía sentirse como su madre, y de hecho...); pero, vamos, come un poco, que este arroz frío no vale nada. Trabajo aquí desde hace años, ni lo sé ya cuántos. No te digo con esto que muchos, no diez años, menos, pero igualmente muchos. La juventud es que si tira diez años atrás, se queda ya sin nada, se encuentra con la infancia, pero los viejos ya podemos tirar diez años y sentir que, en el fondo, no ha cambiado nada tanto (estaba tan animada).

De pronto, un silencio. Julio empezaba a comer y Luisa sentía una tensión muy fuerte, la necesidad de que dijera que estaba bueno, que le gustaba. ¿Pero por qué le interesaba ese chico, qué tenía de Jaime, en realidad, si se paraba y lo analizaba un poco? Y en realidad nada.

—Verás, Blanca Valente es una mujer que reza mucho. Bueno, quiero decir que sus poemas... los dice en alto, como cantando, pero suavemente. Es un rezo (no se atrevía a hablar del posible rosario). ¿Lo comprendes?

—¿Rezoes? —Julio devoraba el arroz y apenas quedaba ya rastro de la tristeza; estaba, como siempre ocurría, esperándolo para asaltarlo en otro momento.

Bueno, en realidad, no eran rezos, eran como rezos. Pero tampoco entendía Luisa mucho la diferencia, y así se lo estaba contando a Julio, que no salía de su asombro. Imaginaba a Blanca Valente rezando, la imaginaba en su despacho y también la imaginaba con algunas imágenes divinas colgadas en la pared. ¿Rezoes, entonces? Pensaba, igual que pensaba Candela, que no entendía absolutamente nada de los poemas de Blanca Valente, y se sentía otra vez muy solo, ya no triste, pero sí muy solo. ¿Cómo era posible, eso de las palabras? Eso de entenderlas todas por separado, eso de no comprender el mensaje global. Había hablado con Candela de todo aquello, desaprovechando una clase que iba a servirle para estudiar el examen de geografía que tendría al día siguiente. Pero era tan apasionante cómo Candela le explicaba todo aquello de las palabras que reconocía pero que estaban vacías. Y él se entregaba a la explicación, aunque consideraba que sí estaba entendiendo los poemas de Blanca Valente y, por lo tanto, no podía decirse del todo que le diera la razón o que pudiera desmentir todas aquellas sensaciones con respecto a la poesía. Ahora, delante de Luisa, pensando en Blanca Valente, pensando en Dios, imaginándosela quieta, con los ojos cerrados, las manos juntas, rezando. ¿Rezoes, entonces? Luisa se había adentrado en una conversación totalmente católica y apasionada en la que ya no hablaba en nombre de Blanca Valente pero sí en su nombre. Y se acaloraba un poco, de tantas palabras como decía, de tan rápidas. Iba pidiendo perdón, porque no le dejaba apenas hablar, pero es que aquello era importante.

—Esto es importante, chico. ¿Comprendes?

Y, bueno, más o menos, más o menos, Julio estaba comprendiendo. Seguía comiendo el arroz, cada vez más frío, y atento a todas las explicaciones de Luisa. Como nunca había estado delante de Blanca Valente, a veces tenía pequeñas confusiones, como si estuviera verdaderamente teniendo la cita con la poeta y no con su criada a tiempo partido. Se sorprendía pensando que no se imaginaba así a Blanca Valente, hasta que, como despertando de un sueño, se daba cuenta de que así no era ella, de que ni siquiera era ella. Estaba absorbido por la rapidez y la actividad de la conversación de Luisa, sin saber que tampoco ella era así, sino todo lo contrario. De vez en cuando hablaba de Jaime, por ejemplo, a veces porque venía a cuento, a veces porque se quedaba pensativa unos segundos (escasos, suficientes para reavivar la conversación, insuficientes para que Julio pudiera intervenir) y empezaba otro discurso en el que hablaba de sí misma. La confusión era muy grande, porque ni Luisa ni Julio sabían exactamente cuándo hablaba en nombre de la poeta, cuándo en su nombre, cuándo en nombre de nadie... dejándose llevar por un torbellino extraño y que desconocía hasta aquel momento. Aun así, le parecía a Julio lo bastante interesante como para quedarse, fuera de quien fuese que estuviera hablando. Y se había prometido que, al salir de allí (ya ni siquiera contemplaba la posibilidad de quedarse a esperar a Blanca Valente, tan ensimismado como estaba, tan confuso, tan que de veras se estaba creyendo que había mantenido una conversación con Blanca

Valente en la que sólo hablaba Blanca Valente... o, mejor dicho, su criada), se iría inmediatamente al despacho y revisaría los poemas, revisaría sus propias anotaciones, se pondría de nuevo con su pequeño estudio sobre la poeta. Iba a profundizar un poco más en todos aquellos temas que Luisa iba soltando como si fueran animales dentro de su boca, animales hirientes y de fuego, y saltaban, saltaban, saltaban. Julio había quedado totalmente seducido por el monólogo de la criada y, después de haberse acabado el arroz, seguía con el tenedor en la mano, y de vez en cuando se lo acercaba a la boca, aunque no hubiera nada, aunque él no hiciera el gesto de abrirla para comer... era un gesto despistado. Pensó unos segundos en Candela, en que se había ido corriendo. Candela, que era tan valiente, que aquel día en la calle, cuando se encontraron con su madre, le había salvado con una fuerza que no sabía muy bien de dónde le nacía, aquella vez le había dejado solo, muy solo, de esa soledad que te cala los huesos y ya ni siquiera tiene nada que ver con la soledad. No sabía Candela el favor tan grande que le había hecho, no sabía cuánto le estaba sirviendo. De pronto su proyecto de pequeño estudio que hacía sobre Blanca Valente se convertía en una cuestión personal y de crecimiento. Acabar aquel trabajo que no iba a servirle para nada, para entregar a nadie, desvinculado académicamente por completo, acabarlo significaba algo, no sabía qué, pero algo importante.

Luisa seguía hablando, estaba con la cara muy roja, justo como estaba aquel día primero en que Julio venía a tener una entrevista con Blanca Valente, aquella trampa de su madre, sólo que esta vez estaba roja de tanto como había hablado, que parecía que se le olvidaba incluso respirar. No había probado apenas el arroz y ya estaría frío y frío no valdría nada; no dejaba de hablar, había soltado incluso el tenedor. Julio se preguntaba si sería muy atrevido empezar a comerse su plato. De pronto sentía un hambre voraz, que lo atravesaba en dos.

SEGUNDA PARTE

1

Blanca Valente no quiere abrir la puerta. El porqué, no lo saben. Elías está en el despacho, leyendo poemas. Y a lo mejor está rezando, y para Luisa no habría apenas diferencia. Los hijos, Vicente y Lorenzo, se sienten extraños en su propia casa. Acaba de llegar Julio, con Candela, que ha prometido que no va a salir corriendo, y Luisa le ha mirado desde la puerta semiabierta y le ha dicho:

—¡Te dije que no vinieras!

Y parecen una pareja de amantes. Pero en realidad sólo juegan a que Julio necesita una madre, juegan a que Luisa necesita un hijo. Y en medio está la poesía de Blanca Valente, pero ahora también en medio está la muerte de Blanca Valente, y Luisa le había pedido a Julio que no viniera hasta que la señora estuviera mejor... o estuviera muerta. Lo había dicho así, porque para Luisa la muerte no era ni mucho menos un lugar terrible, no era estar debajo de la tierra, no era dejar de existir, no era añoranza. Era una ley, era la decisión de Dios. No es que fuera creyente, digamos, practicante, pero había hecho del cristianismo una adaptación que a ella le servía para vivir, si se podía, un poco más tranquila. Así que la muerte, qué le íbamos a hacer, y se encogía de hombros. No quedaba otra que eso, que aceptar el duelo y la fiesta... y así era. De modo que sentía verdadera lástima porque la señora Valente estuviera enferma y se fuera a morir, porque de verdad se iba a morir y ella lo sabía, aunque no se lo decía a la señora, pero la señora no era tonta, estaba enferma pero de tonta no tenía un pelo; de veras que le daba pena, pero qué podía hacer, no podía hacer nada. Y lo mínimo que podía hacer, como agradecimiento, era que vinieran a confesarla en su lecho de muerte (le gustaba usar esa expresión, tan de estar en los libros, en el cine... «lecho de muerte»). Y ahí está Elías, que no era lo que Luisa esperaba (con aquella cara que había puesto el padre Damián, no sé, parecía que tenía un interés *especial*), pero se le veía buen chico, y había que darle una oportunidad a la gente joven, claro que sí. No entiende muy bien por qué Blanca no quiere abrir la puerta, incluso habiéndole explicado para qué lo quieren, para qué ha venido el chico. No, nada. Silencio. Pero se sabe que está viva, porque de vez en cuando se le oye un gemido como quejándose, y ruido de los muelles de la cama, que se está moviendo. Es terrible cuando se queda demasiado rato parada y sin quejarse ni nada, porque parece que ya se ha muerto. No lo piensan, no se atreven a pensarlo, pero ya lo saben, que sí, que se va a morir. Y Elías sospecha que lo hará estando todavía él en esa casa, pero sin haber entrado a la habitación, sin haber hecho lo que ha venido a hacer. Empieza a estar un poco mareado de tanto leer esos poemas, y de vez en cuando aparece Luisa con otro vaso de agua, pero él ya no tiene sed. Hace un momento ha entrado en el despacho con un chico y una chica, y los ha presentado, que son Julio y Candela, y les ha pedido que se queden todos allí mientras vemos qué pasa, como si algo tuviera que pasar, como si ellos pudieran ver qué va a ser.

Elías está sentado a la mesa como si estuviera a punto de ponerse a escribir o

rezar, y tiene una mano sosteniéndose la cabeza, como si le pesara, como si fuera un recién nacido. Julio y Candela se quedan en la puerta, como a punto de echar a correr, pero se quedan. Están uno al lado del otro, y casi se tienen la mano cogida, que tienen miedo, pero se quedan así, quietos, y miran a Elías como si fuera un monstruo. Mirarían a cualquiera como si fuera un monstruo.

—Lo siento —dijo Elías, como si estuviera tratando con dos familiares de Blanca Valente.

—No, no somos familia. Quiero decir que... bueno, que sí, que lo sentimos también, pero que...

¿Por qué todo aquel asunto de la muerte se trataba así? De vez en cuando sienten cómo Luisa da golpes en la puerta de la señora, primero despacio y después más fuerte, y cómo le habla como a un animal pequeño, un cachorro. Le habla como si Blanca no pudiera entenderla, con palabras sencillas, para convencerla de que abra la puerta. Pero no se oye después nada, ninguna respuesta. A todos se les va pasando por la cabeza que se ha muerto ya, y que cuando se muera estarán en esa casa y entonces qué. Candela necesita ir al baño, pero no sabe cómo pedirlo. Se mueve un poco hacia atrás, para salir por la puerta y buscar ella misma dónde está, pero Julio, al menor movimiento, se gira y la mira con cara de súplica.

—¿Adónde vas? —siempre Julio parece el hijo de la persona con la que está en ese momento.

—Tenía pensado ir al baño. Bueno, primero buscarlo, después ir al baño. No quiero molestar preguntando. Espérame aquí —también como en una súplica—, dice Candela.

Pero Julio la coge de la mano, que están sudando ambas, y sin decirle nada le pide que se quede o que se lo lleve con ella. Al final, Candela consternada por toda la situación, se queda. Elías los mira sin vergüenza, con algo de descaro. Siente mucha curiosidad por esa pareja que por momentos parecen tan cercanos y por momentos unos completos desconocidos, y se pregunta cuántos años tiene Candela, y juzga su cuerpo y lo hace sin experiencia, y ve que ya tiene pechos, que no mucho, pero algo, y también que es alta, casi tanto como él, y que las piernas son delgadas. Sabe que cuando vuelva al colegio echará de menos a Candela como lo hace con todas las mujeres. También echará de menos a Luisa. Piensa que si consigue ver a Blanca Valente, también a ella. Y que después no importará cuál de todas ellas haya muerto, porque desaparecerán de su vida igualmente. Tiene el vaso de agua en la mano que no sostiene su cabeza, y algunos libros abiertos, puestos boca abajo, formando el tejado de una casa imaginaria. Julio está mirándolos y se acerca un poco, sin soltar la mano de Candela y sin que Candela se mueva de su sitio, así que se quedan los brazos de ambos suspendidos en el aire, cada vez los dedos más blancos, de no querer soltarse, pero tensos.

—¿Puedo coger uno de los libros? Si no le importa —dice Julio, que no quería tratar a Elías de usted pero lo ha hecho finalmente.

Elías hace un gesto con la mano del vaso, como diciendo adelante, y la otra sigue sosteniendo su cabeza. Parece un borracho triste en la barra de un bar. Julio coge un libro y da el paso grande, que había dado, hacia atrás; intenta leer sin soltar la mano de Candela, pero le resulta imposible. Antes de dejarla, la mira y ella está mirando a Elías con ojos exploradores. Luisa vuelve por el despacho y dice: ¿todo bien? Está algo acalorada, y va de un lado para otro nerviosa, haciendo como si fuera la anfitriona de aquella casa, como si la muerte fuera una fiesta arrepentida. Se va rápidamente y la ven pasar por el pasillo con dos vasos más de agua, suponen que para los hijos, y suponen también que los hijos hace ya tiempo que no tienen sed. Es extraño, ahí, en la casa. Elías, que nadie quiere que esté ahí, que no lo necesitan; Julio y Candela, que habían venido para que Candela conociera a Luisa, para que Luisa les hablara de aquella manera en que conseguía hablar cuando estaba con Julio; los hijos de Blanca Valente, que parecían ajenos a aquella casa, cuando un día había sido un hogar; y Luisa, que se manejaba perfectamente, controlando dónde está cada cosa, moviéndose con soltura por toda la casa, atendiendo a los que están en ella.

Blanca Valente está en su habitación, sola; se tapa hasta por encima de la boca y huele las sábanas y las mantas. Sabe que se va a morir y está sintiendo unas terribles ganas de llorar que, de momento, puede aguantar con mucha voluntad. No sabe por qué Luisa se empeña en que venga el curita (así le llama, porque le ha oído la voz), si ella no tiene nada que confesar, si ella no cree en la confesión, si ella, aunque tuviera que hacerlo, no lo haría (un día pudo hacerlo, pudo hacerlo perfectamente, y se negó; entonces no se iba a morir todavía, pero no cambiaba nada). Se pregunta qué le diría si fuera creyente, si se decidiera a confesarse por fin. No cree que tenga nada último que decir. Toda su vida había sido una continua carta de despedida, porque siempre estaba escribiendo lo último que quería decir, aunque finalmente no fuera nunca a ser lo último. Sabe que sus hijos están en la puerta porque de vez en cuando comentan algo entre ellos y los reconoce. Podría pedirle a Luisa que los deje entrar, pero sabe que no va a aguantarlo, que se va a derrumbar. No quiere derrumbarse, quiere morir. Que se acabe de una vez por todas. Se da cuenta de que ama la vida, de que quiere quedarse, pero también que acepta la oscuridad, y creía que en realidad lo que había aceptado siempre era la luz. Sigue oliendo las sábanas y las mantas y mueve la cabeza a un lado y a otro para que le hagan cosquillas en el bigote. Está débil, pero no puede aguantar más estar tumbada en la cama. Se levanta y con dificultades, lentamente se acerca a la cómoda que tiene al lado de una ventana. Siempre le ha gustado ponerse ahí, frente al espejo que cuelga de la pared, y mirarse con la luz directa que entra por la ventana, sea como sea la de aquel día. Ahora las persianas están bajadas casi completamente y sólo se ve en parte. Con una mano sobre la cómoda y muy quieta frente al espejo, ve cómo se le empieza a arrugar la cara en una mueca y se le cae la primera lágrima.

En el despacho, Elías está manteniendo una conversación con Candela. Le pregunta ella si no le gustaría vestirse normal, como se viste por ejemplo Julio. Ese día Elías iba más o menos vestido *de calle*, pero aun así se notaba que no era él mismo quien elegía aquella ropa antigua y vieja. De todos modos, dice Elías, si él tuviera que elegir ropa como la que lleva Julio, tampoco sabe si elegiría un buen modelo, porque no está acostumbrado a preocuparse por ese tipo de cosas.

—¿Y por qué tipo de cosas te preocupas? —hacía un rato que hablaban y la conversación era fluida, como si no fuera la primera; Julio, mientras, leía.

—Me preocupo por mis estudios, por ejemplo. Sacar buenas notas, ir a misa, obedecer a mis superiores. Me preocupo por ser buen compañero, no hacer nada que no deba hacer. Comportarme como un buen cristiano, en fin.

—¿Y no echas de menos a tu madre? —si Elías decía que no, tampoco se iba a sentir tan lejana.

—Lo que más. Lo que más hago es eso.

Después de esa respuesta Candela había decidido quedarse en silencio un rato. Vuelve al lado de Julio, porque hablando se había movido unos pasos hacia Elías. Retrocede, se pone a su altura y echa un vistazo a los poemas por encima de los ojos de Julio. Sabe que Elías la está mirando y se siente turbada, pero reconoce que también ella lo miraría si estuviera haciendo otra cosa, de modo que lo disculpa y no monta uno de sus espectáculos, como diría su madre.

Aquel día las estufas del colegio no funcionaban y los profesores y los niños estaban de huelga. Estaba siendo un invierno muy duro y, a pesar de que ya era marzo y algunos días eran soportables, hacía muchísimo frío. Habían ido llamando a todos los padres, uno por uno, para que vinieran a buscar a sus hijos al colegio. Los que no podían irse porque nadie iba a recogerlos, se quedaban en un aula jugando con las chaquetas puestas. Cuando llamaron a la madre de Candela, estaba Julio al lado, y le preguntaron si podía irse con el bibliotecario, que al parecer lo conocía. Pedían permiso también para irse a dar clase, que en el despacho sí tenía una estufa, y así no desaprovechaban toda la mañana. La madre de Candela por supuesto que autorizaba a su hija para irse con el bibliotecario, y había sido así como habían decidido irse a casa de Blanca Valente.

Luisa había insistido unos días atrás en que la señora estaba sintiéndose muy mal y no iba a salir de casa, así que sería mejor que no acudiera en ningún momento, porque primero no iba a atenderle y segundo tampoco podría hablar con ella, de modo que tampoco podía quedarse a comer. Julio había insistido en que necesitaba hablar con ella, que todo tenía que ver con su pequeño estudio sobre Blanca Valente, y que en realidad le estaba ayudando muchísimo más hablar con su criada que con ella misma. Tenían que encontrar la manera de verse, si no en las horas en las que estaba en casa de Blanca Valente, fuera. Luisa se sentía extraña con aquella relación que mantenía con Julio. No porque hubiera ningún tipo de deseo, ni mucho menos, que era como su madre, pero sí se escondía y no sabía por qué. Le hablaba tanto de Jaime, de un Jaime que ella había creado a lo largo de los años en su mente, un Jaime que no había disfrutado, un Jaime que no existía o, en el caso de que sí, ella no reconocería. Sentía que de esa manera traicionaba también a Rosario, aunque no fuera un amante, porque estaba disfrutando de un chico, que no era el suyo, lo estaba cuidando a su manera, estaba evitando echar de menos una ausencia que no había extrañado nunca. Y él, que seguía mirando una fotografía en la pared que ya había sido descolgada, que se quedaba siempre sentado en aquel sillón, se estaba perdiendo aquella especie de segunda paternidad. Por otra parte, le resultaba imposible contárselo a Rosario, y tampoco quería que conociera a Julio, porque era *suyo*.

Algunos días Julio acompañaba a Luisa en el autobús (que cada vez lo cogía con más frecuencia), y alguna que otra noche se había convertido en una adolescente rebelde y había dicho a Rosario que se quedaba a dormir en casa de Blanca Valente y a la señora le había dicho que aquella noche se iba con Rosario. De modo que se iba al despacho de Julio y dormía allí. Sola, por supuesto, que aquélla era una condición sí o sí. Al día siguiente salía de allí directamente, y ya había procurado llevarse en una bolsita una muda de cambio, para que la señora no lo notara. Candela preguntaba si ella podía ir al despacho aquellos días que Luisa dormía allí y cenaban en platos de plástico lo que había sobrado del mediodía en casa de la señora. Julio decía que era

mejor que no, que a lo mejor Luisa no aceptaba tener a más gente para contar todas aquellas cosas. No sabía por qué, pero Julio no quería compartir aquel acaloramiento de Luisa cuando se ponía a hablar de Jaime y de Blanca Valente como si muchas veces fueran la misma persona, o como si todas las personas fueran ellos y, desde luego, como si todo fuese estar rogando a Dios.

—Ayer por la noche se puso la señora a escribir. Decía que estaba cansada y que no tenía ganas de cenar, porque me quedé a dormir allí y ahora hace ya dos días que ni veo a Rosario, fíjate qué desastre. Lo que no entiendo yo es cómo se puede estar cansada para cenar pero no para escribir. Y después se puso a leerlos en voz alta, que lo hace a veces, aunque luego dice que los poemas no están hechos para ser recitados, sino leídos, pero ella se los lee porque dice que así ve cómo suenan las palabras todas juntas. Yo que no he escrito nunca un poema te puedes imaginar que todo eso me suena a chino, pero no se lo digo, claro. Pocas cosas le digo yo a la señora, aunque ella cree que me conoce bien (no le había preguntado si, bueno, si aquello, en fin, si era un rosario). Y en realidad, bueno, me conoce bien, pero hay cosas que no sabe. Hay cosas que tú tampoco sabes. Hay que no sabe nadie, ni Rosario. La cuestión, que se puso a recitar los poemas y yo miré un poco por la puerta, porque no estaba ajustada del todo, y recitaba, no te lo vas a creer, con los ojos cerrados, o sea que se los sabe de memoria, y te digo que no hace mucho que los ha escrito por primera vez, porque lo que estaba recitando ya medio lo había leído yo hace unos días, no muchos. No es que sea cotilla, pero, como comprenderás, si tengo que ayudarte con el pequeño estudio, tengo que andar viendo en qué está, porque la señora no me cuenta nunca nada. No porque no me quiera contar nada, todo lo contrario, sino porque yo no le pregunto, y además que luego me habla y no me entero de nada. Cuando leo los poemas tampoco es que me entere del todo, pero es más lento, yo llevo el ritmo, y leo y releo, de manera que si me habla no le puedo decir que me lo repita tantas veces como yo hago con los poemas, y se me queda, se me queda más. Lo dicho, estaba con los ojos cerrados, leía sin leer, y para mí que era un ruego. Me dirás que no, otra vez, que no puede ser, pero no me cabe a mí en la mente que eso pueda ser otra cosa (y el rosario... bueno, confirmaría; pero no creo). No voy yo mucho a misa, pero alguna vez que algún familiar o alguna vecina se ha casado o ha bautizado a su hijo, yo me acerco a la misa, por educación, y no sé, me da que se parece, y las cosas que se dicen, que la mitad ni las entiendo tampoco, las cosas que se dicen al final parecen todo lo mismo. No sé si en misa están cantando poemas o es que Blanca Valente está rezando, lo que te aseguro es que se parece. A mí se me parece, al menos. Me dices que no, que los poemas que te has leído suyos..., que no, que no puede ser, yo sólo te digo que los nuevos no los has leído (ni has visto el rosario), y a lo mejor sólo los he leído yo, así que no puedes discutir ni mucho menos, no puedes hacer nada salvo creerte lo que te estoy contando. Y para qué te iba a mentir yo a ti, criatura.

Llegados a un punto de la conversación, todo era repetirse, todo era insistir en que era imposible que en el centro del poema hubiera algún tipo de relación con Dios. Sin

embargo, sin embargo... Durante varias semanas, Julio estuvo leyéndose los poemas de Blanca Valente una y otra vez, anotaba sobre lo ya anotado, volvía sobre sus pasos, retrocedía. ¿Por qué no?

Rosario no era del todo ajeno a todo este ir y venir nuevo de Luisa. Era cierto que, desde hacía algunos meses, dormía en casa de Blanca Valente, era cierto que había intentado que se conocieran, era cierto que él se había negado, era cierto que en ningún momento la señora había sido un elemento que hubiera interferido en los ya sabidos problemas que tenían desde que el chico se había ido (¿eran problemas ya sabidos por ambos, se enteraba Luisa de algo de lo que pasaba, de algo de lo que sentía él?); la señora tenía un discurso que, por supuesto, dejaba a Rosario fuera de combate, pero había comprendido que no era un ataque personal, sino una manera de levantar a Luisa de su ruindad. Una vez aceptados los roles, él no tenía la sensación de que la señora intentara acaparar a Luisa, ni de que alguien tuviera intención de *quitársela*, aunque hiciera tiempo que no la sintiera suya de alguna manera. Desde aquella vez que había tenido miedo, Rosario no había ido a acompañarla. Le preguntó una mañana, que él ya estaba despierto porque no había podido dormir bien, si quería que la acompañara. Aquella mañana Luisa había quedado con Julio para el autobús porque tenía que ir a media mañana al médico porque su madre se empeñaba en que se hiciera una revisión completa, y así había mentido en la hora de entrada y podía ir bien temprano con ella en el primer trayecto, de camino a casa de la señora. Hacía ya algunos días que no se veían, porque Luisa se sentía culpable con Rosario, y había estado unos días pidiéndole a Julio que la dejara un poco tranquila, que hacía días que la señora no escribía (mentira) y que tampoco tenía muchas más cosas que contarle; Julio había aceptado hasta la otra tarde en que la estaba esperando en la puerta de la señora porque, eso dijo, la necesitaba. No recordaba Luisa a nadie que la hubiera esperado, dándole una sorpresa, en la puerta de su trabajo para decirle algo tan profundo como que era necesaria. Se había quedado sin palabras y habían ido dando un paseo hasta su casa (él la dejaba un poco antes, para que nadie les viera llegar juntos) casi en silencio. Julio a veces le recitaba algún poema de memoria, y le repetía versos y le preguntaba si era ahí, por ejemplo, donde ella había encontrado algún tipo de revelación. Luisa decía que no se acordaba de si aquel poema lo había leído, y que además ella para entender algo tiene que leer, ni mucho menos escuchar un poema recitado. Se sentía algo decepcionada porque entendía que un poco la necesitaba porque tenía la respuesta a muchas de sus preguntas, creía ella que la versión que estaba dando era la única posible, la más cercana, la que daría Blanca Valente si tuviera oportunidad (¿no tenía oportunidad o ella se la había robado?). Al despedirse, Julio le pidió si podía acompañarla aquel miércoles por la mañana, y le contó lo de la revisión completa, lo de engañar en la hora de entrada, lo de ir con ella en el autobús. Le contó que los padres de Candela estaban tan contentos con los

resultados de la jovencita que habían prescindido de sus servicios y ahora sólo la veía de vez en cuando, y que se sentía un poco solo, y que el despacho era muy frío, ahora en el invierno, y que los poemas de Blanca Valente lo estaban volviendo un poco loco. Sentía Luisa una ternura tan extraña por aquel chico, no sabía por qué y la sentía, tan a su pesar, y creía que eso era lo que le solía pasar a las madres. Lo que ella sentía, cuando deseaba tantísimo tener a Jaime, sin que tuviera nombre todavía; era una sensación muy parecida. A Julio sobre todo lo que quería era protegerlo, y no sabía de qué ni sabía muy bien cómo, y parecía que todo lo que ella quería y podía contarle le era suficiente, y pensó que mira qué fácil resultaba al final. Le dijo que sí.

Rosario oía cómo Luisa daba vueltas en la cama la noche de antes. Le preguntó qué era lo que le inquietaba, y esperaba que por fin dijera algo del chico y así pudieran hablar. A lo mejor compartir dolor, sólo dolor, puro, les iba a servir. Quizá la terapia que le había sugerido la chica de los marcos de fotos le hacía sentir incómodo, pero la idea de por fin hablar con Luisa no le parecía tan loca, tan desastrosa. Dijo que no estaba inquieta y que se durmiera ya, que no se preocupara. Pero no pudo, y Luisa finalmente se quedó dormida y respiraba fuerte, agitada, y a media noche, cuando Rosario todavía no había conseguido quedarse dormido, Luisa había dicho *Jaime*.

—Jaime...

No dijo nada más y fue suficiente para que Rosario empezara a llorar desconsoladamente, como un niño pequeño, como si hubiera sido abandonado. Estaba perdido. O estaba loco, o Luisa había dicho Jaime. Jaime. Hacía tanto tiempo que no decía en alto aquel nombre. Y entonces lo hizo. Lo dijo.

—Jaime...

Por la mañana, cuando Luisa cerró la puerta, se levantó y se vistió tan rápido como pudo y salió con ella. No sabía muy bien para qué, qué iba a hacer, pero ya estaba en la calle, temblando, con mucho miedo.

Elías lo está intentando de nuevo. Se pone delante de la puerta de Blanca Valente y respira hondo. Casi podría escucharse su respiración desde otra habitación de la casa. Luisa está detrás, observando, expectante. Para cuando Elías vuelve a intentarlo, todos se acercan. Julio y Candela se ponen al lado de Lorenzo y Vicente; se quedan ahí, sin saber muy bien qué hacer o decir, y los hijos no entienden quiénes son, se preguntan si su madre los conocerá, si habría mantenido con ellos algún tipo de relación cuando estaba... viva. Sin embargo, es tanta la tensión, que nadie hace preguntas y se entregan a la labor de esperar a ver si abre. Blanca Valente está débil, pero de vez en cuando se acerca a la cómoda. Ha colocado una silla delante para poder sentarse cuando quiere ir a mirarse. Le parece que cada vez está menos viva, más muerta, y le parece que eso se le ve en la cara. Quiere observarlo, ver cómo va cambiando su color, cómo cada vez es peor y es más agonizante. Parece más una sensación que un dolor, pero ahí está, frente a la cómoda, mirándose la cara, estirándose con los dedos las arrugas, haciendo memoria. Le cuesta mucho trabajo acordarse de sus poemas y recitarlos, como ha hecho siempre. ¿De qué le ha servido tanta palabra, si ahora no es capaz, ahora que tanto lo necesita, ahora no es capaz de arrojarse con ninguna de ellas? Tiene libros encima de la cómoda, libros que le ha traído Luisa en los últimos días (y una Biblia), por si le apetecía leerlos. Por supuesto no los ha leído (ni había abierto la Biblia), no tiene ganas. Ahora los toca con las manos. Se descubre en las manos tanta oscuridad, sabe que ya no son útiles, que ya no le van a servir para nada. Piensa que ahora es lo mismo tener esas manos que otras, que le servirían las manos de Luisa, por ejemplo, y que las usaría de la misma manera. No le sirven de nada los escudos que ha usado siempre. Intenta levantar un poco la persiana para poder verse mejor, aunque ya se ha acostumbrado a la penumbra y prácticamente ve bien. Luisa, al oír que débilmente la señora está intentando subir una persiana, se pone como loca, y grita, y dice:

—¡Yo la ayudo, señora! ¡Yo la ayudo! ¡Déjeme que la ayude, por Dios, por lo que más quiera!

Forcejea con la puerta y todos se asombran (y se admiran) de la potencia que tiene Luisa, de la fuerza que de pronto le ha nacido. Está irreconocible. Ya no es Luisa la que trae los vasos de agua, ni Luisa la que habla deprisa y se emociona con facilidad, no es Luisa la de Jaime, no es Luisa la de Rosario, no es la Luisa de nadie. Parece que toda su vida penda de esa persiana, de esas manos de Blanca Valente que se parecen a las suyas pero son diferentes, tienen algo adentro, aunque ya no se usen para lo que fueron concebidas. Quiere ayudar a su señora, es lo único en el mundo que quiere. Es la primera vez, desde que Blanca cayó enferma, que se ha puesto así. Elías, Julio, Candela, Lorenzo y Vicente la miran entre asombrados y aterrorizados. No saben qué deben hacer, ni si quieren hacer algo. Ella sigue en la puerta, dando golpes, intentando abrir, volviéndose ciertamente un poco loca. Rosario está en la

puerta de la entrada, tocando con los nudillos, pero no se le oye apenas, ahogados los *toc, toc, toc* bajo los gritos desesperados de su mujer. Unos días atrás (no muchos, en realidad... ¿no muchos?), cuando Blanca Valente ya no se valía por sí misma, Luisa había mandado a Julio a que le dejara una nota a Rosario en su casa, diciéndole que la señora estaba muy enferma, que no la podía dejar sola, que no volvería a casa hasta que se pusiera bien o se... muriera. La nota la había escrito Luisa, lo sabía Rosario, pero no entendía por qué no había podido abrir la puerta para decírselo, si se había acercado para dejar la nota por debajo de la puerta, y desde entonces le daba vueltas a aquel asunto. Desconfiaba incluso de que la señora estuviera enferma, de modo que no aguantaba más, de modo que se acercaba a la casa de la señora, a ver qué estaba pasando, por qué vivía tan lejano de la que una vez fue su amor, de la mujer a la que había querido durante tantos años, de la que era la madre de... Jaime. Jaime. Jaime.

Cuando se cansa de esperar en la puerta, busca la llave que ha cogido de casa. Luisa tenía una copia, se la había dado ella misma por si alguna vez tenía alguna urgencia o por si se le olvidaba. Entra y es la primera vez que lo hace. Puede oír cómo Luisa está desesperada y empieza a gimotear. Rosario se acerca despacio y está ya dispuesto a pedir disculpas por haber entrado con la llave, pero cuando, siguiendo los lamentos, da con la escena, se queda petrificado. Ahí están los dos hijos de Blanca Valente, una niña que no conoce, un cura adolescente que tampoco, ese chico... y Luisa, apoyada con la cabeza en una puerta que supone él es la del cuarto de Blanca Valente. Va dejando caer la frente, la cabeza, todo el cuerpo... y acaba sentada en el suelo, llorando. ¿Ya no acepta la muerte con todas sus consecuencias? Rosario se agacha a su lado y le da un abrazo. Luisa piensa que es Julio. Julio siente un pinchazo extraño, como si fueran celos, pero no lo son. Los demás están completamente inmóviles y no piensan, por nada del mundo, moverse.

Blanca Valente ya no siente lástima de Luisa. Durante mucho tiempo quiso ayudarla y se ha dado cuenta en ese preciso instante de que no necesitaba ayuda. En cualquier caso, no más que cualquier otra persona, no más que ella misma. Oye cómo hay alguien más ahí fuera y se pregunta quién será, quién se encargará de recibir a todo el mundo, quién abrirá la puerta... y por qué. Sólo espera que no sea ningún periodista, nadie que vaya buscando a la Blanca Valente poeta. Se odiaría si fuera así, si sus hijos resultaran más extraños en su casa que los demás. Luisa está dando algunos golpes en la puerta, pero sabe que no es ya reclamando su atención, que son golpes como si dejara caer la mano muerta, o la cabeza. Y ese alguien nuevo le habla como si fuera una niña pequeña, la está consolando. ¿Es Rosario? Sabe que los últimos tiempos ha descuidado mucho a Luisa, que lo que en un momento había sido una especie de proyecto (aquello de que se quedara finalmente a dormir con ella), se había ido deshaciendo por sí solo. Aun así, algunas noches se quedaba, pero ya después de cenar ella se levantaba y se iba al despacho o a la cama a dormir. Luisa era la

desconocida del principio, pero más fuerte. Seguía sin saber qué era aquello del chico, y además había dejado de sentir curiosidad. Intuía que era una historia penosa y triste que resultaría casi obsceno contarla, así que se había incorporado aquella lista de secretos que se profesaban señora y criada. Ahora que Blanca Valente se estaba muriendo y lo sabía, oía los cabezazos de Luisa en su puerta y ya no le daba lástima. Tiene cada vez más la seguridad de que la persona que le habla en susurros es Rosario, y se queda tranquila como si Luisa fuera su propia creación, su hija, y por fin estuviera a salvo. Ni siquiera con sus hijos había tenido la sensación de que estaba moldeando una obra, no de literatura, sino vital, algo que dependía de ella y, sin embargo, estaba vivo y actuaba con libertad, fuera como fuese aquella libertad. En el descansillo que hay en la puerta del cuarto, todos están observando cómo Luisa no se calma pero sí pierde fuerza, como si ella misma acabara de descubrir que también va a morir, que también va a tener que aceptarlo. Tan fácil que le resultaba, incluso, imaginar que Jaime estaba muerto, y ahora... la señora. Días atrás Rosario había visto cómo Luisa se montaba en el autobús y saludaba a un chico que bien podría ser Jaime, y ahora aquel chico estaba en el descansillo de la señora, con algunos libros suyos en la mano, y los acariciaba como si fueran un animal de compañía. Al lado, aquella chica que en cualquier momento se pondría a llorar, pero se notaba que de miedo, ni mucho menos de pena por la muerte de Blanca Valente. Y el chico que, si no fuera por la Biblia que llevaba en la mano y un alzacuellos, podría pasar por un adolescente más que está ahí y no se sabe por qué. A los hijos ya los conocía, porque Luisa había llevado fotos a su casa y le había hablado de ellos, de lo que hacían, de lo que dejaban de hacer, de cómo eran sus vidas.

Luisa levanta la mirada ya sabiendo que no es Julio quien la está abrazando, desde la primera palabra ha reconocido la voz de Rosario. En ese momento se ha puesto a recordar cuándo había sido la última vez que se habían abrazado así y ella se había sentido a salvo. No lo recuerda. Y eso no le da demasiadas ganas de llorar, porque hace tiempo que ha aceptado su parte de culpa, su culpa completa en la huida de Jaime. Sabe que fácilmente Rosario la odia por haberle hecho perder a su hijo, su único hijo, el que tantísimo ha querido y cuidado. Dice, un poco ida todavía por la desesperación que ha sentido al oír las persianas subiendo lentamente dentro de la habitación:

—No quiero que me odies.

Es un hilo de voz, apenas puede Rosario entender qué ha dicho, así que los demás, imposible. No lo hago, dice Rosario, no lo hago, no lo hago, no lo hago, te juro que no lo hago. Pero sabe perfectamente que si no es odio, se le parece tanto. Si no es un odio profundo e íntimo, no sabe qué es. Sin embargo, mece a Luisa entre sus brazos y le miente, le miente como no ha hecho nunca (también a sí mismo).

Los padres de Candela le han dicho que tienen que hablar con ella, que han tomado una decisión, y, lo mismo que Elías, se pregunta cuál de las dos la ha tomado (qué maldita decisión), y por qué. Hace ya meses que está dando clases con Julio y la verdad es que están muy contentos con él, pero últimamente no venden tanto, no tienen tanto dinero, y además ella saca unas notas excelentes y vuelve a ser la Candela de siempre. Se pregunta si eso es bueno o malo, si es siquiera verdad.

—Así que hemos decidido prescindir de las clases de tu amigo Julio —dice el padre—, sí por temas económicos, pero sobre todo porque tú ya no lo necesitas. Estamos muy orgullosos de ti, Candela. Estábamos preocupados.

—¿Entonces mañana... tengo que ir o no?

No, ya no tenía que ir. Ya habían llamado a Julio la noche anterior y se lo habían dicho. Bueno, a su madre, porque él no había llegado aún a casa (y la mujer no sabía por qué, y estaba preocupada, y a ver dónde se metía, si ella contaba con que estaría con Candela). La única posibilidad de ver a Julio que había contemplado Candela era la de no decírselo a la madre de él y, los días de clase, seguir yendo juntos al despacho. No sabía si Julio, sin cobrar, querría ofrecerle aquel tiempo. Creía que sí, porque lo cierto era que hacía mucho ya que no daban clase cuando estaban juntos, y por eso Candela se esforzaba tantísimo y sacaba tan buenas notas, porque no quería que se notara que en realidad con Julio no estudiaba nada en absoluto, nada que a ellos les fuera a servir. Mientras su padre le hacía un discursito parecido al que hacía en la mesa de Navidad acerca de las dificultades del momento, de lo unidos que deben permanecer, con pequeñas cosas como ésa, nada más, dejar las clases, ir menos a la peluquería, no fumar esos puros tan caros, con esas cosas de nada, entonces saldrían adelante. Y, cuando pudieran, que volverían a poder, ya volverían a ajustar todo de manera que quedara como al principio. ¿Pero al principio de qué? Lo único que esperaba Candela era que no se pusieran a hablar de cuando se conocieron en el pueblo y la madre sólo hacía que trabajar y el padre se enamoró y la trajo a la civilización (eso lo decía ella para sí) y desde entonces se dedicaba a incordiar a su hija. Más o menos la historia era así, pero ellos la endulzaban y endulzaban hasta que creían que era una historia tierna y de amor. Pero el padre de Candela dijo que estaba un poco cansado y que no tenía ganas de comer, que se iba a echar un rato en la cama a ver si se le pasaba el malestar. La madre ni siquiera reparó en Candela, ni una sola palmadita en la espalda; se fue derecha a la habitación para abrirle la cama y que se pudiera tumbar y descansar, le preguntó qué quería, qué necesitaba, qué podía hacer por él. Candela aprovechó para marcharse, para ir a buscar a Julio. Era día de descanso y los días de descanso no acostumbraban a verse y entonces no sabía dónde podía estar, pero se lo imaginaba en el despacho, leyendo. Cuando llegó al despacho, tocó la puerta tres veces, pero nadie contestó. Ahora no sabía si no estaba o no quería abrir, y de pronto se imaginó que estaría con Luisa, y que estarían besándose. No

sabía por qué pensaba eso, porque, a pesar del tiempo que pasaba pendiente de la criada, era verdad que Julio en ningún momento había insinuado que estuviera interesado en ella (y podía ser su madre, y además ni siquiera era guapa, y a veces gritaba un poco hablando, y algunas palabras las decía mal sin darse cuenta). Aun así, se le vino esa imagen y no pudo hacer otra cosa que sentirse un poco desplazada y quizá envidiosa. No había traído la llave, así que se fue hacia su casa, la de sus padres. Pensó que si no estaba allí y su madre contaba con que estaría con ella y se enteraba de que no, mejor. Se quería vengar y no sabía ni por qué ni de qué. Cuando llamó a la puerta y salió la madre de Julio, tuvo un poco de miedo. Siempre había pensado que ambas madres, la suya y la de él, tenían muchos puntos en común, sólo que la de Julio lo sobreprotegía y la suya simplemente la molestaba y provocaba con comentarios que sólo ella sabría reconocer como hirientes (y por eso lo hacía, para que el padre no se diera cuenta, para que cuando Candela quisiera quejarse, se encontrara con que nadie la seguía); sin embargo, cuando abrió la puerta y vio a la madre de Julio, pensó que no se parecían... que aquella mujer tenía algo siniestro y diabólico en su manera de mirar y de hablar. Preguntó por él y ella dijo un momento.

—Hola —Julio, despeinado, todavía con el pijama puesto, ojeroso... también daba un poco de miedo, pero distinto.

—¿Te lo ha dicho tu madre? Que ya no hay más clases, que se han acabado. No queda mucho de colegio, pero, aun así, yo pensaba que incluso en el verano haríamos repaso, y ahora dicen que no, me he puesto tan triste, he ido al despacho —lo dijo con voz más baja, para que no se enterara la madre, que se había quedado estratégicamente en la cocina, que era la habitación que estaba más cerca de la puerta de entrada— y no estabas, por eso he venido, disculpa si molesto. Te lo ha dicho tu madre, ¿no? ¿Qué te parece? ¿Crees que podríamos seguir viéndonos? Te lo pido ya, como se dice, como un favor personal.

Entonces ocurrió algo con lo que Candela no contaba. Julio dijo, a punto de llorar, pero conteniéndose, con aquella edad suya que era todavía infantil pero también una persona madura, inexperta pero intuitiva, dijo:

—Estoy castigado.

Lo dijo en un susurro, como si alguien pudiera escucharles, como si hubiera alguien alrededor que se pudiera sentir avergonzado e insultado como él.

—¿Qué quiere decir que estás castigado? ¿Por qué? —Candela tenía ganas de darle una bofetada.

—Ayer llamó tu madre, o tu padre, no lo sé, la cuestión es que querían avisar de que ya no daríamos más clases, y mi madre pensaba que estaba contigo, y preguntó dónde estabas tú, y tú estabas en tu habitación, así que cuando llegué, que tampoco era muy tarde, me castigó. No sabía dónde estaba. Todavía no lo sabe porque no se lo he dicho, y me ha castigado. Durante una semana, cuando salga de trabajar tengo que volver enseguida a casa. Como ya no daremos clase, en realidad tampoco tengo nada que hacer. Bueno, el castigo empieza hoy mismo.

¿Podía ser verdad una persona así como Julio? Débil, estúpida. Pero también libre, pero también sumisa, pero también inteligente, pero también con posibilidades. El despacho permanecería cerrado una semana y ella podía ir, se lo dijo bajito.

—¿Y Luisa?

—No hables tan alto —era verdadero el miedo de Julio, era completamente verdadero... tenía miedo de aquella mujer analfabeta y estúpida, de verdad le tenía miedo, de verdad se iba a quedar una semana castigado, no había duda—. Luisa, nada. La señora está enferma y no sale de la cama desde hace días. Al principio dormía en casa, ahora se queda con ella todos los días que puede; alguna vez duerme con Rosario, pero sólo las horas necesarias de dormir, y vuelve. Cree que se va a morir. A lo mejor cuando deje de estar castigado ya se ha muerto... eso significaría que mi pequeño estudio quedaría inacabado.

—Tu pequeño estudio no depende de Blanca Valente, si me lo permites —Candela estaba tan furiosa, tenía que decirle tantas cosas... Se negaba a hacerlo en susurros, se negaba a muchas cosas ya—. Tu estudio no va sobre Blanca Valente, sino sobre cómo la criada de Blanca Valente apaga sus anhelos maternos con un chico que, a pesar de su edad, está castigado por negarse a decirle a su madre dónde ha pasado la tarde. ¡La tarde! ¡La tarde!

Candela salió corriendo de allí. La tarde. Sólo la tarde. Ni siquiera sus padres le preguntaban dónde había pasado la tarde. Entonces no lo sabía, pero acabaría perdonando a Julio (estaba tan furiosa, creía que Julio debería pedirle disculpas por todo aquello). La única persona que le había hecho sentir que la vida era vida y no aquel borrón sin sentido que se dibujaba a su alrededor (compañeras de clase, familia, madre, madre, madre, madre) era Julio, incluso mintiendo sobre el despacho, o a lo mejor precisamente porque mentía; y ahora se había convertido en una persona adulta castigada por la tiranía de una madre sobreprotectora que además ni siquiera era lista. Había descubierto, aunque ya la sabía, la auténtica debilidad de Julio, y pensaba que era tan fácil hundirlo que ni siquiera podía merecer la pena una persona así. ¿De verdad? La tarde, sólo la tarde. Estaba castigado. Qué estupidez, qué delirio. Sobre todo, qué decepción. Se fue a casa, cogió las llaves del despacho y se dirigió hacia allí. Estaba dispuesta a tirar la pequeña biblioteca abajo, quería llamarle impostor, mentiroso, y aquélla era su venganza. No tenía derecho a leer aquellos libros, no debería tener acceso a otros mundos de veras libres y reales, no tenía derecho a casi nada si de verdad se iba a quedar una semana allí quieto, bajo las órdenes de una bruja que tenía por madre, por esposa, por dueña. Una vez allí, lo único que hizo fue llorar, llorar desconsoladamente. Si una persona como Julio era tan fácil de tumbar, qué iba a pasar con ella. Cómo iba a saber vivir, si no tenía modelos, si no sabía cómo tenía que afrontar según qué situaciones, si él era la única persona que le hacía sentir bien y ahora se había convertido en un estafador, en alguien que había vendido un

humo que le había sabido tan bien y ahora casi le daba ganas de vomitar. No tiró los libros, sino que se puso a leer los malditos poemas de Blanca Valente, malditos porque también ella había sucumbido a las teorías de Luisa y ya no podía evitar leer aquellos poemas como si en ellos estuviera un estúpido Dios, estúpido, estúpido, estúpido, como todos ellos, que se engañaban unos a otros, que se creían la mentira porque era más fácil.

Durante la semana que Julio iba a estar castigado, Luisa no hizo otra cosa que estar allí con Blanca Valente. La tarde que había provocado el castigo, Julio había estado llevando la nota a casa de Luisa para que Rosario supiera que estaba allí, con la señora, que seguramente se iba a morir. Desde el colegio había llamado Julio a casa de la señora para decirle a Luisa que estaba castigado y que sólo podría verla el miércoles, porque tenía que ir a hacerse unos análisis y mentiría sobre la hora a todo el mundo, la acompañaría en el autobús, podrían hablar. Después iría al médico, después a la biblioteca, después a su casa. Luisa tuvo ganas de reírse pero también de llorar. Se preguntaba si ella, si hubiera llegado a ser una madre de verdad, hubiera castigado a Jaime, y qué debería haber hecho Jaime para que ella se enfadara tanto como para tenerlo una semana sin ningún tipo de libertad. Volvió a sentir una ternura infinita por el niño Julio, porque era un niño y él todavía no lo sabía.

Cuando el miércoles se encontraron en el autobús, Luisa le pidió un favor. Un Gran Favor. Quería ir al colegio de curas que había no muy lejos y pedirle al padre Damián que fuera a ver a la señora Valente. Era una sorpresa, porque ella en ningún momento lo había pedido, pero pensaba que qué menos, después de todo, que ofrecerle eso, unas últimas palabras, una última confesión. Se había informado con algunas vecinas que sabía ella que iban a misa y le habían dicho que el tal padre Damián era el mejor, que era una persona excelente, que incluso dejaba a algunos vagabundos dormir en la iglesia algunas noches, sin que nadie se enterara, porque si lo hicieran, lo echarían. Y también que trataba tan bien a todas las señoras que iban a la iglesia, era tan atento. De modo que, al acabar, muchas se quedaban un rato más (incluso las que no rezaban, no decían *te lo pedimos, señor*; incluso las que ni siquiera se dignaban a mover la boca... por cortesía, a ver), se acercaban o lo esperaban en la puerta, porque querían felicitarle por la misa que había dado, o simplemente para darle las gracias por algún favor que les hubiera hecho (o querían decirle que es un cobarde). Tal como le habían hablado a Luisa del padre Damián, era la persona perfecta para ir a visitar a la señora, y quería darse ese capricho. Pero no sabía muy bien si estaba en condiciones de pedir nada, y sola a la señora no la iba a dejar (ya bastante que había estado sola por la noche), así que El Gran Favor que tenía que pedirle a Julio era que se quedara con Blanca Valente una hora, sólo una hora, mientras ella se acercaba al colegio y pedía hablar con el padre Damián. Se había enterado más o menos de los horarios de las clases que daba, y justo los

miércoles tenía la mañana más despejada que el resto de la semana, así que, si era tan amable (y en su manera de hablar ya estaba dado por hecho que Julio iba a aceptar), le dejaría con la señora. Sólo ponía una condición. Bueno, varias:

—Que no le digas a la señora, caso de que hables con ella, dónde he ido. Que no le des tu nombre, que no quiero después líos ni malentendidos. Que si pregunta quién eres, sólo un sobrino. La verdad que mis sobrinos están todos lejos, pero eso la señora no lo sabe. Sobre todo que no le digas dónde voy, que es una sorpresa. Pero por encima de todo, a no ser que la señora me llame, a no ser que necesite algo, no te acerques a la habitación. Y por supuesto ni hablar de los encuentros que hemos tenido por lo de sus poemas. Eso ni hablar.

Julio estaba temblando, porque de buena gana se negaría a hacerle tal favor. Estaba castigado y ya había hecho suficiente mintiendo sobre la hora del médico a todo el mundo, incluida su madre (si se entera...), para poderla ver una mañana y acompañarla a casa de la señora. Si se retrasaba un poco, si no era finalmente una hora lo que tardaría Luisa en reunirse con el padre Damián (también a su madre le parecía un hombre encantador), no iba a llegar a tiempo, y llegaría más tarde al colegio, y su madre se acabaría enterando. Y el castigo se alargaría. Tenía ganas de llorar, pero le daba vergüenza. Luisa ni siquiera contemplaba la posibilidad de que se negara, así que tampoco estaba esperando ninguna respuesta. En cuanto se bajaron del autobús, Luisa acompañó a Julio a casa de la señora, entró en la habitación para comprobar que había pasado buena noche (después de algunos días había vuelto a casa sólo para dormir y Rosario no le había preguntado por la nota, aunque lo estaba deseando). También, aunque no lo reconocía, quería comprobar que no se había muerto aquella misma noche. Cuando vio que, aunque despacio, su pecho se movía arriba y abajo, le dijo a Julio dónde estaba el desayuno, los vasos, los platos, todo lo que pudiera necesitar, pero de verdad que sólo iba a tardar una hora. Le dio un beso en la frente, todo lo maternal de lo que era capaz, y se fue en busca del padre Damián. Estaba un poco nerviosa, por si el cura se negaba, porque era una sorpresa que le quería dar a la señora en sus últimos días. En ese momento todavía aceptaba la muerte de una manera natural.

Rosario estaba espiándola. Vio cómo entraba con el chico a casa de la señora, cómo el chico se quedaba, cómo ella se iba, cómo no entendía nada. ¿Era Jaime? Estaba metido en un taxi, el que había ido siguiendo al autobús hasta la parada en la que se habían bajado los dos. Se mordió la lengua sin darse cuenta y pegó un grito que asustó al conductor.

Luisa tuvo que sentarse un momento en una sala de espera. Había muchísimas imágenes religiosas: vírgenes, cristos, cruces. Le sudaban un poco las manos de nervios. El padre Damián: ahí estaba la persona que ella había elegido para que fuera a visitar a Blanca Valente en sus últimos días. Se sentía satisfecha con aquella sorpresa de última hora que había preparado. Se llevó los dedos de la mano derecha a la boca y se mordisqueó una uña hasta que se hizo daño. Miraba todas aquellas imágenes y se preguntaba qué tenía que ver la señora con aquello, y se decía que nada (bueno, el rosario...). Pero tampoco ella tenía nada que ver y no le importaría que una persona como el padre Damián la visitara en su lecho de muerte (lecho de muerte...) para que se confesara. No recordaba si ella, después de las veces que su madre la había obligado cuando era pequeña y no tanto, se había confesado alguna vez. De pronto entiende que no, porque de ser así, se habría querido confesar una y otra vez, una y otra vez durante todo el tiempo que estuvo viviendo con Jaime; quizá para sentirse menos terrible, mejor persona: mira que no querer a un hijo. Y no recuerda haber hablado de ello con nadie (excepto con Julio, esa versión extraña), y mucho menos en una iglesia, mucho menos en un confesionario. Para cuando llega el padre Damián no tiene demasiado claro si es ella quien debería confesarse antes que Blanca Valente, y se pone a tartamudear para hablar. Pero el cura, tal como le habían advertido con anterioridad, es un galán, un hombre encantador que sabe cómo tratar (sobre todo) a las mujeres. Así que le coge una mano, y aunque Luisa se horroriza porque la tiene sudando y una uña le duele, se deja; le coge la mano y se la besa (justo la de la uña partida) como se hacía antes (piensa ella) y le dice que se tranquilice, que no hay nada por lo que deba estar nerviosa. Bromeando, dice:

—Soy de carne y hueso, ni muerdo ni nada. Soy igual que usted. Mire, toque.

Y le da un brazo para que toque, y aunque Luisa en un principio piensa ni hablar, se ve alzando un poco la mano y acercándose tímida al brazo, tocando despacio primero y después un poco fuerte. No sabe qué demuestra con ello, pero ya es demasiado tarde. Lo acompaña a un despacho que tiene el padre Damián justo al fondo de un pasillo terriblemente largo, sombrío y fresco. Se había quitado la chaqueta y ahora se la había vuelto a poner. Sin girarse, sin ver ese gesto, el padre Damián le dice que, efectivamente, en ese pasillo hace un frío horrible. Le promete que en la sala en la que estarán no pasará tanto frío. Luisa no deja de malinterpretar todo lo que dice el padre Damián y se pregunta, caso de confesarse, si tendría que contar todo eso que siente cuando él habla y ella lo transforma en algo obsceno o sospechoso. Le entra un poco de risa y se vuelve a llevar el dedo de la uña partida a la boca.

Cuando entran al despacho, Luisa siente el calorcillo de una estufa que no ve. Como la está buscando, mientras el padre Damián cierra la puerta, le dice que la pone debajo de la mesa para tener siempre los pies calientes. Pero bueno, aquí han venido

para hablar de otros asuntos, que no sabe cuáles son y que le encantaría que se los desvelara. Luisa le cuenta la situación de Blanca Valente, le dice que está en la cama, que está enferma, que está mayor, que quiere que alguien vaya a visitarla, que se confiese, que le han hablado tan y tan bien de él, que le gustaría, que si fuera posible, que si quisiera... Mientras Luisa sigue torpe con su explicación e intenta convencer (que, por otra parte, ya lo está) al padre Damián para que se desplace hasta casa de la señora para confesarla, él intenta saber a qué huele, y se acuerda de la madre de Elías, de cuando fue allí a hablarle del niño, a contarle sin contar. Finalmente había podido comprobar el padre Damián que el poder que ejercía el padre de Elías sobre la mujer era muy fuerte, y había conseguido incluso destruir el lazo tan fuerte que unía a madre e hijo. Era cierto que él mismo escribía alguna de las cartas que recibía Elías, era cierto y no le costaba nada en absoluto mentir y hablar como si fuera ella. Contaba que viajaba por Europa y que por eso no podían ir a visitarlo los domingos, pero lo cierto era que el padre Damián se había acercado hasta la casa que tenían en la ciudad (en los impresos de ingreso en el colegio aparecía la dirección, el teléfono, el nombre completo...) y la había podido ver saliendo o entrando. Casi siempre con gafas oscuras de sol, muy grandes, ocupándole toda la cara, sin perder la elegancia pero quedando detrás aquella mujer que había vivido tanto tiempo en el campo esperando *su oportunidad*. Ahí la tenía, y le había costado un hijo, y, a juzgar por el escaso rostro que se le podía ver, le pesaba. O eso quería pensar el padre Damián.

Luisa seguía hablando y hablando. Cuando se pone nerviosa le entra eso que le entra cuando se pone a hablarle a Julio, así que se va de un tema a otro mientras el padre Damián asiente con prudencia cuando piensa en la madre de Elías y con confianza cuando la escucha de veras. En un momento dado, Luisa empieza a temblar un poco y a él le ha parecido oír que está hablando de un hijo, de un Jaime, de un Julio. Le parece que está confesándose, incluso pone las manos como si estuviera rezando, y el padre Damián no sabe cómo mover las piernas, que las tiene ardiendo de tan cerca como está la estufa. No quisiera interrumpir aquel momento íntimo, pero siente cómo le arde el pantalón que lleva bajo la sotana. Se aparta un poco con la silla y le coge las manos a Luisa, que siguen sudando, que siguen sin un trozo de uña, y le dice con mucho cuidado que en muy poco rato va a tener que ir a dar misa. La invita a que vaya con él, a que se siente cerca, a escucharlo. Luisa no se acuerda de Julio, que está en casa de Blanca Valente olvidándose de Blanca Valente, registrando en su despacho, en sus cajones, revisando las estanterías con libros. Cuando están a punto de despedirse, que parecen dos adolescentes enamorados, Luisa dice: entonces le espero en casa de Blanca Valente. El padre Damián pone una cara extraña: *Blanca Valente*.

—Se llama así, mi señora.

El padre Damián sigue con la cara extraña. Parece que va a vomitar, o a llorar, o soltar un grito estremecedor. Sabe que es un cobarde. Que lo seguirá siendo. Que ya se le acaban, con esa muerte, todas las oportunidades.

Sentada Luisa en el primer banco de la iglesia adjunta del colegio de internos, se queda unos minutos con su uña rota, con sus manos sudando, con el beso que le ha dado el padre Damián justo ahí... y después sale corriendo. No porque recuerde que tenía sólo una hora para el recado, sino porque se siente muy incómoda. Ha quedado con el padre Damián que en dos días acudirá a casa de la señora Valente. Le ha dicho la dirección y la ha anotado en un papel que después se ha guardado en el cajón del escritorio (no ha mirado la dirección). Luisa insistía en que la señora estaba muy mal, y que igual en dos días ya no iba a hacer falta, pero al padre Damián se le hacía imposible ir antes (esa cara extraña). En el caso de que llegara *tarde*, no importaba, podrían charlar un rato. Luisa dijo que sí, que estaba bien. Después, de vuelta, pensaba que, si la señora se moría antes, estaría mal que ella se quedara en la casa para poder recibir al padre Damián y que la sorpresa hubiera sido finalmente en beneficio propio, porque no le cabía duda de que charlar un rato con él iba a tener muchas ventajas. De todos modos, confiaba en que dos días no fueran pocos.

Julio mira el reloj cada poco mientras lee y relee algunos poemas de Blanca Valente. Parece haber olvidado que en una de las habitaciones está la persona que los ha escrito. Lo ha olvidado porque tiene tan presente a Luisa en todas las lecturas de los poemas que no le deja lugar para más, ni siquiera para la que de verdad los ha escrito. Sigue buscando cualquier acercamiento a Dios, cualquier imagen divina. Si quiere, la encuentra. Si es así como lo desea, así se lo va a ofrecer la poesía. Tose un poco Blanca Valente, y Julio se asusta exageradamente. Afuera Rosario se da por vencido y vuelve a casa andando. Tiene una discusión con el taxista porque pensaba que él mismo lo devolvería al lugar del que habían partido, y de haber sabido que después se iba a bajar, se habría ido en busca de otro cliente. Rosario le asegura que le va a pagar el tiempo (¿un cuarto de hora?) que han estado parados, pero el taxista sigue enfadado. Cabizbajo, Rosario echa a andar con las manos en los bolsillos. Veinte minutos más y podría haber visto volver a Luisa, quizá cruzársela al bajar del taxi, quizá decirle que la necesita, pero se marcha con tantas dudas, y las manos le tiemblan en los bolsillos. Extrañamente no tiene frío, pero tampoco calor, y el aire seco le va dando en la cara, aunque mira hacia el suelo como queriéndose cubrir, como queriendo, en realidad, morir. Se acuerda a menudo de Jaime, pero hace unos días que no piensa en él con tanta insistencia. Desde que recibió la nota de Luisa porque la señora se iba a morir que no para de pensar solamente en ella. Se pregunta por qué no decidió llamarlo en vez de mandarle aquella nota que ya se sabe de memoria. Ha planteado en su cabeza varias veces la conversación, y Luisa siempre dice lo mismo:

—No se me ocurrió.

¿Pero cómo no se le va a ocurrir coger el teléfono y llamar? ¿Por qué aquella nota, por qué no entró a casa y se lo dijo ella personalmente? En el caso de que no fuera ella quien trajo la nota, ¿quién fue? Supone que el chico. ¿Pero quién es el

chico? Supone que es la idea de que sea Jaime y esté vivo y esté cerca y esté con Luisa la que le hace dejar de pensar en él, inalcanzable. Cuando contempla la posibilidad de que no sea él, entonces vuelve a la carga. De momento está pendiente de los movimientos extraños de Luisa de los últimos días. No sabe verdaderamente si Blanca Valente se está muriendo, y si se está muriendo, qué tiene que ver ella. Sus hijos, su familia. Conociendo un poco a Luisa sabe que no habrá llamado a nadie para no molestar, para no preocupar a nadie. Decide que cuando llegue a casa se va a poner a buscar en la agenda de Luisa todos los números con apellido Valente y va a llamar uno a uno a los familiares. Tienen derecho. Se va convenciendo por el camino, y sabe que en realidad su estrategia es que ella vuelva, que ella hable. Que vuelva no necesariamente hará que hable, pero es indispensable.

Blanca Valente vuelve a toser, pero queda por debajo del ruido que hace la puerta de la entrada. Luisa ya ha llegado, y a tiempo. Está un poco blanca y tiene mala cara, pero Julio lleva todo ese rato que se ha ausentado leyendo poemas y mirando el reloj; le cuesta enfocarla y reconocerla en la penumbra de la entrada (desde el despacho, con la puerta abierta, se la puede ver). Dice que en dos días va a venir el padre Damián, que ciertamente es un hombre encantador con un olor muy particular, con una elegancia y unos modales exquisitos.

—En dos días a lo mejor ya se ha muerto —dice Julio.

—Eso le he dicho, pero le resulta imposible venir antes. Sería una verdadera lástima que no llegara a tiempo. Una verdadera lástima. Dice que de todas formas lo intentará (pero con esa cara... a saber), así que no descarto que se presente hoy mismo o mañana.

Se han ido juntos a la cocina y Luisa ha preparado un café para cada uno. Ha llenado un vaso de agua y se dirige hacia el cuarto de Blanca Valente para ofrecérselo. Alguna vez ha vomitado el agua a los pocos minutos, pero le dice que eso está bien, que así se limpia. No sabe para qué necesita estar limpia, como ella dice, pero era algo que su madre siempre decía cuando estaba enferma y vomitaba. Le pone la mano en la frente y vuelve a mojar la gasa que reposa en una de las paredes del recipiente que tiene ahí. De camino a la iglesia ha comprado unas flores y se las ha puesto al lado de la ventana, encima de la cómoda. Con el espejo que hay delante, Blanca Valente, desde la cama, puede ver cómo Luisa canturrea una canción para sí y coloca amorosamente las flores. Las separa, las junta, las huele. Cuando mira por el espejo y la ve, tan enferma, observándola, se siente mal, estúpida, tonta. Le pide perdón, aunque no sabe exactamente por qué (¿por haber visto que en la mano, efectivamente, tiene un precioso rosario?). Le pide perdón por la vida y por no estar enferma y sentirse bien y también por haber cantado ahí, con las flores. Perdón incluso por las flores.

—A lo mejor no ha sido buena idea.

Blanca Valente quiere ser dura con ella y decirle que no, no en absoluto ha sido una buena idea, y que se lleve de inmediato las flores de allí. Nunca le ha hablado de esa manera que pretende hablarle, y además nunca lo va a hacer porque es incapaz de pronunciar palabra. La voz no le sale. Luisa coge las flores y se las lleva. En cuanto abre la puerta para salir con ellas en una mano y el jarrón con agua en otro, se encuentra con un chico. Julio, por supuesto. Si la señora hubiera tenido los ojos abiertos un segundo más, lo habría visto, pero se le han cerrado sin querer.

Luisa anda muy rápido por el pasillo y va vertiendo un poco de agua por donde pasa. Está a punto de llorar, o a punto de ponerse a gritar, no lo sabría determinar Julio, y él sólo quiere despedirse, así que la va persiguiendo como un niño pequeño hasta que llegan a la cocina. Le da las flores a Julio con violencia y le pide que se las lleve o las regale o las tire, pero que las quiere perder de vista. Julio, con el ramo en las manos, le pregunta a quién se las va a regalar, si en realidad se las regalaría a ella. Lo que en otro momento le habría resultado un comentario tierno y hasta le habría dado esa lástima que le despertaba la mayor parte del tiempo, entonces le pareció patético y de una persona *triste*. No se lo dijo, porque todavía era capaz de morderse la lengua aunque estuviera enfadada (sobre todo consigo misma, y con la señora, por aquella mirada, por aquella muerte).

—¿No tenías que ir al médico, tú?

Y Julio se marchó arrastrando los pies, sin decir nada más, con las flores en una mano que había perdido completamente la fuerza. Cuando llegó al médico, justo de tiempo, dejó (porque no se podía decir que las hubiera tirado) las flores en una basura que había en la entrada. Cuando salió de la consulta ya no estaban.

Elías está agotado, completamente agotado. Se vuelve al despacho y tiene un poco de calor. Calor como si estuviera en medio de un desierto, piensa, calor insoportable, pero dentro de la piel, sin que se pueda escapar de sí mismo. Candela le sigue hasta el despacho y le pregunta, si finalmente Blanca Valente le deja entrar, qué le va a decir. Estaba tan convencido Elías de que eso no iba a ocurrir, que ciertamente no se lo había planteado. Ya parecía más un juego, a ver quién consigue, qué palabras mágicas hacen que Blanca abra la puerta, que deje entrar. Luisa se derrumba de nuevo, ya en los brazos de Rosario, porque si la señora se muere en ese momento y todavía no se ha decidido a abrir la puerta, qué van a hacer. Incluso los hijos están pendientes de ella, de cómo se siente, de qué necesita. Todo el mundo pendiente de la no muerta.

—Pues si muere y no podemos tirar la puerta abajo, que seguro que sí, entre todos, llamaremos a los bomberos y ellos mismos abrirán la puerta —Rosario hablaba pausadamente, como si lo hiciera con un niño.

—Qué dolor, qué pena, qué desgracia. Que los primeros en ver a la señora muerta sean unos desconocidos, unos completos desconocidos. Unos bomberos.

—Bueno, ya lo organizaríamos para que no sucediera así. Primero de todo, hablaríamos con ellos. Les pediríamos si hay forma alguna de abrir la puerta sin que nadie pase sin querer, en este caso los bomberos. Y después haríamos pasar a sus hijos. Y después, tú.

De pronto Luisa se da cuenta de que están los hijos, de que van antes que ella, de que Rosario tiene razón y se está comportando como una estúpida. Se da cuenta de que Elías y la niña no están, y de que Julio se ha quedado ahí mirándola, observando cómo Rosario la sostiene por los brazos. ¿Por qué está avergonzada? ¿Quién es, en realidad, Julio... y qué representa? Ahora que está Rosario tan cerca, y no se refiere a físicamente, le parece que se ha comportado como una idiota las últimas semanas. Todo aquel asunto del pequeño estudio sobre Blanca Valente. Su poesía. ¿Desde cuándo ella entendía la poesía? ¿Y por qué todas aquellas mentiras? Que no eran mentiras, era bien bien lo que ella pensaba. Pero las veces que había hablado con la señora, le había dicho:

—Hay tantas lecturas como lectores.

Nunca le dijo que estaba en lo cierto, aunque ella algunas veces lo creyera, aunque todas las veces que se lo había contado a Julio lo hubiera creído. ¿Hasta dónde podía confiar en sí misma? Y después..., después, Jaime.

Elías y Candela están en el despacho. Elías, asfixiado por las preguntas de Candela, por su curiosidad. Candela le dice que ella puede hacer de Blanca Valente (se pone las manos cruzadas en el pecho y cierra los ojos, como si hubiera visto muchos muertos y fuera indiscutible su representación), que le diga lo que tiene pensado decirle. Para ensayar. Elías está horrorizado con esa niña (todo el mundo a su alrededor, cuando hace referencia a ella, dice La Niña, y él en su interior también lo

hace, aunque eso suponga convertirse, por proximidad de edad, en el niño, también). No sabe cómo decirle que no, que se niega a hacer el teatro. Ella está muy animada. No puede imaginarse que Elías está a punto de desmayarse, de calor, de nervios, de vergüenza. No quiere saber nada de Blanca Valente. Se va. Sí, se va.

—Disculpe —le dice a Candela, sin saber por qué la trata de usted, por qué se toma tanta molestia con toda esa gente. Los odia a todos, absolutamente a todos. Incluida Blanca Valente, incluida la muerte.

Elías se va hacia la puerta muy tranquilamente, con mucha elegancia; con, se diría, *madurez*. Candela ni siquiera le había dado importancia, pensaba que se disculpaba para ir al baño, pero cuando ha oído la puerta se ha llevado la mano a la boca. Ahora Elías, una vez cerrada la puerta, ha echado a correr. No sabe hacia dónde, pero corre, corre. Ya no tiene calor, o no lo siente, y sigue corriendo, y se ahoga un poco, porque no quiere llorar pero casi no puede soportarlo en la garganta, y el llanto, y el correr, y a lo mejor, sin que lo note, el calor. La muerte, que le pisa los talones. Sigue corriendo, hasta que da con un descampado y para en seco. Está exhausto. Completamente. Tiene la garganta seca, igual que cuando tocó en la puerta de Blanca Valente y apareció Luisa, dispuesta a darle un vaso de agua bien fresca, sin saber todavía él que aquel gesto se iba a repetir unas cuantas veces más. Se sienta en el suelo y se deja caer, dándose un buen coscorrón, pero no importa. Pocas cosas importan. Se pone las manos en la nuca y desde lejos podría simplemente parecer que un chico ha decidido tomarse el día libre en el colegio y está ahí, escondido, pensando si fumar o no. Eso cabría pensar, pero Elías está pensando en el padre Damián (¿qué cara?), en lo decepcionado que se sentiría si le viera en ese momento, huyendo (—¿pero triste o enfermo, Antón? —que no lo sé). Pero sabe también que lo comprenderá, porque hay muy pocas cosas que el padre Damián no puede comprender. En esos momentos se acuerda de cuando lo eligió como guía y tuvo la primera cita en su despacho. Elías no lo sabía, pero ahí mismo, en la silla en que se sentó, había estado hablando su madre. ¿Serían verdad aquellas cartas? Estaba casi convencido de que su madre no estaba viajando por Europa, y que tampoco, de ser así, le mandaría aquellas cartas. Y si todavía estaba en la ciudad, era imposible que las escribiera ella, porque entonces no tenía tanto sentido echarle de menos y no acudir ni un domingo, ni uno solo, a verle. En ese mismo momento Elías decide que, a partir de ahora, no va a esperarla nunca más en el patio de atrás. No, ningún domingo. Si viniera alguna vez, y ya sería demasiado tarde, podrían ir a buscarlo a su habitación. En ese momento se acuerda de Antón. El pobre Antón. Todo el mundo lo evita, y es tan pesado. Pobre Antón. Vuelve a quererlo un poco, de esa manera que se quiere a las personas que despiertan compasión y pena. Piensa que si estuviera en ese momento, ahí, lo abrazaría. Sabe que cuando vuelva al colegio no lo va a hacer, y seguramente, cuando se le pase el miedo, vuelva a odiarle. Peor, a sentir indiferencia,

un poco de molestia cuando se presenta y le habla de esa manera que habla Antón. El pobre Antón. Y pobre él, también. No le gusta cuando siente lástima de sí mismo, y además el padre Damián siempre le dice que hay mucha gente sin nadie que los quiera (nadie que te llame de una manera cariñosa: *chiquito*), nadie absolutamente, porque están solos, porque las personas que podrían quererle a lo mejor estaban muertas. O lejos, y entonces, lejos, aunque le quieran, no puede sentir ese amor. Él, en cambio, estaba ahí en el colegio, y *yo te quiero*, le dice el padre Damián, y muchos de tus compañeros también. Pero el amor es una cosa tan relativa, tan estúpida. De qué le puede servir en ese momento, ahí, sentado en el descampado, recuperándose pero sintiendo todavía un poco de miedo por si le encuentran, de qué le puede servir el amor, si no hay nadie. Si su madre...

La madre de Elías vuelve al pueblo. La vecina que le contaba las películas se ha muerto y algunas amigas (aunque ahora desconfíe de esa palabra, aunque ahora desconfíe de casi cualquier cosa) la han llamado por si quiere ir, y desde luego que quiere ir. Ha hecho una pequeña bolsa, porque ha prometido que no estará más de lo necesario, y ha cogido el primer tren hacia el pueblo. Es la primera vez que se separa de su marido, desde que Elías está en el colegio interno. Que se separa de esa manera: se separa para hacer la compra, o cuando algunas veces da un paseo sola (pocas), o a hacer algún que otro recado. Así, de marcharse, la primera vez. Por un momento... no, lo ha pensado, pero no quiere decírselo todavía. En el tren se ha sentido feliz. El vagón en el que ha viajado estaba lleno de gente que hablaba con el mismo acento que ella. Pensaba que era una feliz coincidencia, pero resultaba que ahí estaban sólo los que se dirigían al mismo lugar. En cuanto ha dado un paseo por el tren y ha estado en los otros vagones se ha dado cuenta de que hay otros acentos y otro ambiente que en el suyo. Por suerte, no conoce a nadie, y de momento no tiene a nadie de acompañante. Lo agradece, porque para esa aventura que ha empezado desde el momento en el que se ha enterado de que Jimena, la vecina, ha muerto, necesita mucho silencio, mucho espacio interior. Se ha despedido de su marido con un beso en la cara y con un abrazo un poco frío, y lo ha justificado con el *shock* de la muerte de la vecina. Era más joven que ella, y por lo que le han contado por teléfono ha sido una enfermedad no muy larga, pero sí dolorosa. El viaje es pesado, pero se va durmiendo y va mirando el paisaje y las horas no le parecen tan horrorosas, no le parece que el tiempo sea un enemigo. Ha quedado en que nadie vaya a recogerla a la estación, que ya se acerca ella en un taxi. Todas se han alarmado y la han ido llamando a casa para ofrecerse a ir a buscarla, pero ha insistido lo suficiente como para que todas hayan desistido. En el tren va pensando que probablemente eso ya haya dado qué pensar a las mujeres del pueblo.

—Ya os lo decía yo que en cuanto pisara la ciudad ésta se iba a poner estupenda. Ahora no quiere que vayamos a buscarla a la estación, ya ves qué molestia.

—A lo mejor es porque se avergüenza.

—Pues ella sale del mismito sitio que nosotras, a ver de qué se va a tener que avergonzar.

Cosas así. No es en absoluto vergüenza, es sólo que el impacto, después de algunos años fuera del pueblo, ese primer momento de conectar con él, con el olor, con el ambiente, con la temperatura incluso, quiere, necesita que ese reencuentro le pertenezca. No le importa que crean que tiene efecto directo con el hecho de estar viviendo en la ciudad. De hecho, en cuanto la vean, si no piensan nada al respecto, empezarán a pensarlo. Se ha teñido un poco de rubia y tiene unas gafas de sol muy grandes que se pone tanto en invierno como en verano, un abrigo enorme de pieles y tacones, independientemente de si es de día o de noche, hace vida social o va a la compra. No ha cambiado en absoluto, o eso cree, pero le gusta sentirse así: disfrazada. Es su manera de esconderse, y no se siente tan extraña como al principio, y hasta se puede decir que le gusta. Pensando en todas estas cosas y mirando de reojo la película que han puesto, ha llegado su momento. Se baja del tren y tira de la maleta de una manera torpe y algo ortopédica. El tacón se le ha enganchado justo cuando iba a salir y al final lo ha cogido con la mano y ha bajado descalza. Se alegra de que le hayan hecho caso y no haya nadie esperándola en la estación, con semejante llegada. Ya había llamado a un taxi para que la fuera a recoger, porque está un poco a las afueras del pueblo de al lado y habría sido difícil dar con uno. No ha habido nada más que unos minutos de retraso, así que no tendrá que pagar demasiado. En cuanto se monta, se da cuenta de que todavía tiene el zapato en la mano. Lo guarda primero en el bolso (ah, el bolso... cuando lo vean) y, después, se ríe un poco, de puro desconcierto, y se lo coloca. Da la dirección de su antigua casa y se recuesta en el asiento trasero con los ojos cerrados. El taxista es del pueblo, conoce a la vecina, la conoce a ella, sabía que iba a venir, sabía que era ella en cuanto llamaron al teléfono del taxi, porque ese número sólo lo tiene la gente del pueblo y era muy extraño que alguien que viniera en el tren lo llamara. La mira por el retrovisor constantemente, pero ella parece dormir. En cuanto se acercan a la calle, se incorpora y le pide por favor que la deje en el número 58. Paga y da una buena propina.

Delante de su antigua casa busca la llave en el bolso (que todavía conserva igual, desde que se fue) y, suspirando, antes de ir a ver a la vecina, la mete en la cerradura. Parece atascada. La llave se adapta perfectamente, pero no gira. Lo intenta una y otra vez, convencida de que tiene que ver con el tiempo que hace que esa casa está cerrada, pero de pronto una mujer joven con un niño pequeño en brazos abre desde dentro.

—Me había asustado usted muchísimo, mujer. ¿Quiere pasar?

Mientras lo preguntaba, iba andando hacia el interior de la casa, que estaba completamente igual que cuando se fue y la miró por última vez (o eso creía). La mujer con el niño pasa hasta el salón y allí se sienta, se saca el pecho y continúa con lo que estaba haciendo antes de que ella intentara abrir la puerta de su casa.

—La gente decía que su marido había vendido la casa y que seguramente usted no lo sabía. De saberlo, no lo habría consentido. Así que bendita su ignorancia, porque soy feliz en esta casa y de lo contrario no podría ni contarle —la mujer tenía el pecho fuera y la madre de Elías no podía apartar la mirada.

Entendía perfectamente lo que estaba diciendo aquella mujer, pero no podía creerlo. Si su marido hubiera vendido la casa, se lo habría dicho. No es verdad que ella no lo hubiera consentido. Lo cierto es que ella nunca la habría vendido, porque amaba aquella casa, pero seguramente tenía una buena razón para venderla y ella lo habría entendido. ¿A lo mejor tenían problemas de dinero y ella no se había enterado? No podía saberlo. De cualquier modo, ya no podía mentirle a aquella mujer, después de la escena de la llave. Y tampoco podía pedirle que no se lo contara a nadie, porque se sentiría todavía más ridícula cuando se diera cuenta de que, de nuevo, se enteraba todo el mundo menos ella. Pidió disculpas por haber intentado abrir su casa, porque ciertamente no sabía que su marido la había vendido, más por descuido y por el ajetreo de la ciudad (no sabía desde cuándo, pero sabía cómo mentir), seguramente había intentado contárselo y ella no habría prestado atención. Pero no había, naturalmente, ningún problema.

Le tocó la cabeza al niño con cuidado, evitando rozar el pecho de la mujer, y le dijo que se alegraba de que fuera feliz en aquella casa. Ella también lo había sido. Salió a la calle de nuevo, guardó la llave y se prometió que la tiraría en cuanto pudiera, y se fue derecha a casa de la vecina. Cuando tocó a la puerta y salió una mujer que no conocía, se dio cuenta de que en un principio había llamado para pedirle ayuda a ella, sin acordarse de que estaba muerta, de que precisamente venía por su muerte. Quería pedirle si podía quedarse en su casa, sin saber... sabiendo, en realidad. La mujer era familiar de ella y por lo visto también vivía en la ciudad (hablaba rápido y contaba muchas cosas en poco tiempo; sólo en el trayecto hasta el salón, aunque era un pasillo largo, le había contado mucho), así que siempre que necesitara ayuda podría contar con ella, y antes de que se fuera le iba a dar su teléfono. Se lo agradeció y se limitó a seguirla. En ese momento se dio cuenta de que se había dejado la maleta en su casa..., en casa de la mujer joven y feliz con el hijo que estaba amamantando en aquel mismo momento.

Cuando se giró la mujer, ya no estaba. Se había vuelto para ir a buscar su maleta. Se imaginaba a la joven rebuscando entre sus cosas, aunque prácticamente no había tenido tiempo siquiera de darse cuenta de que tenía allí con ella la maleta. Delante de la puerta, rebuscó en el bolso las llaves durante un rato. Tocó finalmente la puerta y le abrió la mujer con el bebé en un brazo y la maleta en la mano contraria, que se la ofrecía con una sonrisa. De vuelta en casa de la vecina, estaban todas aquellas mujeres vestidas de negro, sonándose las narices, con los ojos hinchados. Rápidamente le contaron que el marido, en cuanto enfermó, se escapó de casa.

—Pero fue por miedo —dijo una, tratando de convencer a las demás, defendiéndolo con un leve rubor.

Así que el pueblo entero se había volcado en aquella enferma, porque la madre estaba demasiado mayor, y el padre había muerto cuando ella era pequeña, y no tenía hermanos ni hermanas. Y los familiares más o menos cercanos iban a ayudarla, pero no podían solos. De modo que el pueblo entero se había ocupado de su vecina, la que alegremente hacía de hombre en el salón de su casa mientras bailaban una canción que no había escuchado jamás. Tuvo ganas de llorar, por sí misma, no por la muerta, recordando aquellas cosas. No lo sabía, pero había sido tan feliz en aquellos momentos.

La estaban velando y dijo que no quería ver a la muerta.

—Elisa, mujer. Que vienes de la ciudad. Cualquiera diría que no has visto nunca un muerto. Elisa, por el amor de Dios, ven aquí ahora mismo, despédete.

Pero era incapaz. No. No había visto nunca un muerto, y esperaba no tener que verlo en mucho tiempo. Se fue con la maleta al baño y allí se cambió. Se puso ropa, como le habían sugerido, para estar cómoda. Por supuesto había contado con la posibilidad de que tuviera que estar allí como una más, integrada, y se había traído la ropa antigua que usaba en el pueblo. Se desnudó y se puso una bata negra que le llegaba por debajo de la rodilla, con unos puntos diminutos, que prácticamente no se veían, blancos. Tenía botones hasta casi el cuello, pero no se los ataba todos. Cuando buscó las zapatillas viejas, se dio cuenta de que no las había traído. Cerró la maleta y salió al salón, donde algunas, a pesar de que no hacía calor en absoluto, se abanicaban y hacían el ruido característico del patio interior de muchas casas de allí. Había olvidado el *tac, tac, tac*, tanto tiempo sin oírlo. En cuanto la vieron aparecer con las gafas de sol, la bata vieja y los zapatos de tacón, se echaron a reír discretamente.

—No pasa nada. Jimena tiene todavía puestas las zapatillas de estar por casa, y por lo visto había regalado el resto de sus zapatos de calle, porque ya la pobre ni levantarse de la cama podía. ¿Qué número calzas?

Así que le quitaron las zapatillas a Jimena (sólo por un rato, no sufras) y le pusieron los zapatos de tacón de Elisa, que ya tenía las zapatillas de la difunta en la mano y sentía un poco de asco. No recordaba que fuera tan primitiva ella, allí, sin escrúpulos apenas. No quiso hacer ningún comentario por si se lo atribuían a la ciudad, pero la verdad era que tenía unas ganas horribles de decirles cuatro cosas a aquellas mujeres. Sin embargo, calló.

Pasó todo el día obedeciendo las órdenes de las demás. Comieron todas allí, en el salón de Jimena, sin hacer más ruido que el de las cucharas en la sopa. Al día siguiente sería el entierro, y después tenían que decidir qué iban a hacer con la casa. Elisa pensó que para entonces ella ya podría volver, así que iría al entierro, pasaría la noche allí y cogería un tren por la mañana. No le había mentado a su marido, iba a volver pronto, tan pronto como pudiera. Por la noche, cuando todas (menos la mujer

de ciudad, que hacía noche también en casa de Jimena) se marcharon a sus casas, Elisa empezó a escribirle una carta a Elías.

Elías está avergonzado. No sabe por qué lo ha hecho, lo de salir corriendo. Poco a poco, con un paso lento y un ritmo pausado, va volviendo a casa de Blanca Valente. Volverá y esperará para ver si lo necesitan. Estará allí hasta que le digan que puede marcharse, eso hará. Y después, cuando llegue al colegio, le dirá a Antón que lo siente, quizá, y también irá a ver al padre Damián, que está en cama (enfermo o triste, no importa), y le preguntará qué hubiera hecho él en la situación, si sabía que la señora Valente no iba a querer atenderle, si sabía que la señora Luisa estaba un poco loca. Todas aquellas cosas alguien se las tendría que haber contado, aunque así ya estaba bien. Cabizbajo, andando y deshaciendo sus pasos.

En casa de Blanca Valente, Luisa va repartiendo vasos de agua fresca para todo el mundo y ella misma se toma unos cuantos. Los únicos que no se mueven son los hijos, que permanecen en la puerta de la habitación pensando en bomberos, criadas y pequeños curas. Podrían echar a todos de la casa y quedarse solos, pero tienen demasiado miedo como para tomar las riendas de la muerte de su madre. Al fin y al cabo, Luisa pasa mucho más tiempo con ella, con la señora. Con sus poemas. Con sus manos. El desayuno, las ganas de llorar, los temblores. Pero Luisa está demasiado nerviosa, y además la presencia de Rosario le hace estar extraña. No extraña mal, sino extraña bien. Se pregunta si no le dirá nunca nada de Julio, si él no se interesará. Ha decidido que va a contarle por qué aquel día pasó tanto miedo y le pidió que empezara a acompañarla por las mañanas, aunque él al final creyera que estaba conspirando con la señora:

Durante algunas mañanas, cuando subía al autobús, se encontraba a un chico por la calle. Al principio ni siquiera le prestaba atención, ni siquiera le veía la cara, pero a fuerza de encontrarlo una y otra vez, había conseguido que reparara en él. No le resultaba familiar. Lo primero que pensó, que podía ser Jaime, rápidamente se eliminó de la mente, porque no se parecía en absoluto. Tenía el pelo mucho más oscuro, mucho más lacio, tenía los dientes más grandes, las piernas más gruesas, era más pequeño. En general, más pequeño. A pesar de las piernas tan grandes. La cuestión era que se lo encontraba todos los días. No importaba eso, porque a muchas otras personas se las encontraba todos los días, y siempre con las mismas caras, siempre con los mismos destinos. Gente en el autobús, gente sacando a pasear al perro. Gente que siempre estaba ahí, desde hacía tiempo. El chico no estaba ahí desde siempre, sólo las últimas semanas. O quizá más, pero a Luisa no le había sorprendido su presencia hasta hacía algunas semanas. Sabía que no era Jaime, y entonces se tranquilizó. No pasaba nada. Ya había visto una vez a Julio, y tampoco era él. De

modo que no sabía quién era, como tampoco sabía quiénes eran los demás, pero los demás no tenían esas caras que la observaban.

Y eso era todo. Sólo un chico. Un chico que no era Jaime, pero un chico sospechoso..., cuanto menos sospechoso. Había decidido que se lo contaría, como se cuentan los sueños, sin ningún tipo de intención. Sólo para que lo supiera.

Elías sigue volviendo a casa de Blanca Valente.

De pronto, la señora toca la puerta. Julio y Candela están en la cocina, llenando una jarra de agua, que ya hace un buen rato que se ha acabado, y Luisa anda para arriba y para abajo nerviosa. Rosario está al lado de los hijos, dándose cuenta de que ahí todos tienen algo que ver con aquella muerte, de una manera más o menos directa. Él decide quedarse con ellos, que al menos sabe quiénes son. Mientras, Luisa va dando vueltas. Ni siquiera ha notado la ausencia de Elías, y nadie se lo ha contado para que no se alarme más de lo que ya está. La señora ha tocado la puerta, lo saben porque primero ha sonado un poco el muelle de la cama, como las veces que se ha levantado hasta acercarse a la cómoda, pero después no ha habido silencio, sino un rozar los dedos con la puerta. Parece que llevan toda una vida esperando a que ese momento ocurra. Luisa no está delante de la puerta, y por eso pueden oír el roce de dedos con madera. De estar ahí delante, estaría haciendo ruido, como quiera que fuese, y no se habrían enterado. Vicente, Lorenzo y Rosario se miran. Están pálidos como si el hecho de que de pronto toque la puerta con una mano fuera magia, o un milagro. Un espejismo. No, Blanca, detrás de la puerta, está ahí, silenciosa. Viva.

Elías se pone a correr.

Oyen cómo despacio va quitando el cerrojo de la puerta. Aun así, cuando se dan cuenta de que se va alejando de la puerta (la miran, la miran como si en ella pudieran ver algo de lo que está pasando adentro), nadie la abre, esperando que ocurra algo más. No ocurre nada más. Absolutamente nada. Julio y Candela aparecen con una bandeja y vasos de agua vacíos, la dejan en el suelo y se quedan en profundo silencio, imitando a los demás. Cuando oyen, ya los cinco, cómo los muelles suenan y saben que es de haber vuelto a la cama y no de haberse levantado, empiezan a sentirse inquietos. En susurros le cuentan a *los niños* que la puerta ya no tiene cerrojo.

—¿Cómo lo sabéis? ¿Habéis probado a abrir?

No, no lo habían probado, pero habían oído cómo la misma Blanca Valente se había levantado de la cama y se había acercado hasta la puerta para quitar el cerrojo.

El ruido del hierro, el *clac* de haberlo corrido. No había confusión. Rosario va a buscar a Luisa. No para contárselo, sino para saber dónde está. Se la encuentra en el despacho y está con los libros de la señora en las manos, abiertos. Es imposible que los esté leyendo, porque llora desconsoladamente. Rosario se sienta en la mesa y pregunta por qué llora, sabiendo que ya hay motivos suficientes en la casa para llorar.

—Porque es todo mentira.

Todo era mentira. Todo, cualquier cosa era mentira (menos el rosario). Lo sabía. Había echado un vistazo a los libros y ahora le parecía que no tenía nada que ver con Dios. No sabía con qué tenía que ver, pero no con Dios. Le daba vergüenza, ahora que estaba a punto de morir la señora, haber estado hablando en su nombre. Quería disculparse antes de que se muriera, disculparse porque en realidad las citas que había tenido con Julio las tendría que haber tenido ella, o no las tendría que haber tenido nadie. Ella, en cualquier caso, no. Desde luego que no. Hablaba como si Rosario supiera de qué se trataban aquellas citas, como si entendiera a qué se refería cuando hablaba de Julio y de Dios y de hablar en su nombre.

—Y después, Jaime...

Después, Jaime. Era verdad. Eso Rosario sí podía entenderlo. No que todo fuera mentira, pero sí que Jaime, después. Porque también él acababa todos sus discursos mentales de ese modo. Intentando averiguar qué cosa iba mal en su vida, por qué no era feliz, siempre acababa dando con el mismo cabo suelto: un hijo que abandona a unos padres. Unos padres que, qué difícil, lo han querido de esa manera que Luisa y Rosario lo habían querido.

Elías corre como lo hacía en la huida. Su madre ya tiene la carta escrita, ya es por la mañana, ya es el entierro. Tiene la carta en la mano, dentro del bolsillo, y no sabe que en realidad Elías ya ha recibido cientos de cartas suyas. El principio, donde se justifica, es absolutamente prescindible. No lo sabe, no puede saberlo.

Blanca Valente está hablando. Habla ya como una muerta; si los muertos pudieran hablar, lo harían de ese modo. Parece que los dientes ya son huesos de cualquier otra parte de su cuerpo, y que están chocando, y que el ruido es ensordecedor. Pide que entre el *chiquito*. Saben que se refiere a Elías, pero Julio, para ganar tiempo, se acerca a la puerta. Todos intentan evitarlo, pero se escurre y abre un poco. Asoma la cabeza.

—¿Se puede? —dice.

—Tú no. El *chiquito*.

Ya. Ya lo sabía. En ese momento Rosario y Luisa vuelven delante de la puerta de Blanca Valente. Luisa ve cómo Julio tiene la cabeza asomada dentro de la habitación, ve cómo el cuerpo lo deja afuera, porque sabe que no va a ser bien recibido. Rosario la tiene cogida por un brazo, consciente de que, en cuanto vuelvan y vean qué ha sucedido, saldrá corriendo. Le tapa la boca con unos dedos fríos como de muerto. Se lo cuenta mientras le mantiene la boca cerrada.

—Pide por Elías —dice Candela y, bajando la voz, continúa—, pero Elías se ha marchado. Corriendo.

A Luisa, con la boca todavía tapada, le empiezan a resbalar lágrimas por las mejillas. Quiere disculparse, necesita hacerlo antes de que se muera. No quisiera ser egoísta, pero tiene que ver a la señora. Una última vez. Sólo un minuto. Después nada, después sólo ofrecerá vasos de agua, se morderá las uñas de la mano que el padre Damián besó. Se lamentará de tantas cosas, pero ya fuera de la habitación, ya dejando espacio para los demás. Sus hijos, principalmente.

Elías. Elías. Elías. Elías. A lo mejor tiene ganas de llorar.

—El *chiquito*. Sólo el *chiquito*. De momento.

Se van mirando. ¿Por qué ya no es la voz de Blanca Valente? ¿Les va a pasar a todos, eso, cuando estén a punto de morirse? A lo mejor deberían haber llamado a un médico, en vez de a un cura. A lo mejor no se va a morir, piensan todos, con alivio. Pero antes de hablar con el padre Damián, Luisa se había encargado de que fuese visitada por un médico. El mejor de la ciudad. Lo ha llamado y, costase lo que costase, lo ha hecho ir. No. Nada. Se va a morir. De vieja, la pobre. De vieja, una suerte.

Elías, en la puerta.

Vicente, que ha estado todo el rato inmóvil, ahí, al lado de su hermano, oye el timbre de la puerta de entrada y sale corriendo. Lorenzo se queda quieto, y ahora que está solo con todos los demás, que ya no está él, se siente tan huérfano. Su madre está tan cerca, y sólo pide por el *chiquito*. ¿Qué es eso que está sintiendo? ¿Son celos, es envidia... es, quizá, un miedo atroz y nuevo? Es, también, añoranza. Lo es todo, en un momento.

Vicente abre la puerta y coge a Elías de un brazo y lo conduce hacia la habitación de Blanca Valente. No le ha dicho nada, absolutamente nada. Cuando está frente a la puerta, sólo entornada, ya sin cerrojo, todos mirándole, Blanca Valente dice:

—Sólo el *chiquito*. De momento, él.

Se gira y Luisa le hace que entre con la cabeza. Toca la puerta con suavidad, y Vicente, que todavía tiene el corazón acelerado desde que se había movido de su sitio y había ido a buscar a Elías a la entrada, lo empuja con fuerza. Da con los pies en la puerta. La puerta se abre un poco. Candela, que es la que está en uno de los lados, en el extremo que justo permite ver la habitación si la puerta se queda un poco abierta,

distingue a Blanca Valente en la oscuridad.

El corazón de Elías le palpita en las manos, en la cabeza, en el pecho. Elías. La carta de Elías.

Entra al cuarto de Blanca Valente. Los primeros poemas que ha leído en un libro que no sea de la biblioteca del colegio son de esa mujer que tiene delante, que se está muriendo, que le llama *chiquito*, que quiere decir algo. Lo que no sabe es por qué le llama *chiquito*. Sólo hay una persona que le llama así, y es el padre Damián. A qué esa casualidad, a qué la cara extraña. Por qué la tristeza o la enfermedad. Quiere decir algo. «—Pero, padre Damián, ¿usted echa de menos a las mujeres? —Sí, a todas. A una más que a las demás. —¿Y eso por qué? —Quisiera yo también saberlo, hijo». No. Algo no. Lo último que quiere decir. ¿Un mensaje? ¿Un poema? Es la primera vez que lo hace, Elías. Sabe que también es la última. Se lo dice en ese momento. Lo decide. Cuando vuelva al colegio no le va a pedir perdón a Antón ni tampoco va a ir a visitar al padre Damián (¿y si tiene esa cara?). Sólo sabe que no volverá nunca a ver a ninguna persona que se vaya a morir. Lo que tenga que hacer, lo hará.

—Chiquito —dice (¿por qué lo sabe?).

La voz está irreconocible, pero Elías no la había oído hablar antes. Afuera, todos intentan oír algo de lo que pasa dentro de la habitación. Dentro de la habitación no está pasando absolutamente nada. Blanca toca la cama con suavidad, pidiéndole que se siente ahí. Elías piensa con claridad sólo durante unos segundos y ve que frente a la cómoda hay una silla. La coge, la acerca, se sienta frente a ella. Está satisfecho de la decisión que ha tomado.

—Oh, chiquito.

Blanca Valente, la última ternura.

—Yo..., yo sólo quería. Una confesión. Es cierto, una confesión. Quiero decir que... nunca quise ser poeta.

Elías se queda en silencio. Le pone una mano en la frente instintivamente (Dios mío, el rosario... ahí está), aunque no tiene ni idea de si sirve de algo, de si es lo que se espera de él. Tampoco Blanca Valente sabe si es ese gesto lo que estaba esperando. Lo último que dice, lo último: nunca quise ser poeta. Y Dios, piensa Elías, en caso de existir, no la va a perdonar nunca. Pero tampoco él va a perdonarle al padre Damián que le regalara su rosario más hermoso a una desconocida.



JENN DÍAZ (Barcelona, 1988). Estudió filología, colabora con la revista *Granite Rainbow*, de la que es subdirectora, y escribe en su blog *Fragmentos de interior*. Debutó como novelista con *Belfondo* (2011), obra elogiada por toda la crítica, seleccionada entre las mejores por *Babelia* y *El Cultural*, y recientemente traducida al italiano. *El duelo y la fiesta*, su segunda novela, nos invita de nuevo a disfrutar del placer de leer y a reflexionar sobre nuestros miedos y nuestras carencias.